

TEATRO '8

EL PÚBLICO

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

YO,
MALDITA
INDIA...







**YO, MALDITA
INDIA...**

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

TEATRO '8

EL PÚBLICO





MADRID, MARZO-ABRIL 1990

Suplemento de El Público, revista bimestral del espectáculo,
editada por el Centro de Documentación Teatral
del Instituto Nacional de las Artes Escénicas
y de la Música.
Ministerio de Cultura.

Director:
Moisés Pérez Coterillo.

Portada:
Antonio Fernández Reboiro.

Ilustración:
Nezahualpilli, el último rey de Texcoco (1472-1516)
en el Códice Ixtlilxochitl, siglo XVI.
Biblioteca Nacional de París.

**EL PÚBLICO
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN TEATRAL**

Capitán Haya, 44
28020 Madrid.

Teléfonos:
Redacción y Documentación:
(91) 572 33 11/12/13/14
Suscripciones y Fax: (91) 270 51 99.

Imprime:
TÉCNICAS GRÁFICAS FORMA, S. A.
Rufino González, 14. 28037 Madrid.
Depósito Legal: M-6300-1990
NIPO: 302-89-004-5
ISBN: 84-87075-08-8

Este volumen se vende conjunta e inseparablemente con el número 77, correspondiente a los meses de marzo y abril de 1990.

Esta edición

© 1990. El Público/Centro de Documentación Teatral

SUMARIO

Malinche, un mito errante <i>Ricard Salvat</i>	9
J. L. M. (Biografía)	15
Bibliografía	16
A propósito de la autoría de "Yo, maldita india..." <i>Jerónimo López Mozo</i>	21
"Yo, maldita india..." <i>Jerónimo López Mozo</i>	25

MALINCHE, UN MITO ERRANTE

RICARD SALVAT

Jerónimo López Mozo aporta a la dramaturgia española con *Yo maldita india...* un texto fundamental en los aspectos formales y narrativos, pero sobre todo es una referencia absolutamente necesaria en el campo histórico, en las zonas de revisión de un pasado colectivo que pesa incómodamente sobre todos nosotros. Con esta obra el autor de *Como reses* nos obliga a pensar en la necesidad de crear, aquí y ahora, el repertorio de un verdadero Teatro Nacional Español.

Resulta que a los casi quince años de recuperación o implantación de la democracia aún existen y, cada vez más, unos inquietantes vacíos en nuestra dramaturgia. No hay revisión de nuestra Historia tanto inmediata como lejana. Ni la guerra civil ha sido tratada de frente por nuestros dramaturgos, ni se ha hecho reflexión, a niveles de filosofía de la historia, sobre nuestras grandes gestas ultramarinas de finales del siglo XV y de todo el XVI, ni tampoco ha habido un análisis de lo que fue y de todo lo que comportó ser uno de los países más poderosos de la historia del mundo. Esto es válido para la generación de Buero, que escribió algunas obras históricas fundamentales, pero también para la siguiente, la de 1965, a la que pertenece Jerónimo López Mozo.

Se quiera o no se quiera, la fecha de 1992 nos está colocando ante un inquietante desafío. Hay que enfrentarse a un hecho crucial de nuestra Historia, lo que se convino en llamar "Descubrimiento de América", y que en los dos últimos años ha sido denominado de muy curiosas maneras "diálogo entre culturas", "enfrentamiento o confrontación de dos mundos". En una ocasión bastante reciente me sorprendió cómo lo calificó un importante escritor argentino que acudió a una conferencia que dicté en el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos

Aires. Yo había hablado sobre el teatro español posterior al 39 y me referí a todos los aspectos que intento ahora señalar en estas páginas, o sea, al carácter reacio de nuestros autores y de nuestro público a recuperar nuestra historia. Supongo que yo, siguiendo viejos atavismos, hablé del "Descubrimiento de América". Al final, en el coloquio este escritor al que me he referido, me dijo "Usted ha hablado del Descubrimiento de América, ¿no cree que sería más adecuado emplear la palabra Cubrimiento?"

La verdad es que acepté la ironía, le di la razón y me di cuenta de que aun intentando reaccionar contra toda una serie de atavismos y actitudes tradicionales yo había caído en la trampa de los viejos esquemas.

Pero dejémonos de habituales eufemismos, más o menos oficiales, de sarcásticas o lúcidas ironías: el hecho es que después de Lope de Vega y, en general, de nuestro teatro clásico, la historia de nuestro país no está presente en la dramaturgia española siempre demasiado convencional o retrógrada. Se puede encontrar en la de Pemán, Marquina, Casona, Fernández Ardavín, etc., pero si exceptuamos a Buero, José María Camps, Max Aub o Alfonso Sastre, y algún autor más, podemos decir que a parte del teatro convencional, el que no representa a la derecha eternizada en el poder, no ha habido respuestas a las visiones tradicionales que podríamos tipificar en las películas de Juan de Orduña o en las obras históricas (algunas de cierto interés) de Eduardo Marquina.

Pero es que hay aún elementos que pueden hacer aumentar esas inquietudes. Los grandes autores extranjeros han tratado el tema de la Conquista, el inicio de una nueva época, el origen del capitalismo, pero nosotros, en nuestras latitudes, no hemos dado ninguna alternativa a esas lecturas.

Quisiéramos poner aquí unos pocos ejemplos. En 1954, el gran autor alemán seguidor de B. Brecht, Peter Hacks escribió *Columbus* que llevaba el subtítulo de *La apertura o el inicio de la época india*, que es un valiente análisis de los mecanismos económicos, nunca religiosos, que llevaron a los españoles a ir a las Indias. Esta obra no ha tenido una contrapartida, una alternativa desde la izquierda, nadie se ha atrevido con el tema. Tenemos noticia de algunas representaciones en Zaragoza, pero ningún teatro subvencionado se atrevió con ella. En 1964, en el Festival de Chichester Shaffer se estrenó una tragedia épica extraordinaria, *The Royal Hunt of the Sun*, en donde se analiza el asesinato del gran rey inca Atahualpa a manos de Pizarro. No tenemos noticias de

ninguna representación española de ese texto admirable, ni de ninguna pieza de nuestra dramaturgia que dé una alternativa a la arriesgada y valiente lectura que de nuestra historia hizo Peter Levin Shaffer.

En 1972, Werner Herzog nos sorprende con el estudio de un gran marginado de nuestra historia y nos da ese film fascinante, terriblemente lúcido y valiente que es "Aguirre, der Zorn Gottes". En este caso, al menos, un realizador español, Carlos Saura, recogió el desafío del gran visionario alemán y nos ha dado "Eldorado", en 1988, donde la revisión histórica no llega ni de lejos a donde Herzog se atrevió a llegar. Claro que habrá que esperar a que se proyecte la versión en serial televisivo para poder emitir un juicio adecuado sobre el trabajo de revisión histórica llevada a cabo por Carlos Saura. Pero se esté o no de acuerdo con el resultado del serial televisivo y con el film de Saura, el hecho es que siempre tendremos que agradecerle que se atreviera a plantearse ese tema desde nuestra visión cultural y desde la democracia. Ahí está el film de Saura, pero ¿dónde están las obras teatrales que tratan de temas paralelos?

Es evidente que el tema o mito de la Malinche es uno de los temas más bellos, más fascinantes y más huidizos que hay en nuestra historia. Para bien y para mal, ella es la primera india, la maldita o admirada india que iniciará el mestizaje, esa ambigua y fascinante nueva dimensión cultural. El tema había sido tratado por Alejo Carpentier y Carlos Fuentes en dos obras excelentes que ahí están como dos desafíos para la dramaturgia de España y de los países de Latinoamérica. Hasta ahora era un tema de cubanos y mexicanos, ahora, gracias a Jerónimo López Mozo, el tema ya es nuestro, ya tenemos un inicio de lectura desde nuestra perspectiva, sensibilidad y actitud no convencional (nos resistimos a llamarla de izquierdas) de un momento clave y esclarecedor de nuestro pasado, un momento que es nuestro, pero que por lo visto aún no nos pertenece plenamente.

Alejo Carpentier escribió en 1956 una curiosa interpretación del tema de la Malinche en donde tras aciertos e intuiciones inolvidables se abandonaba a un juego excesivo de dimensiones místicas y se perdía en unas arboledas frondosas, más literarias que dramáticas, de delimitación, pero definidas por la figura de la Malinche. Ponía las bases del mito, y esa fue su genial aportación, a nuestro entender, pero no esclarecía el personaje.

La admirada Graziella Pogolotti escribiría unas lúcidas reflexiones sobre ese personaje revelado por Alejo Carpentier. La ensayista cubana escribió en 1983: "Abier-

ta su propia tierra a los hombres que vinieron del otro mundo, arrastrada por la creencia ilusoria en el milagro de las antiguas promesas, Marina se apropia del nuevo lenguaje, de los nuevos símbolos, del nuevo vestuario, mientras consume, sin tener plena conciencia de ella, la traición de los suyos, que es también traición a sí misma. La decisión tomada en la noche del desembarco, se encadena a otras que conducirán sus pasos de manera inexorable. Pero en el mercado de Cholula percibe, todavía en forma confusa, el vínculo entrañable que le une a su propia cultura. En un último acto de falsa libertad, fundada en un espejismo aún no desvelado, Marina consume la delación. La masacre —el genocidio, diríamos en términos contemporáneos— comienza a demostrar la naturaleza real de la conquista y hace consciente en Marina la pérdida de su falaz razón de ser”.

Alejo Carpentier recurre a elementos narrativos, tales como los juegos de los espejos y el despojo de las máscaras. Carlos Fuentes en su más ambiciosa y compleja obra teatral, *Todos los gatos son pardos*, de 1970, recoge las grandes intuiciones de Carpentier. En esta pieza nos muestra un juego de máscaras que es una de las constantes de la escasa producción dramática de Fuentes. Con esta pieza pretende revelarnos cómo el México dominado imponía a Cortés la máscara de Quetzalcoatl, la máscara que fue rechazada por el conquistador. En su lugar, el llegado de otras tierras, el que fue recibido con un dios, le impondría brutalmente la máscara de Cristo. Desde ese momento el mestizo, el indio, no supo a quién adorar en los bellísimos altares barrocos, que le imponían y, desde entonces, la historia de México se convierte en una segunda búsqueda de la identidad nuevamente tendida entre la necesidad y la libertad: más que conceptos, signos vivos de un destino, como el propio Fuentes nos indicó, en los trabajos previos a mi puesta en escena de *El tuerto es rey*, un destino que, una vez, se resolvió en el encuentro de la pura fatalidad y el puro azar. “Fatal para el indígena. Azaroso para el español. Más trágico que Edipo, México no acaba de reconocerse en la máscara: a la fatalidad y el azar opone el “albur”, terrible negación de los demás que nos conduce al suicidio de no poder reconocernos fuera de nosotros mismos”, escribía el gran autor mexicano en el prólogo a “Los reinos imaginarios”, edición que preparamos para Carlos Barral en 1971.

López Mozo salta de la dimensión del juego de los espejos a la confrontación con la Historia y a un intento de comprenderla. No quiere abandonarse a la dimensión mítica, y como cronista objetivo y recreador, pretende expresar, reconocer y valorar las razones de doña Marina y la Malinche, de Cortés, gran señor y gran codiciador de Moctezuma, y de esa figura apasionante y consecuente que es en sus manos Cuauhtémoc, quizá uno de los más grandes aciertos de nuestro autor. La oposición Moctezuma-Cuauhtémoc es una de las más importantes aportaciones de López Mozo en ese juego de dualidades, de dobles actitudes, de identidades y de complicidades. López Mozo amplía el diálogo permanente —que tanto obsesionó a Carpentier— entre el hombre y la Historia, entre la apariencia y la verdad, potenciándolo hasta altísimos niveles de intuición dramática. La presencia constante en ese sueño alucinado y fascinante en que convierte su obra, de Bernal Díaz, da a la misma una gran postura dialéctica. Malinche es la extraña, la utilizada, una Medea que no es capaz ni de venganza, que se ve arrastrada por todos los huracanes de la Historia. Malinche es en manos de López Mozo una inteligente donación de generosidades. Su punto de vista narrativo salta por encima de un arco de ciento ochenta grados en relación a los Carpentier y Fuentes.

López Mozo explica la historia desde otra ribera, la nuestra, y Malinche se convierte en la esencia del mestizaje, de esa extraña situación que sólo puede llegar a encontrar su verdadera identidad cuando desaparecen las fuentes de que partió, cuando la Historia absorbe con el paso del tiempo la prepotencia de las infinitas culturas que se mezclaron. De esas culturas, dos fueron fundamentales: la castellana y la azteca; y atrapada en ellas, la Malinche se complementa con ese gran acriollado que fue Jerónimo de Aguilar, que pasó solo ocho años entre los mayas, antes de que llegara Cortés.

En su nota explicativa de cómo escribió la obra, el autor informa sobre su gestación. Ignoramos, y tampoco creemos adecuado ahora señalar, cuál ha sido la aportación de Antonio Malonda en la gestación del texto; pero lo que sorprende y admira en esta obra es su estructura abierta, su juego de espacios y de tiempos, su dejar de lado las arquitectónicas actitudes de las narrativas aristotélicas usadas por el teatro tradicional y por las corrientes realistas de las que, en gran parte, López Mozo ha surgido como autor. Queda claro en todo momento que en el texto que nos ocupa hay, en potencia, un gran espectáculo, el reencuentro de la

fascinación de una historia alucinante y alucinada. Por eso la original y la forma narrativa empleada son las que convienen a ese juego de dualidades "ad infinitum" en que nuestro autor convierte su relato dramático. Juego de dualidades del que sólo es posible salir adelante con la representación escénica de la dualidad misma. La manera en que el autor resuelve la traducción por parte de los dos acriollados de la pieza es, a nuestro entender, un admirable hallazgo escénico que ayuda a sintetizar en el escenario el sincretismo cultural que inició la Conquista para todos los bienes y para todos los males que vendrán luego.

Pensamos que hay que alegrarse de que esta obra haya sido escrita entre nosotros. Aquel teatro nacional de curso tan "guadiánico" que se iniciara con Juan de la Cueva en 1579, en Sevilla en el Teatro de Doña Elvira con *Los siete infantes de Lara*, que representó la Compañía de Alonso Rodríguez y que, más tarde, Lope y otros excelentes autores recuperarían intentando convertir el escenario (y a menudo lo lograron), en un espejo de nuestros comportamientos colectivos, está retomado en esta pieza. En *Yo, maldita india...* aflora, de nuevo, esa corriente subterránea, y en ese resurgir se contesta también aquel desafío que el gran cubano y el lúcido mexicano hicieron a nuestra dramática.

Los grandes mitos van y vuelven, viajan y suelen retornar a sus orígenes. Así ocurrió con el mito de Fausto, que fue de Alemania a Inglaterra, hasta que alguien lo hizo volver con todos los honores a su lugar de origen. No nos queda muy claro cuál es el lugar originario del mito de la Malinche y de Cortés; lo importante es que ahora esté en nuestras riberas. Tiempo habrá de que retorne a sus tierras, como pasó con el hijo de Marina en la vida real, el hijo ilegítimo que ambos tuvieron: Martín, que luego sería sustituido hasta en el nombre, por el hijo legítimo de Cortés. Curiosamente, ambos hermanos guerrearon juntos.

Lo importante es que el mito continúe y que su juego de ambigüedades nunca se agote. Esperemos que se siga multiplicando en distintos reflejos y potencialidades. Las bases están puestas.

J. L. M.

Jerónimo López Mozo, nacido en Gerona en 1942, es colaborador habitual de las revistas "El Público" y "Reseña". Ha publicado trabajos en "Primer Acto", "Yorick", "Estreno", "Gestos", "Hermano Lobo", "Por favor"...

Ha obtenido diversos premios: Sitges (1967); Nacional de Teatro para Autores Universitarios (1968); Arniches (1970 y 1979); Villa de Móstoles de Cuento (1980); Feria de las Ideas para la Paz (1986); Castilla-La Mancha de Teatro (1986); Enrique Llovet de la Diputación de Málaga (1988) y Santurzi (1989).

También le han sido otorgadas numerosas menciones y accésits: La Boite (1968), Agrupación Artística Aragonesa (1969); II Concurso de Teatro Latinoamericano El Galpón, de Uruguay (1975); Institución Cultural VOX (1976); Blasco Ibáñez de Novela (1979); Certamen Internacional del Ateneo Enciclopédico Popular de Barcelona (1982) y Ciudad de Alcorcón (1987).

López Mozo ha colaborado, igualmente, con varios grupos de teatro, entre ellos Teatro Universitario de Murcia, Teatro Lebrijano y Bojiganga.

BIBLIOGRAFÍA

TEATRO

Los novios o la teoría de los números combinatorios, 1964. Obra publicada en la revista "Yorick", nº 21, Barcelona, 1967.

El deicida, 1965.

Los sedientos, 1965. Publicada en la revista "Fablas", nº 24, Las Palmas de Gran Canaria, 1971.

La renuncia, 1966. Publicada en "Yorick," nº 21, Barcelona, 1967. "Catacumba de Gambrinus", Madrid, 1969. Y "Carles Scribner's Sons", EE.UU., 1980.

El testamento, 1966. Publicada en una edición del autor, Madrid, 1968. "Modern International Drama", nº 1, vol. 4, EE.UU., 1970. Y "Engendra Press", Canadá, 1976.

Moncho y Mimi, 1967. Publicada en "Yorick", nº 26, Barcelona, 1968. Colección Teatro Universitario, Madrid, 1968. Y en la edición del Festival de Teatro de Sitges, Barcelona, 1971.

Collage occidental, 1967. Publicada en la Colección Teatro Universitario, Madrid, 1968. La escena *El pabellón zoológico* apareció en la revista "La Calle", nº 72, Madrid, 1979.

Negro en quince tiempos, 1967; *Blanco en quince tiempos*, 1967; *Guernica*, 1969; y *Maniquí*, 1970, aparecieron bajo el título *Cuatro happenings*, en la Antología Teatral Española, nº 4, Murcia, 1986, publicada por la Universidad de Murcia. *Negro en quince tiempos*, también se publicó en "Primer Acto", nº 106, Madrid, 1969. *Guernica* también se publicó en la revista "Estreño", nº 1, Cincinnati (USA), 1975; "Nueva Estafeta", nº 9-10, Madrid, 1979; y en la revista "Teatruniversitario", nº 7-8, Coimbra (Portugal), 1983.

El retorno, 1968.

Crap, fábrica de municiones, 1968. Publicada en la Editorial "ZYX", Madrid, 1973.

Matadero solemne, 1969.

La gota estéril, 1970. Escrita en colaboración con Luis Matilla, Ángel García Pintado y Miguel Arrieta.

Réquiem por los que nunca bajan y nunca suben, 1970.

Anarchia 36, 1971. Publicada en "Pipirijaina", nº 6. Madrid, 1978.

¡Es la guerra!, 1971.

El Fernando, 1972. Escrita en colaboración con siete autores más y el Teatro Universitario de Murcia. Publicada en "Yorick", nº 55-56, Barcelona, 1972. Y "Campus", Madrid, 1978. También aparecieron varias escenas publicadas en la revista "Tiempo de Historia", nº 2, Madrid, 1975.

El caserón, 1972.

Espectáculo Andalucía, 1972.

Los conquistadores, 1973. Escrita junto a Luis Matilla y Juan Margallo.

Parece cosa de brujas, 1973. Escrita junto a Luis Matilla. Publicada en "Primer Acto", nº 165, Madrid, 1974.

Los fabricantes de héroes se reúnen a comer, 1975. Publicada por la Universidad de Murcia Ediciones, nº 23-27, Murcia, 1978. Incluida en "El proceso de creación de *Los fabricantes de héroes se reúnen a comer*", de J. A. Aliaga y César Oliva.

Por venir, 1975. Creación colectiva del grupo Bojiganga. *Comedia de la olla romana en que se cuece su arte la Lozana*, 1977.

Como reses, 1979. En colaboración con Luis Matilla. Publicada en la Editorial "Nuestra Cultura", Madrid, 1980. Y en la Editorial Antonio Machado, Madrid, 1988 (2.^a versión).

En busca del sexo perdido, 1979.

Compostela, 1980.

La flor del mal, 1980. Publicada en "Nueva Estafeta", nº 41, Madrid, 1972.

El paraíso perdido de Gaucín, 1981.

La diva, 1982.

Interior español (Bagaje), 1983.

Viernes 29 de julio de 1983, de madrugada, 1984; *La maleta de X*, 1984; *Sociedad limitada, S. A.*, 1984; y *El adiós sin ceremonia y las ceremonias del adiós*, 1984, aparecieron bajo el título *Tiempos muertos* en la publicación "La Avispa", Madrid, 1985. *Viernes 19 de julio de 1983, de madrugada*, también se publicó en

"Modern International Drama", nº 1, vol. 21, USA, 1987.

D. J., 1986. Publicada por la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo, 1987.

Representación irregular de un poema visual de Joan Brossa, 1986. Publicada en la revista "El Urogallo", nº 12, Madrid, 1987.

Los personajes del drama, 1987.

A telón corrido, 1988. Publicada en la revista "Art Teatral", nº 2, Valencia, 1988.

Madrid-París, 1988. Publicada en los Cuadernos de "El Público", nº 33, Madrid, 1988.

Yo, maldita india, 1989.

La boda de media noche, 1989.

ENSAYO

Teatro de barrio/Teatro campesino (Apuntes), 1974. Publicada en "ZYX," Madrid, 1976.

NOVELA

El happening de Madrid, 1978. El capítulo *Jornada cuatro* apareció en la revista "Revolatura", nº 1, Barcelona, 1976. Y el capítulo *Interrupción dos* en la revista "Barcarola", nº 10, Albacete, 1982.

CUENTO

El cazador, 1973.

La casa de las luces, 1973.

El pantano, 1978.

Quelonia del Mediterráneo, 1979.

El secuestro del hijo de Juan Ruiz, 1979. Publicada por el Ayuntamiento de Móstoles, Madrid, 1980.

Retrato de familia en la estación de ferrocarril, 1984.

VARIOS

Almería (Apuntes de un viaje), 1965. Publicada en la revista "Las Nuevas Letras", nº 7, Almería, 1987.

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

**YO, MALDITA
INDIA...**

**Para la escritura de este texto,
inicialmente denominado
"Proyecto Malinche",
el autor ha contado con una
"ayuda a la creación teatral"
del INAEM. Ministerio de Cultura.**

A PROPÓSITO DE LA AUTORÍA DE “YO, MALDITA INDIA...”

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

A veces, en el mundo de la creación artística, no es fácil determinar la autoría del producto. Cuando en el proceso de elaboración intervienen varias personas, como es el caso del teatro, la cuestión se complica más aún. Suele resolverse, porque así ha sido siempre —la única excepción es la creación colectiva—, estableciendo una división de funciones que permiten diferenciar el trabajo realizado por el autor, el director, los actores, el escenógrafo, el músico y un largo etcétera en el que tiene cabida hasta el más modesto integrante del llamado equipo técnico. Sucede que en el teatro actual esta parcelación no siempre refleja la realidad. El trabajo de cada uno no acaba en las fronteras de su especialización, sino que se prolonga al ámbito que en teoría corresponde a los demás integrantes del equipo, de tal modo que con frecuencia el resultado final o determinadas soluciones concretas que afectan al texto, a la escenografía o a cualquier otro aspecto deben a estas aportaciones tanto o más que a las reconocidas en los carteles y programas.

Traer esto a colación parecerá prematuro habida cuenta de que lo que sigue no es más que el primer paso, la parte literaria, de lo que en su día debe ser mostrado sobre el escenario. No lo es, sin embargo, si atendemos a las circunstancias que han rodeado la redacción del texto. No nació éste como respuesta a una necesidad personal del autor con la esperanza de que su lectura pudiera empujar a alguien a decidir su representación. Tampoco es un encargo al uso. Se trata, por el contrario, de un proyecto emprendido por dos personas —un autor y un director— cuya visión del hecho teatral tiene bastantes puntos en común.

En 1987, Antonio Malonda, Luis Matilla y yo nos planteamos la representación de *Como reses*, de la que los dos últimos somos autores. Escrita inicialmente para

el Teatro del Matadero de Murcia, que dirigía César Oliva, el proyecto no llegó a ver la luz por razones que los interesados hemos explicado en su momento. La necesidad de revisar el texto a la luz de la nueva situación política española y la de adecuar el número de personajes a las posibilidades del reparto permitido por un ajustado presupuesto, nos obligó a trabajar intensamente durante los meses que precedieron al estreno.

Mi relación con Antonio Malonda continuó tras aquella experiencia y algún tiempo después surgió, como colofón a muchas horas de charlas informales, la idea de afrontar un nuevo trabajo basado en una estrecha colaboración desde el instante mismo de haber seleccionado el tema. El planteamiento no es original, desde luego. Pero tampoco hay que confundirlo con el más habitual, sobre todo entre grupos independientes, consistente en que el autor elabora el texto a partir de las improvisaciones que los actores realizan apoyándose en un guión o en las indicaciones del director.

En este caso, el texto se planteaba como etapa previa a cualquier otro trabajo. Debía tener los valores literarios de una obra acabada y, al tiempo, dejar puertas abiertas a su remodelación durante el montaje. Era obvio que las aportaciones de Malonda y las mías no podían tener el mismo peso en ambas fases. Mi responsabilidad es mayor en esta primera, mientras que en la siguiente le corresponderá a él. Desde este punto de vista, a Malonda no le parecía justo que nuestros nombres figuraran juntos al pie del texto. Pero tampoco lo es que haya que esperar al montaje para que aparezca el suyo vinculado únicamente a las tareas de dirección, cuando la realidad es otra. Sirvan pues estas líneas para dejar constancia de que la autoría de *Yo, maldita india...* no es cosa de uno, sino el fruto del trabajo de dos profesionales que, por pertenecer a distintas esferas creativas, han logrado compaginar sus aportaciones sin estorbarse.

Al contrario. Éstas han sido tan ricas que fueron imponiendo a lo largo del proceso una dinámica que permitió que el esquema argumental un tanto rígido, que habíamos trazado durante los primeros meses, condicionados quizá por el peso de la documentación histórica acumulada, se abriera a nuevas vías. Tantas fueron que al final hubo que cegar algunas porque si no, hoy todavía estaríamos transitándolas y quién sabe si a punto de perdernos en nuestro propio laberinto.

Por eso, por esta vez, la afirmación de que todo trabajo en colaboración está jalonado de renunciadas, no tiene aplicación aquí.

PERSONAJES

BERNAL
MALINCHE
CACIQUE DE TABASCO
VIEJA DE TABASCO
GUERRERO DE TABASCO
CORTÉS
JERÓNIMO DE AGUILAR
EL POCHTECA
EL TAMEME
ALVARADO
VELÁZQUEZ
BOTELLO
TENDILE
ORDÁS
MAESTRE JUAN
MONTEJO
CACIQUE GORDO
MOCTEZUMA
CUAUHTEMOC
CANTOR AZTECA
FRAY JUAN
CÁRDENAS
NARVÁEZ
ALDERETE
BUFÓN
HABITANTES DE TABASCO, SOLDADOS
ESPAÑOLES, AZTECAS, MÚSICOS, PAJES,
UN VOLTEADOR, SOMBRAS.

Los parlamentos que aparecen en el texto con tipografía diferente, indican que los personajes se expresan en las lenguas quiché y nahuatl.

ESCENARIO

Al fondo, la casa de Antigua, en Guatemala, en que BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO pasa los últimos años de su vida, allá por 1560. Las paredes derrumbadas permiten ver el interior de una estancia que con el tiempo ha venido a ser el lugar más acogedor de la vivienda. Allí, en un camastro arrimado a una chimenea, duerme y allí consume las horas que no dedica al cuidado de la huerta. Una mesa, un baúl y algunas sillas completan el mobiliario. Y por todas partes, recordando que aquello no es la lejana Castilla, hay utensilios y adornos de uso común en esta parte de América. Fuera, en el patio al que dan otras casas como la suya, hay, bajo un cobertizo, una tina llena de agua hasta los bordes y cruzándolo algunas cuerdas para tender la ropa. Arrumbada contra la pared hay una vieja tabla salpicada de diminutas construcciones de madera con apariencia de maqueta dejada a medio hacer. Este espacio abierto, sembrado de tierra negra, es, además de patio, escenario de la memoria de BERNAL y, aunque es pronto para decirlo, también de la de otro personaje. Por el patio, entre fragmentos de escenografías rescatados por el recuerdo a veces frágil, andarán los fantasmas resucitados para la ocasión de quienes también participaron en los hechos que se evoquen.

BERNAL, tapado hasta las cejas con una manta, duerme en el camastro. A los pies están su armadura y su casco. La espada, apoyada en la cabecera, al alcance de la mano. Unas pocas brasas, restos de un

buen fuego, brillan en la chimenea. BERNAL se agita inquieto. Sueña. De vez en cuando lo hace en voz alta.

BERNAL. Sangre... Tanta... Tanta... Tanto matar... Están lavadas las manos... Ven y díselo... Cuenta conmigo los muertos... ¡Cuenta!... También ciudades. Ciudades también dices que... Sí... Aquella vez, sí... más de la mitad de nosotros... Sangre... ¿De quién?... Mira lo que dices... ¡Fue una gran hazaña!... Matanza bien hecha... Hazaña, digo... Sólo una o dos o veinte matanzas... No fui con él... No tengo que hablar de ello... Otros subieron al templo... En medio de la ciudad... De la gran ciudad... No faltó quien dijo que la guerra de Troya... Sangre como en todas... Tanta... Tanta... Muertes y trabajos... Hambres y otras malas venturas... ¡Ardió el templo!... Los templos ardieron... Está bien... Ardieron los templos... Sangre antigua... Sangre reciente... Fresca... La nuestra... Sangre y sangre... Sangre lavada con sangre... No arrasamos... No abrasamos...

Con un movimiento violento echa la manta al suelo y se pone en pie de un salto. Busca algo a tientas y lo único que consigue es derribar cuanto toca.

¡Mentira! ¡Mentira que hicimos grandes matanzas y que arrasamos y abrasamos muchas ciudades y templos! ¿Dónde puse el vino, por los clavos de Cristo? ¿Pueden cuatrocientos soldados matar tanto y hacer tantas crueldades? ¡Al diablo! Harto teníamos con defendernos para que no nos matasen.

Da con una vela. La enciende en el rescoldo y la planta en un candelero que hay en la mesa entre libros, papeles y el servicio con los restos de la cena. Llena una taza con vino de la jarra que no encontraba y la apura de un trago. La llama ilumina el rostro arrugado del octogenario BERNAL y su magro cuerpo cubierto con remendadas prendas de soldado.

¡Putos Illescas y Juvio! Putos y no quito ni una letra. Cuanto habéis escrito de lo sucedido en la Nueva España es falso. Una burla. A mi lado habríais de estar. *(Coge un libro y arranca las hojas.)* Os desharía con mis manos como deshago vuestras obras. ¡Malditos vosotros y los que os las han dictado! ¡Así engañáis a vuestros confiados lectores? ¡Pobres! Cronistas de mierda. No volveré a poner los ojos en tan sucias páginas. No turbaréis más mi sueño.

Destrozado el libro, toma otro y lo arroja lejos. Contempla en silencio un tercero. Lo abre por el principio y va pasando las hojas.

Mientes tanto como ellos, Gómara. Cierto, cierto que la conquista de México puede y debe ponerse entre las historias del mundo. Fue grande, sí. Fue grande porque se conquistaron muchos reinos. ¿Pero quién te contó que hubo poco daño o que porque se bautizó a millones de naturales no murieron otros tantos? La verdad es cosa bendita y sagrada. Todo lo que se diga contra ella desagrada a Dios. ¡Él te pedirá cuentas allá arriba! Pero mientras tanto alguien tiene que exigírtelas aquí abajo de la mayor de las falsedades que has escrito. ¿A qué viene que sólo hables y alabes a Cortés y calles y encubras lo bueno que los demás hicimos? ¿Será verdad que te untaron las manos para que nos dejaras en blanco, para que borraras la memoria de nuestras personas? *(Al fondo, difuminadas por los vapores del alcohol, se agitan las sombras de sus compañeros. Se dirige a ellos.)* ¿Es que no vamos a dejarle con el culo al aire a tamaño farsante? ¿Es que no diremos al mundo que aquellas tierras las ganamos muchos y no uno sólo? ¡Claro que sí! ¡Y pronto! Yo relataré lo que pasó. Sin poner ni quitar nada. No voy a negar las cosas del valeroso y animoso Cortés. Faltaría más. ¿Estás ahí? No lo creo, pero por si acaso este trago va por ti. *(Bebe.)* Fuiste un capitán esforzado. Te tengo entre los muy nombrados que ha habido. Pero no es justo que sólo tú te lleves los honores de la conquista. La

hicimos entre todos y eso he de decirlo sin lisonjas ni palabras viciosas. ¡Y no pienso ahorrar papel y tinta! *(Se sienta a la mesa y aparta lo que le estorba para escribir.)* ¿Por dónde empezar? ¿Por el principio? ¿Se puede empezar por ahí estando ya tan viejo y tan doliente de enfermedades que no es difícil que Dios me llame a juicio antes de que remate la historia? Hacerlo por el final no me parece correcto. Ni siquiera por el medio. Camaradas: os emplazo para que si faltó antes de concluir la tarea que me he impuesto, la siga el que tenga más ánimo. *(Se vuelve hacia donde estaban las sombras. Se han esfumado.)* ¿Pero qué digo? Si de quinientos cincuenta soldados que pasamos desde la isla de Cuba no estamos vivos más que cinco y lo peor de todo, a cual más achacoso. ¡Dios! Por si no hay tiempo para otra cosa mejor será decir antes que nada quién soy y cómo me hallé en muchas más batallas que Julio César. En cincuenta y tres estuvo él. Yo paso de las cien. Una en la punta de Cotoche; otra en Champotón, cuando nos mataron cincuenta y siete soldados y salimos todos heridos; la tercera cuando íbamos a tomar agua en la Florida... ¡Tente, Bernal! Por este camino lo que escriba será más falso que el libro de Gómara. Él pone a Cortés en las nubes y yo, a fuerza de ensalzarme, acabaré subido en ellas. No es de ley. Reciba cada uno su prez y su honra. Donde ponga mi nombre no faltarán los de los que estuvisteis allí peleando, ni diré bien de unos a costa de despojar de méritos a otros. A cada cual lo suyo. ¡Juro que así haré y nada, si no es la muerte, me hará faltar a la palabra que empeño! *(Se levanta, se sirve vino, alza la taza y bebe.)* ¡Salud! Y ahora, manos a la obra.

VOZ DE MUJER. ¿Qué dirás de mí?

BERNAL. *(Volviéndose.)* ¿Quién anda ahí? No te veo. Aguarda.

BERNAL alza la vela. Vislumbra una silueta femenina.

MUJER. ¿Qué dirás de mí, Bernal?

BERNAL. Nada si no sé quién eres.

MALINCHE. ¿No reconoces a Malinche?

BERNAL. ¡Doña Marina! ¡Cielos! ¿Tú aquí?

MALINCHE, joven de ojos muy vivos y negros y larga cabellera, vestida con túnica de basto tejido, ocupa el centro del patio, todavía vacío. Tras una empalizada de quita y pon, se adivina la mole severa y lejana de una gran pirámide.

MALINCHE. ¿No me esperabas?

BERNAL. Tan pronto no. Antes mi memoria ha de convocar a otros.

MALINCHE. No me trae tu memoria, sino mi voluntad.

BERNAL. Dijeron que habías muerto.

MALINCHE. No te mintieron.

BERNAL. ¿Tan borracho estoy que así se me presentan los difuntos?

MALINCHE. Cuando nos conocimos apenas bebías.

BERNAL. El vino me ayuda a soportar lo malamente que han pagado mis servicios. Aquí me tienes, viejo y pobre, sin poder ir a Castilla a reclamar lo que se debe a un esforzado conquistador, al más antiguo de todos...

MALINCHE. A otros también nos fue mal.

BERNAL. Nunca peor que a mí.

MALINCHE. ¿Tú que sabes?

BERNAL. ¿Vienes a contarme tus desventuras?

MALINCHE. A pedirte que en lo que escribas me hagas justicia.

BERNAL. Te llamaré cuando te necesite.

MALINCHE. ¿Cuánto he de aguardar?

BERNAL. Mira que cuando te conocí los que íbamos con Cortés ya teníamos pasadas algunas fatigas de las que he de dar cuenta.

MALINCHE. Como yo.

BERNAL. Ya sé. Ya sé que tus padres eran señores y caciques de un pueblo que se llama Paynala y que cuando murió tu padre siendo todavía muy niña, tu madre casó con otro cacique joven.

MALINCHE. Tuvieron un hijo y acordaron darle a él el cacicazgo. Como yo era un estorbo me vendieron a unos mercaderes y dijeros que había muerto. Me compraron los de Tabasco...

BERNAL. Y los de Tabasco te dieron a Cortés.

VOZ LEJANA. ¡Malinche!

MALINCHE escucha. La llamada se repite.

MALINCHE. ¿No te pasa, Bernal, que a veces, cuando te paras a pensar en las cosas de aquellos tiempos, parece que se te hacen presentes?

El llanto contenido de algunas mujeres se une a la voz lejana. Tras MALINCHE surge un abigarrado grupo de habitantes de Tabasco. En los rostros hay dolor, pero en ninguno tanto como en el de un anciano que destaca del resto por el casco de plumas verdes con que se cubre la cabeza y por los brazaletes y collares que le adornan. Es el CACIQUE. A una señal suya, una VIEJA que está algo apartada exclama:

VIEJA. ¡Malinche!

MALINCHE acude.

MALINCHE. ¿Por qué lloráis las mujeres de Tabasco?

VIEJA. Lloramos a nuestros muertos. Más de ochocientos han quedado al otro lado de las cercas. En los años que tengo vividos no padeció nuestro pueblo mayor desgracia. Acércate, pequeña. (*La VIEJA se seca los ojos y despoja a MALINCHE del vestido.*) Hoy vas a lucir tus mejores galas.

MALINCHE. ¿Mis mejores galas cuando el luto es tan grande?

VIEJA. Nuestro cacique y señor está arrepentido de haber luchado por nada. Ya pide a los dioses que le den sabiduría para alcanzar la paz.

MALINCHE, desnuda, se estremece.

MALINCHE. ¿Qué sangre ha ofrecido a los dioses para que le escuchen?

VIEJA. ¿No es suficiente la que hay derramada?

MALINCHE. Los dioses son insaciables. ¿Qué destino me aguarda?

VIEJA. ¿Qué temes?

MALINCHE. He sido escogida para algo.

La VIEJA, parsimoniosa, viste a MALINCHE. La cubre con una especie de enagua y luego pone sobre ella una amplia túnica de cuello cuadrado de gran colorido. La calza con ligeras sandalias. Por último, transforma la abundante cabellera en gruesa trenza.

MALINCHE. ¿Por qué callas?

VIEJA. Vas a hacerme llorar aún más.

MALINCHE. ¡Cuenta de una vez lo que sabes!

VIEJA. ¿Por qué te has hecho querer de todos? ¿Por qué no te has conformado con ser una de tantas esclavas en lugar de ganarte el afecto de tu señor?

MALICHE. ¿A qué viene eso?

VIEJA. No te hubiera escogido para ofrecerte al enemigo.

MALINCHE. Otra vez vendida. Vendida cuando era niña para que no fuera cacica. Vendida ahora por ser amable. ¿De quién seré luego?

VIEJA. ¡No te veré más, mi amor! (*La abraza con fuerza y cuando se aparta saca de entre sus ropas un dije de oro y lo suspende del cuello de la joven.*) Se lo compré a los mercaderes que te trajeron. Acaso fue tuyo.

MALINCHE. ¿Quiénes son mis nuevos amos?

VIEJA. No lo sé.

MALINCHE. ¿De tan lejos vienen que no los conoces?

VIEJA. De muy lejos.

MALINCHE. ¿Dime que no son aztecas!

VIEJA. ¡Qué sé yo lo que son! Llegaron por el mar.

MALINCHE. ¿Por el mar?

VIEJA. Montados en grandes casas que flotan.

MALINCHE trata de imaginarlo.

MALINCHE. ¿De verdad crees que hay casas que flotan? (*La VIEJA se encoge de hombros.*) ¿Cómo son los que viven dentro?

VIEJA. ¿Qué más da?

MALINCHE. ¡¿Cómo son?!

VIEJA. No los he visto.

MALINCHE. ¿Qué dicen los que han luchado con ellos?

VIEJA. No seas impaciente, Malinche. Ya los verás con tus ojos.

MALINCHE. ¿Qué dicen, abuela?

VIEJA. (*Miente.*) Nada.

MALINCHE. ¿Tienen la piel blanca como la cal?

VIEJA. ¿Quién te lo ha contado?

MALINCHE. Y son barbudos, ¿verdad?

VIEJA. Si lo sabes, ¿a qué preguntas?

MALINCHE. Se han cumplido los presagios. La tierra tembló y escupió fuego contra el cielo. Otra vez, en pleno día, la luna se comió al sol.

VIEJA. ¡Qué cosas se te ocurren!

MALINCHE. Se lo oí de niña a un esclavo que compró mi padre a un mercader azteca. Eran señales que anunciaban que del amanecer vendría un ejército...

VIEJA. ...De cuerpos brillantes, sobre patas de venados, arrojando truenos que enloquecen y fuego que mata.

MALINCHE. ...De dioses para castigar a los que echaron con malas artes al dios emplumado.

BERNAL. ¡Dioses! ¡Dioses! ¡Demasiados dioses! Los vuestros, el nuestro... Y hay hasta quien creyó ver, donde sólo estábamos un puñado de esforzados soldados, a San Pedro y al Señor Santiago repartiendo mandobles.

Relinchos y ladridos forman coro con las voces de los contendientes. Son el eco de una batalla ya concluida.

BERNAL. Esa música me suena y me llama. ¡Ea, Bernal, ponte la armadura no sea que venga Cortés a decirte eso de que a la oveja ruin le pesa la lana!

Se pone la armadura y el casco, mas antes de que coja la espada el estruendo de los arcabuces y de la lombarda cesa. Sospecha BERNAL que el bullicio sólo ha existido en su imaginación. Con la conformidad de quien está habituado a esas malas pasadas busca el consuelo del vino. Un indio con el rostro pintado con los signos de la guerra llega sosteniendo en sus brazos el cadáver destrozado de uno de los suyos. Se lo muestra al CACIQUE y éste, sin pronunciar palabra, señala la empalizada y entorna los ojos.

VIEJA. ¿Qué dios es ese que no conozco?

MALINCHE. El dios de la sabiduría, del arte, del viento, de los árboles alimentados por el agua del cielo, de la vida. ¡Quetzalcoatl!

VIEJA. ¡Pobres hijos! ¡Nadie les advirtió de que luchaban contra los dueños del cielo!

MALINCHE. ¡Ya quiero verlos!

VIEJA. ¿No sientes miedo, muchacha?

MALINCHE. ¿Quién no lo siente en esta hora?

Empujadas desde el exterior se abren de par en par las puertas de la empalizada. El hueco se llena de soldados españoles. El rostro de BERNAL se ilumina. Arroja la taza al suelo y se une a la tropa. El sol golpea las bruñidas armaduras y los de Tabasco, cegados, cierran los ojos o se los cubren. Sólo MALINCHE permanece con la vista fija en los extraños seres. El que parece su jefe se adelanta y con él un medio cura que entiende la lengua de los

nativos. Son CORTÉS y JERONIMO DE AGUILAR. El guerrero deposita el cadáver a sus pies.

CORTÉS. (A AGUILAR.) Pregúntale quién es.

AGUILAR. ¿Quién eres?

GUERRERO. Un guerrero que pide la paz.

AGUILAR. Un guerrero que pide la paz, dice.

CORTÉS. Os la ofrecí. Elegisteis pelear.

AGUILAR. Os la ofreció y preferisteis pelear.

GUERRERO. No somos cobardes.

AGUILAR. Pelearon porque no son cobardes.

CORTÉS. Caro habéis pagado vuestro valor. ¿Cómo puedo saber que no vienes en son de guerra? ¿Esas pinturas de la cara no son acaso las que lleváis mientras combatís? ¿Y tu señor? ¿Dónde se esconde? ¿A qué falso dios está implorando mi muerte? ¿Qué preparativos de venganza le tienen tan ocupado que le impiden acudir a mi llamada? (Avanza el CACIQUE con desconfianza y tras él los demás indios. CORTÉS finge no verlos.) ¡Ya siento la tentación de pasar a cuchillo a todo el pueblo!

Como si fuera a cumplir la amenaza esgrime la espada y la descarga contra la empalizada. Al punto, el cocear y los relinchos de un caballo rijoso que huele a la yegua espanta a los indios, que retroceden y se arrojan al suelo. El GUERRERO se frota el rostro con la vana pretensión de borrar los trazos bélicos. CORTÉS se vuelve hacia el lugar de donde vienen los relinchos.

CORTÉS. ¡Fuera de ahí el caballo! Ha hecho bien su trabajo.

La VIEJA, viendo que MALINCHE no se ha movido, repite la pregunta de antes.

VIEJA. ¿No siente miedo, muchacha?

MALINCHE. *(Ajena a lo que oye.)* ¿Miedo, dices?

GUERRERO. Nuestros muertos te pertenecen, señor.

AGUILAR. Te hace entrega de sus muertos.

CORTÉS. *(Contemplando el cadáver que yace a sus pies.)* No los quiero.

AGUILAR. Cortés no quiere vuestros muertos.

Los rostros, todavía marcados por el terror, van alzándose.

CORTÉS. ¿De qué me servirían? ¿No será mejor que los enterréis antes de que los devoren las fieras o el olor de sus cuerpos descompuestos llegue aquí? ¡Haced lo que os digo! ¡Hacedlo antes de que me arrepienta! ¡Aprisa!

AGUILAR. ¡Aprisa! ¡Aprisa!

Sólo cuando el GUERRERO, empujado por las imperiosas voces, recoge el cadáver, CORTÉS continúa hablando

CORTÉS. Di a los tuyos que os perdono y que os quiero tener por hermanos. Que vengan las mujeres y los niños. ¡Todos! *(Dirigiéndose al CACIQUE y a los que le acompañan.)* Acercaos si queréis oír las palabras de paz que me enseñó quien me envía a tomar posesión, en su nombre y por mandado del único Dios verdadero, de estas tierras. Olvidad a vuestros dioses, que tanta desgracia os acarrean, y adorad, en la forma en que yo lo hago, a quien desde el cielo vela por vuestra salud y fortuna.

Los soldados españoles se apartan para ceder el paso a los religiosos que les acompañan. Un bosque de estandartes y cruces irrumpe en escena, dejando a su paso un profundo olor a incienso. Encabeza la

procesión FRAY BARTOLOMÉ DE OLMEDO, que porta una enorme cruz de madera recién cortada. CORTÉS se va hacia ella, la besa y se hinca de rodillas. Se pone luego de pie y exclama:

CORTÉS. ¡Proclamad conmigo que sois leales vasallos de Dios y de su majestad Carlos V!

AGUILAR. ¡Proclamad que sois leales vasallos de Dios y de su majestad Carlos V!

El CACIQUE y su pueblo llegan, sometidos, ante los españoles. Algunos indios sostienen recipientes de arcilla en los que queman incienso de copal. Otros extienden sobre toscas mantas objetos de oro con formas de animales.

CACIQUE. Señor, harías bien en matarnos si no ficiéramos caso de tus sabias palabras. Ya se ve que grande fue nuestra equivocación al buscar la guerra. ¿Servirán para probar mi sinceridad estos regalos y aquellas esclavas jóvenes y bellas?

AGUILAR. Está muy arrepentido de haber guereado y para demostrarte que es sincero te ofrece estos regalos y aquellas esclavas.

CORTÉS no repara en las mujeres. Toda su atención se concentra en las piezas doradas. Recoge una y la baila al sol. Los destellos ponen luz a la luz de sus ojos.

CORTÉS. Esta piececilla dorada, una especie de lagartija, y esas otras como perrillos parecen de oro. Son de oro. (A AGUILAR.) Pregúntale si tiene más.

AGUILAR. Mi señor quiere saber si tienes más adornos como éstos.

CACIQUE. En esta tierra no abunda el sudor del sol.

AGUILAR. Dice que aquí no abunda el sudor del sol.

CORTÉS. ¿No me engaña?

AGUILAR. ¿Dices la verdad?

CACIQUE. Cuanto alcanza a ver le pertenece. También mi persona. ¿Habría de negarle esas cosas menudas?

AGUILAR. Asegura que todo te pertenece, incluso él mismo, y que no te negaría estas pequeñeces si las tuviera. No creo que mienta.

CACIQUE. Si tanto le agradan, yo sé que donde más hay es en el lugar que habitan los aztecas. Le llaman México.

AGUILAR. Habla de un sitio en el que abunda el oro. Es la tierra de los aztecas. Se llama México.

CORTÉS. ¿México? ¿Dónde está México?

AGUILAR. ¿Dónde está?

MALINCHE. *(Con gesto pícaro.)* Tú sabes que a la ciudad de los aztecas se llega atravesando las altas montañas.

Y extiende el brazo señalando más allá de la empalizada.

AGUILAR. La esclava cree que te burlas del cacique, que sabes donde está ese México del que habla.

CORTÉS. ¿Yo? ¿Por qué?

MALINCHE. El dios emplumado conoce el camino.

AGUILAR. Te toma por alguien de aquí.

CORTÉS. ¿Tengo, acaso, cara de indio? (*Sin dejar de admirar la materia de la figurilla.*) ¡México! Donde quiera que esté hemos de visitarlo. Partiremos al amanecer.

BERNAL regresa junto a la mesa. Se sienta, moja la pluma y escribe.

BERNAL. Nos despedimos de los indios y embarcamos. Al otro día por la mañana nos hicimos a la vela y con buen tiempo navegamos siempre muy cerca de la tierra.

En medio de una creciente oscuridad, MALINCHE y CORTÉS han quedado atrapados en un círculo de luz. MALINCHE sólo tiene ojos para él y los de él no se apartan de las figurillas.

MALINCHE. El tameme no mentía.

BERNAL. ¿Dices?

MALINCHE. El tameme no mentía.

VIEJA. (*Con la voz deshilachada de quien empieza a convertirse en sombra.*) ¿Es posible que lo recuerdes tan bien?

BERNAL se desentiende. Su atención está puesta en lo que escribe.

BERNAL. Navegamos siempre muy cerca de la tierra hasta llegar en Jueves Santo a San Juan de Ulúa.

Deja la pluma, busca una larga pipa y la carga lentamente. La enciende con la punta enrojecida de un hierro que hay metido en el fuego. Vuelve a la mesa y sigue su tarea. Mientras, las figuras de los de Tabasco se van borrando. En su lugar aparecen, recuperados por la memoria de MALINCHE, EL POCHTECA y EL TAMEME. Viste aquél una capa de color terroso y se cubre con un alto sombrero negro de copa redonda. Éste, en cambio, va medio

desnudo y lleva a la espalda un gran bulto que sujeta con una cinta de cuero ceñida a la frente.

EL POCHTECA. Esta vez la ausencia ha sido larga. Es cierto. Pero no por mi voluntad. Veo que en Paynala las cosas están donde estaban y que son como eran. Malinche ha crecido más de un palmo. Quizás dos. Y esa es la mayor novedad que advierto. En México, por el contrario, se han producido acontecimientos que explican mi tardanza. ¿A qué salir de casa si apenas tengo esclavos que vender, ni tamemes que carguen las mercancías? Traigo poco. *(Su condición de comerciante asoma.)* Aunque encontrarás cosas útiles y bonitos adornos. Agradarán a las mujeres de tu casa. Murió el emperador Ahuitzotl. Nada hay de sorprendente en ello, pues a todos nos aguarda ese destino. Y le sucedió Moctezuma, lo que tampoco es extraño pues sus méritos eran grandes. Como guerrero, sus hazañas le habían dado justa fama y por su piedad mereció ser Sacerdote Supremo. Lo extraordinario es que su gobierno empezó con un misterioso suceso. Una bola de fuego resplandeciente cruzó el cielo desde donde se alzaba el sol hasta donde se esconde. Los astrólogos dijeron que era el anuncio de que la hora última de nuestro mundo estaba próxima. ¿Acaso no pueden equivocarse? No debería decirlo. ¡Moctezuma vive abrumado por la terrible profecía! ¡Moctezuma es muy desdichado y nos hace desdichados a todos!

EL TAMEME. Moctezuma tiene miedo.

EL POCHTECA. Te azotaría si no te necesitara.

EL TAMEME. *(Desafiante.)* Moctezuma tiene miedo.

EL POCHTECA. Puedo arrancarte la lengua.

EL TAMEME. Aunque me hagas callar, a Moctezuma no se le quitará el miedo a Quetzalcoatl.

MALINCHE. *(Sin dejar de mirar a CORTÉS.)*
¿Quetzalcoatl?

EL TAMEME. De su semen nacieron los hombres, nacimos los hombres en el amor. Y dijo lo que hay que hacer para ser felices y libres. Así se cultiva el maíz, dijo también. Y dijo como se teje. Y enseñó a los que le conocieron cuando todavía vivía en esta tierra que donde hay amor la guerra no tiene sitio. El amor es la luz y la luz puede a la noche...

EL POCHTECA. ¿Dejarás la lengua quieta, charlatán?

LA VOZ INFANTIL DE MALINCHE. ¿Por qué Moctezuma tiene miedo si Quetzalcoatl es un dios bueno?

EL TAMEME. Si mi señor me dejara hablar, te respondería. Si mi señor me dejara hablar te diría que el oscuro dios Tezcatlipoca, que es la luna y la noche, el que se alimenta del néctar rojo que tenemos en las venas, engañó al dios bondadoso y le expulsó del corazón de nuestros antepasados.

EL POCHTECA. No le hagáis caso. Nadie engañó a Quetzalcoatl. Cuando vio que sus inútiles consejos caían en saco roto, bebió pulque hasta emborracharse, quemó su casa y huyó avergonzado.

EL TAMEME. Quetzalcoatl se fue al oriente. Penetró en el mar en una balsa de culebras y millares de aves de hermosas plumas le dieron escolta. Quetzalcoatl dijo que volvería para recordarnos que los primeros hombres nacieron por un deseo suyo de amor y que no quiere que sus descendientes seamos esclavos.

EL POCHTECA. ¿Quién te llena la cabeza de fantasías?

EL POCHTECA golpea al TAMEME y le arroja al suelo.

EL TAMEME. Quetzalcoatl vendrá pronto. Traerá la paz para los que le amamos. La cólera y el fuego para los que sometéis a los pueblos y los sacrificáis a vuestros dioses sedientos. Quetzalcoatl os derribará y vosotros y vuestros descendientes pasaréis muchas calamidades.

EL POCHTECA continúa golpeándole. De repente cesa el castigo.

EL POCHTECA. Señor de Paynala, este miserable merece la muerte. A buen seguro ya se la habría dado con mis propias manos si no estuviéramos en tu casa.

EL TAMEME. Moctezuma tiene ordenado que los que han de morir sean sacrificados por los sacerdotes en los templos. ¿Vas a contrariar su voluntad?

EL POCHTECA. ¿Podré soportar tus impertinencias hasta que regresemos a México? Sufro sabiendo que Moctezuma sufre y este deslenguado no hace más que recordármelo a cada momento. Señor de Paynala, no pensaba venderlo, pero con tal de no oírle más se lo entregaré a quien me dé por él un manto y cincuenta nueces de coco. ¿Puede pedirse menos?

VOZ INFANTIL DE MALINCHE. Cómpralo, papa. Tiene sed. ¿Puedo darle agua de maíz?

EL POCHTECA. Ya es tuyo, señor de Paynala. Ya es tuyo. A ti no te importará que hable sin parar de ese dios que en buena hora se fue, ni de Moctezuma, puesto que no le conoces.

Desaparece EL POCHTECA de la memoria de MALINCHE. EL TAMEME desgrana sus palabras con voz dulce, como si la verdad que describen no necesitara del grito. Su cuerpo maltratado se va asemejando al de un profeta.

EL TAMEME. A Moctezuma le conoceréis y le tendréis miedo. Le conoceréis bien pronto porque

sus ejércitos llegarán a Paynala. Os exigirán tributos y se apoderarán de vuestros guerreros. No los matarán en combate, no. Se los llevarán vivos para sacrificarlos a sus dioses. Necesitan víctimas. Miles de víctimas. He visto descuartizar a veinte mil en un sólo día. Pero Quetzalcoatl vendrá. A cada momento lo anuncia. El templo de Uitchilipochtli se incendió y cuanto más agua echaban más vivas se hacían las llamas. Un día en que no había tormenta, un rayo cayó sobre el templo del dios del fuego y quemó un techo de paja. Otra vez, el lago de México se alborotó aunque no había viento. Parecía que hervía. El agua saltaba. Enseguida las olas fueron tantas y se hicieron tan altas que alcanzaron las casas que hay en las orillas. Muchas se hundieron. Unos cazadores del agua han sacado con las redes un pájaro del tamaño y color de una grulla. Tiene en medio de la cabeza un espejo redondo y muy pulido. Dicen que Moctezuma vio aparecer en él las estrellas del cielo y que se espantó y que cuando miró de nuevo descubrió un gran tropel de gente bien armada montada en venados. El que la manda es el mismísimo Quetzalcoatl. Muchos sueñan con él, pero no se atreven a confesarlo por si el emperador los manda matar.

MALINCHE. ¡Existe!

EL TAMEME. Yo mismo le he visto.

MALINCHE. Le tengo delante de mí. ¡Quetzalcoatl!

El círculo de luz se rompe y MALINCHE regresa junto a BERNAL. El viejo soldado, tendido en el suelo, con la cabeza apoyada en el camastro, duerme profundamente. MALINCHE le contempla. Le cubre con la manta. Recoge la pipa del suelo y la pone sobre la mesa. Repara en los papeles que hay en ella y luego de repasarlos lee en voz alta lo último que ha escrito BERNAL.

MALINCHE. Al otro día, que fue Viernes Santo,

desembarcamos en la playa caballos y artillería e hicimos un altar. Después se dijo misa y se hicieron chozas y cobertizos para Cortés y para los capitanes. Entre trescientos soldados acarreamos madera e hicimos nuestras chozas, y los caballos se pusieron adonde estuviesen seguros. Y en esto se pasó aquel Viernes Santo.

La luz se ha extendido sobre el campamento de los españoles. Los hombres trajinan perezosos en medio de un gran desorden. MALINCHE se mezcla con ellos y va y viene curioseándolo todo. A prudente distancia FRAY BARTOLOMÉ se divierte espiando sus gestos de sorpresa ante tantos objetos extraños. Da MALINCHE con un rosario. Lo contempla y luego besa largamente el crucifijo. Instintivamente mira por si alguien la ha visto y al saberse observada por el fraile deja el rosario, se sonroja, rompe a reír y escapa corriendo. Sobresaltado por la risa de MALINCHE, BERNAL se despierta. Mira desconcertado a su alrededor. Ve el campamento y a lo lejos algo que atrae su atención. De un salto se sube a la mesa y mira hacia donde está la pirámide.

BERNAL. ¡Alerta! ¡Allí, Alvarado, entre los árboles!

ALVARADO. Es gente que se acerca. ¿La distingues?

BERNAL. Sólo veo que es mucha.

ALVARADO. Llamad a Cortés.

VELÁZQUEZ. ¿Te parece que vienen en son de guerra, Botello?

BOTELLO. ¿Cómo puedo saberlo?

VELÁZQUEZ. ¿No dicen que eres adivino?

Numerosos indios descienden desde lo alto de la pirámide. La mayoría se detiene en los escalones y sólo algunos llegan al pie. CORTÉS, que ha acudido presto, se tranquiliza al ver que vienen desarmados.

El que parece ser el principal avanza hacia el campamento.

TENDILE. *Mi nombre es Tendile. ¿Quién de vosotros es el señor?*

CORTÉS. *¿Qué dice?*

AGUILAR. *No lo sé.*

TENDILE. *¿Quién de vosotros es el señor?*

AGUILAR. *Habla una lengua que no conozco.*

CORTÉS. *¡Maldita sea! Tantos años viviendo entre indios y cuando más lo necesitamos no entiendes lo que dicen.*

AGUILAR. *Donde he estado no he oído a nadie hablar así.*

CORTÉS. *Trata de averiguar si estamos cerca de México.*

AGUILAR. *¿Estamos cerca de México?*

TENDILE no responde. AGUILAR hace un gesto de impotencia y CORTÉS muestra la lagartija de oro.

CORTÉS. *¿Conoces este metal?*

TENDILE. *¿Eres tú el señor?*

CORTÉS. *¿Dice que sí o que no?*

AGUILAR. *¿Cómo puedo saberlo?*

MALINCHE. *Pregunta que quién de vosotros es el señor.*

AGUILAR. *(Sorprendido.) ¿Le entiendes?*

MALINCHE. *Es uno de los aztecas. Su lengua es el nahuatl.*

AGUILAR. ¿Tú la sabes?

MALINCHE. Donde nació, la hablamos.

AGUILAR. ¡Estamos de suerte! Habla la lengua de estos indios.

BOTELLO. ¿Tan sabias son las esclavas en esta parte de la tierra?

BERNAL. (*Descendiendo de la mesa.*) Lo que hubieras dado, Botello, por saber entonces que esa esclava estaría en todas las guerras de la Nueva España y que daría muestras de gran valor.

CORTÉS. ¿Cómo se llama?

FRAY BARTOLOMÉ. Desde que la bautizamos, Marina.

CORTÉS. Sea a partir de hoy doña Marina.

BERNAL. (*Escribiendo de nuevo.*) Es hora de aclarar que fue una suerte conocerla, porque sabiendo tantas lenguas nos ayudó a entendernos con aquellos indios. (*A MALINCHE.*) ¿No es esto hacerte justicia?

MALINCHE. Sí, si explicas por qué os ayudé.

BERNAL. Todos saben que por agradecimiento de haberte hecho cristiana y quitado de adorar ídolos.

MALINCHE. Otros se hicieron cristianos y no os sirvieron con tanto celo.

BERNAL. ¿Prefieres que diga que fue por amor a Cortés?

MALINCHE. Eso vino luego.

BERNAL. ¿Qué otra cosa pudo haber?

MALINCHE. Si no te hubieras dormido cuando hablaba de Quetzalcoatl...

BERNAL. ¿De nuevo a vueltas con los dioses? Esas historias...

MALINCHE se irrita. Hace un gesto de rabia.

MALINCHE. Si yo supiera escribir, maldita la falta que me harías.

TENDILE. *(Impaciente, a MALINCHE.) ¿Quién de éstos es el señor?*

MALINCHE. *(A AGUILAR.)* Pregunta por él.

AGUILAR. Date a conocer, Cortés.

CORTÉS. Me llamo Hernán Cortés. Soy cristiano y vasallo del mayor señor que hay en el mundo. Por su mandato vengo a esta tierra.

VELÁZQUEZ. ¿No va siendo hora de decir que no es el emperador quién te envía, sino el gobernador de Cuba, Diego de Velázquez?

CORTÉS. Cuantos más días pasan menos me acuerdo de tu pariente.

Aunque no entiende lo que hablan los españoles, TENDILE ya ha adivinado quién manda entre ellos. Va hacia él y le saluda con tres reverencias.

TENDILE. *Nos envía acá Moctezuma.*

MALINCHE. Moctezuma es el emperador de los aztecas. Tiene poder sobre las tierras que nos rodean y sobre las que rodean a las que nos rodean.

AGUILAR. Son enviados de Moctezuma, el emperador de los aztecas. Sus dominios se extienden sobre las tierras que nos rodean y sobre las que rodean a las que nos rodean.

CORTÉS. Decidle de mi parte que hace muchos años que tengo noticias del gran señor que les gobierna.

ALVARADO. Al grano, Cortés. Que nos diga cuánto hay que caminar para llegar a México.

BOTELLO. Responderá que tanto como para venir de México aquí.

A una seña de TENDILE varios indios se acercan. Besan la tierra. A continuación depositan en ella gran cantidad de alimentos, algunas piezas de oro que extraen de una gran caja y curiosos atavíos y vestiduras.

TENDILE. *He aquí lo que te da Moctezuma en agasajo al llegar a tu morada de México.*

BERNAL. Traían gallinas, pan de maíz, ciruelas, legumbres y mantas para protegernos del sol. Y para regalarnos la vista patos de oro y muchas piezas de ese mismo metal con forma de tigres y leones y monos. ¡Ah! Y los penachos y las dos varas como de justicia de cinco palmos cada una. También nos obsequiaron con treinta cargas de ropa de algodón y muchas clases de labores. Fueron tantas cosas y hace tantos años que pasó que no me acuerdo de todo. ¿Diré lo de las máscaras y las plumas de tantos colores y las mitras? Ya sé que con el tiempo algunos dijeron que eran las que los indios ponían a sus dioses para adornarlos, pero yo no lo vi así. ¡Y no me digas, doña Marina, que estoy equivocado! No gastaré tinta en nombrar más presentes, que si intentara ponerlos todos no habrá bastante.

CORTÉS. *(Contemplando lo que tiene delante.)* Bien se ve de cuánto valor es el regalo.

Pero su mirada sólo acaricia el oro. Lo demás parece no importarle. El detalle no pasa desapercibido para TENDILE, que volviéndose hacia los que le acompañan murmura:

TENDILE. ¿Creéis todavía que estamos delante de Quetzalcoatl?

INDIOS. —No. No puede ser él.

—No ha reconocido las vestiduras que le pertenecieron antes de irse al amanecer.

MALINCHE. Es el que esperáis. Regresa a tomar posesión de sus dominios.

TENDILE. (A CORTÉS.) *¡Este no es Quetzalcoatl!*

MALINCHE. (A CORTÉS.) *Demuéstrales que eres Quetzalcoatl, que eres el dios que habitó estas tierras, que has regresado al fin.*

AGUILAR. *¿Cortés un dios? ¡Cortés un dios! ¿Oyes? Quieren que demuestres que eres un dios al que esperan.*

CORTÉS. *¿Por eso discutían? ¡Miradme bien! ¿Tengo aspecto de ser una deidad?*

FRAY BARTOLOMÉ. El azteca debe saber cuanto antes que nos trae el deseo de mostrarles la verdad de nuestra religión. Sácale de su error, Aguilar.

CORTÉS. *¿Por qué? ¿Qué perdemos manteniéndole en él?*

FRAY BARTOLOMÉ. No gastes burlas con la religión, Cortés.

MALINCHE. *¿A qué espera para cubrirse con los atributos de Quetzalcoatl?*

AGUILAR. Doña Marina pretende que te disfraces de ese falso dios.

VELÁZQUEZ. *¿Harás de bufón, Cortés?*

BOTELLO. No le hagas caso. Sigue la broma.

FRAY BARTOLOMÉ. Este juego, de divertido no tiene nada.

CORTÉS. (*Pensativo.*) Si de verdad se creyeran que soy el dios que dicen...

ALVARADO. Serás el hazmerreír de estos salvajes. Si quieres que nos respeten mejor harías poniéndote el casco que llenándote la cabeza de plumas.

CORTÉS. ¡No se hable más! Venga el casco y pongámonos serios ante estos señores.

MALINCHE, viendo que su petición no es atendida, se encara con CORTÉS.

MALINCHE. ¡Cortés! ¡Cortés! Si me entendieras...

AGUILAR la aparta.

CORTÉS. Ya me dirás lo que sea, Marina. Ahora no está el horno para bollos.

Un soldado trae el casco. Antes de que CORTÉS se lo ponga, los indios retroceden dando muestras de gran desconcierto.

BOTELLO. ¿Ves cómo te miran?

CORTÉS. No es a mí. Les llama la atención el casco.

CORTÉS se lo muestra a TENDILE. Le invita a que lo coja y éste lo hace como si recibiera un objeto frágil. Lo examina con curiosidad y luego lo alza para que los demás lo vean. Tiene algo de sacerdote en el trance de la consagración. Bruscamente se vuelve hacia CORTÉS.

TENDILE. *Todas las dudas se han desvanecido de pronto.*

MALINCHE. ¿Cómo has llegado a la verdad?

TENDILE. *Este sombrero es igual a otro que Quetzacoatl olvidó cuando se fue. Nuestros antepasados lo recogieron. Ahora se lo ponemos a Huichilobos, dios de la guerra.*

MALINCHE. ¡Ya saben que eres el dios! Lo han adivinado por el casco. Tendile dice que es como el que tenía Quetzalcoatl.

AGUILAR. Doña Marina repite otra vez esa historia de que eres un dios. Ahora es a cuenta de tu casco.

CORTÉS. ¿Qué tiene de sorprendente?

AGUILAR. Los indios creen que es igual a uno que tenía Quetzalcoatl, el dios del que hablan.

Algunos indios se acercan a TENDILE y alargan los brazos con la pretensión de tocar el casco. Éste lo protege, pero ante el gesto de CORTÉS autorizando a que todos lo vean de cerca y lo toquen, lo entrega al que tiene más cerca y la pieza corre de mano en mano.

TENDILE. *¿Tiene sed, señor? Puedo sacrificar algunos de los que vienen conmigo y servirte su sangre caliente.*

MALINCHE. Te ofrecen su sangre para que la bebas.

AGUILAR. ¿Beberías la sangre de nuestros visitantes? Te la ofrecen con mucho gusto.

FRAY BARTOLOMÉ. ¡Qué disparate! ¿Así, estos indios también hacen sacrificios humanos?

BERNAL, como otros españoles, no puede reprimir un gesto de repugnancia. Agita el brazo como si quisiera borrar la escena y deja por un momento la escritura para servirse vino. Toma un sorbo y encuentra un cierto alivio. El trago siguiente es largo.

MALINCHE. *La sangre que bebe Quetzalcoatl se llama vino y no está en los corazones de los hombres.*

CORTÉS. ¿Qué le ha dicho doña Marina?

MALINCHE. He dicho: la sangre que bebe Quetzalcoatl se llama vino y no está en los corazones de los hombres.

AGUILAR. Doña Marina trata de explicarles que la sangre que tú bebes se llama vino y de que no hace falta descuartizar a nadie para obtenerlo.

ALVARADO. Haríamos bien en ofrecerles unas jarras.

BERNAL escupe violentamente el vino.

FRAY BARTOLOMÉ. Mejor sería que celebráramos misa para que estos salvajes se enteren de que no hay más Dios que el nuestro, que los suyos no son sino demonios.

CORTÉS. Antes veamos lo que trae Tendile, fray Bartolomé.

El casco de CORTÉS ha regresado a las manos de TENDILE repleto de granos de oro.

TENDILE. *Recibe esto más en nombre de Moctezuma y repártelo con los hombres que te acompañan.*

CORTÉS junta las manos, las llena con el oro del casco y lo deja escapar lentamente entre los dedos.

AZTECAS. —Se le pone risueña la cara.

—Está deleitándose.

—Levanta el oro como si fuera un mono.

—Se le ensancha el cuerpo por eso.

—Tiene hambre furiosa de oro.

—Como un puerco hambriento lo ansía.

—Tiene hambre de oro.

—Se le ensacha el cuerpo.

—Está deleitándose.

—Como un puerco hambriento.

—Se le pone risueña la cara.

—Levanta el oro como si fuera un mono.

TENDILE. *Moctezuma celebra tu llegada. Me tiene ordenado que durante el tiempo que permanezcas en esta costa te dé cuanto necesites.*

MALINCHE. *Moctezuma celebra la llegada de Cortés y le dará cuanto necesite.*

AGUILAR. *Moctezuma te ofrece lo que le pidas.*

ALVARADO. *Verdaderamente, debe ser un gran señor, y rico.*

CORTÉS. *Si Dios quiere, hemos de ir a verle.*

VELÁZQUEZ. *¿Insistes en ir a México?*

CORTÉS. *Sólo aguardo a que Moctezuma señale el día y la hora en que hemos de encontrarnos.*

VELÁZQUEZ. *Nuestra misión no iba más allá de lo que hemos hecho. Estamos a punto de convertirnos en delincuentes. ¿Qué opina fray Bartolomé?*

FRAY BARTOLOMÉ. *Los frailes seguimos los pasos de los soldados. Adonde ellos van, vamos nosotros con el Evangelio.*

CORTÉS. *Zanjada la cuestión. Aguilar, haz saber a Tendile que estoy impaciente por ver y hablar a Moctezuma.*

AGUILAR. *Mi señor desea conocer al tuyo.*

MALINCHE. *Mi señor tiene prisa por ver a Moctezuma.*

TENDILE. *¿Acaba de llegar y ya le quiere conocer?*

CORTÉS. *¿Qué contesta?*

ALVARADO. *Me parece que habrá que explicarle que no venimos de tan lejos para quedarnos aquí cruzados de brazos.*

CORTÉS. Ya lo oyes, Aguilar. Que se entere que hemos pasado muchos mares sin otro propósito que el de encontrarnos con el tal Moctezuma.

TENDILE. *¿Por qué el dios nombra una y otra vez a Moctezuma?*

MALINCHE. Tendile pregunta por qué Cortés pronuncia tanto el nombre de su señor.

AGUILAR. A Tendile le molesta escuchar tantas veces el nombre de Moctezuma.

BOTELLO. Tendrá miedo de que de tanto repetirlo, lo borremos.

CORTÉS. Tendile deberá responder de una vez a lo que le he preguntado.

AGUILAR. Insístele en que Cortés quiere conocer a Moctezuma, doña Marina.

MALINCHE. *Quetzalcoatl quiere saber cuándo partimos hacia México.*

TENDILE. *¡No hablemos más de ello!*

AZTECAS. —*¿Por qué?*

—*¿No están bien aquí los dioses, en la orilla?*

—*¿Qué quieren de Moctezuma?*

—*Moctezuma no necesita verlos.*

TENDILE. *Quetzalcoatl quiere quitarnos de los dioses que nos dan la salud y que nos hacen poderosos entre los poderosos.*

AZTECAS. —*Algo hay que hacer.*

—*Ahuyentarles de aquí.*

—*Vamos, vamos antes de que echen a andar.*

Los españoles asisten con sorpresa e inquietud a los extraños movimientos de los aztecas. Mientras unos hablan, otros les hacen muecas. Uno se acerca

gesticulando hasta BERNAL, que se le queda mirando. El recuerdo de aquella escena transforma su malhumor en sonrisa. A medida que aquélla avanza va dejando escapar risas, cuya frecuencia crece por momentos.

AGUILAR. (A MALINCHE.) ¿Qué les pasa?

ALVARADO. Esto no me gusta ni un pelo.

MALINCHE. Temen que si llegamos a México, Cortés expulse a sus dioses.

AGUILAR. El alboroto viene porque sospechan que cuando lleguemos a México les obligaremos a olvidar a sus dioses.

FRAY BARTOLOMÉ. Sus dioses son malos. Los tienen engañados. Cuando alcemos la cruz, huirán.

CORTÉS. Sólo veo una forma de convencerlos. ¿Están cebadas las lombardas?

ALVARADO. Sí.

CORTÉS. Que los artilleros no escatimen la pólvora.

VELÁZQUEZ. Prudencia, Cortés.

CORTÉS. ¿Dónde están los perros? ¡Los quiero cerca!

BOTELLO. No caben más cascabeles en los caballos.

CORTÉS. ¿A qué esperamos entonces? ¡Mostremosles nuestro poder!

Una lombarda es disparada y el ruido de la piedra al salir retumba por los montes. Los perros, sueltos, ladran a los caballos que corren a galope por la playa.

BERNAL. (Soltando, al fin, el trapo.) ¡Dios, que trueno! ¡pum, pum, pum! ¡Cómo corrían!

Y la emprende a golpes con todos los objetos metálicos que tiene cerca. EL INDIO que está a su lado corre junto a los suyos. TENDILE regresa espantado hacia la pirámide.

TENDILE. *¡Corred! ¡No vaya a sucedernos algo!*

AZTECAS. —*¡Que nada nos pase!*
—*¡Nunca cosa así se vio!*

Sin perder la cara de los españoles, los aztecas suben la empinada escalera.

AZTECAS. —*Estalla la caña hueca. Una como bola de piedra sale de las entrañas.*

—*El humo que escupe es muy pestilente.*

—*Huele a barro podrido.*

—*Estalla la caña hueca. Retumba su estrépito.*

—*Huele a barro podrido.*

—*Va lloviendo fuego.*

—*Sale de sus entrañas.*

—*Se me aturden los oídos.*

—*La bola de fuego da contra la empalizada.*

—*La destroza en astillas.*

—*Da contra el cerro.*

—*Lo resquebraja.*

—*Pues sus animales son enormes.*

—*Tienen fuego en los ojos.*

—*Echan chispas.*

—*Son muy fuertes y robustos.*

—*No están quietos. Andan jadeando. Andan con la lengua colgando.*

TENDILE. *No hemos podido hacerles hechizos, ni procurarles algún maleficio. No podemos hacerles daño de ojos. No podemos torcerles el rostro. No han enfermado, ni muerto, ni han regresado por donde han venido.*

AZTECAS. —*Son los dioses.*

—*¡Hemos visto a los dioses!*

TENDILE. *Hemos conversado con ellos.*

Los aztecas desaparecen camino de México. El eco de sus voces no acaba de apagarse. BERNAL se une a los soldados que les persiguen fuera de las lindes del campamento. En él quedan CORTÉS, rodeado por los regalos enviados por MOCTEZUMA, y MALINCHE.

CORTÉS. ¿Qué me miras? ¿Aún no te has cansado de verme? (*MALINCHE se encoge de hombros.*) ¡Ea, Marina! ¿Tengo monos en la cara?

MALINCHE. ¿Monos?

CORTÉS. Sí, monos.

CORTÉS mima los movimientos y gestos de los monos.

MALINCHE. (*Riendo y negando.*) ¡No! ¡No! Monos, no.

CORTÉS. ¿No me tomarás tú también por un dios? (*Nuevamente MALINCHE se encoge de hombros.*) Te preguntaba si también tú... ¡Olvidalo!

CORTÉS da un chasquido con los dedos. Sólo pensar en la ocurrencia que ha tenido para hacerse entender le hace gracia. Elige entre los atavíos dejados por los aztecas el que le parece más vistoso: una cabellera de plumas toda sembrada de estrellas de oro. Pero antes de que la toque, MALINCHE, que adivina su intención, se lo impide.

MALINCHE. Eso pertenece al dios de la noche.

CORTÉS señala una máscara con plumaje y ella niega con la cabeza invitándole a que tome, en su lugar, una especie de mitra de cuero y un collar con un disco de oro en medio. Cuando los tiene puestos, se pavonea. La risa contagiosa de MALINCHE desata la de él. AGUILAR, cuya presencia no han advertido, se acerca y observa la escena con gesto grave.

CORTÉS. ¿Y ahora, qué?

MALINCHE. No eres Quetzalcoatl.

CORTÉS. Mírame bien.

MALINCHE. Te confundí con él. Quería que fueras él. Que Quetzalcoatl y Cortés fuerais uno sólo. Pero Quetzalcoatl haría menos preguntas. Sabría quiénes son los aztecas, pues ellos le expulsaron, y dónde habitan, pues allí habitó él.

AGUILAR. Y no sólo sabrías quiénes son y dónde habitan los aztecas, sino que entenderías todas las lenguas sin necesitarnos ni a ella ni a mí.

CORTÉS. ¿Es eso lo que dice doña Marina?

AGUILAR. Sí.

CORTÉS. En un abrir y cerrar de ojos me habéis convertido en el más humilde de los mortales. ¡Al diablo los atributos divinos!

CORTÉS se despoja de la mitra y va a hacerlo del collar.

MALINCHE. *(Poniendo el dedo en el colgante de oro.)* Eso no.

CORTÉS. ¿Tengo que quedármelo?

MALINCHE. Oro.

CORTÉS. Una medalla de oro, sí.

MALINCHE. *(Lentamente.)* Oro.

CORTÉS. De oro.

MALINCHE. Cortés. Oro. Cortés oro.

MALINCHE señala todo lo que hay de oro a su alrededor. CORTÉS la mira a los ojos. Luego la sujeta suavemente por las muñecas.

CORTÉS. Me gusta tocarlo, acariciarlo. Tu piel es como el oro.

MALINCHE. ¿Mi piel? ¿Qué es mi piel?

Las manos de CORTÉS recorren sus brazos y se detienen en las mejillas. Ella ríe. Se despoja de la ropa. CORTÉS contempla su cuerpo de bronce. La abraza. AGUILAR, incomodo, se aparta. BERNAL aparece tras él.

AGUILAR. Cortés ya no me necesita.

BERNAL. Aquí no sobramos ninguno.

AGUILAR. ¡Yo sí! Doña Marina aprenderá pronto nuestra lengua.

BERNAL. ¡Conque era eso, Aguilar! (*Yendo hacia la mesa*). Escribiré tu nombre en estos papeles tantas veces como el de doña Marina. Sólo dejaré de hacerlo cuando las bubas te saquen a la fuerza de esta historia, no sin advertir, para que se sepa, que esa y no otra es la causa. ¿Me oyes, Aguilar?

Pero AGUILAR ha desaparecido tragado por la noche. BERNAL sacude la cabeza, se sienta y escribe.

Primeras luces del alba de muchos días después. VELÁZQUEZ se asoma a la tienda de CORTÉS.

VELÁZQUEZ. ¿Estás ahí, Cortés?

VOZ DE CORTÉS ¿Quién me busca?

VELÁZQUEZ. Velázquez.

VOZ DE CORTÉS. ¿Qué hay?

VELÁZQUEZ. ¿Podemos hablar?

CORTÉS sale a medio vestir

CORTÉS. Te escucho.

VELÁZQUEZ. La gente quiere saber qué haremos.

CORTÉS. ¿La gente o tú?

Varios hombres de pelea avanzan. CORTÉS los mira de uno en uno. Los que no pertenecen a la milicia permanecen alejados. Un paso adelante FRAY BARTOLOMÉ con los ojos bien abiertos y el oído atento.

ORDAS. ¿Qué haremos, Cortés?

CORTÉS. *(Sin fe en lo que dice).* Tal vez regresen los aztecas y nos lleven hasta Moctezuma.

ORDAS. Tardan mucho, ¿no te parece? Los víveres que nos trajeron se han terminado. Los campesinos de los poblados cercanos han desaparecido como si se los hubiese tragado la tierra.

BERNAL. El pan amargaba de mohoso y podrido que estaba. Sólo comíamos pescado.

VELÁZQUEZ. Sabes, como yo, que no vendrán. Y si vienen, peor para nosotros. Esa gente es belicosa. Si nos viera en tan lamentable estado nos aplastaría en un abrir y cerrar de ojos.

BERNAL. Treinta y cinco hombres murieron en pocos días a causa de las enfermedades y del hambre que padecíamos. ¿No es verdad, maestro Juan?

CORTÉS. ¿Debo entender que me pedís...?

VELÁZQUEZ. Volver a Cuba cuanto antes.

CORTÉS. ¿Hemos de retroceder sin haber avanzado? ¿Hablas por todos?

VELÁZQUEZ. *(Tras unos momentos de vacilación).* Por la mayoría.

MALINCHE, que escucha desde la penumbra del pabellón, espera con ansiedad la decisión de CORTÉS.

CORTÉS. Vosotros mandáis.

MALINCHE sale. Siente que su sueño está a punto de romperse.

MALINCHE. ¡En México hay oro! ¡Mucho oro!
¡Todo el oro para vosotros!

VELÁZQUEZ. ¿Daremos crédito a lo que dice una india que de los aztecas sólo conoce su lenguaje?

ORDAS. Velázquez tiene razón.

MONTEJO. Lo que pedimos es justo. ¿Quién no dejó en Cuba algo que le reclama?

VELÁZQUEZ. A Cortés, sin ir más lejos, le espera una esposa.

CORTÉS. No se hable más. Anunciad que mañana embarcamos y ponemos rumbo a casa. Guarde Moctezuma el oro para los que tengan agallas de ir a buscarlo.

ALVARADO. Cortés, yo...

CORTÉS. ¡Ah! ¿Hablas? Creí que te habían cortado la lengua.

ALVARADO escupe y calla. BERNAL suelta la pluma y se incorpora a la escena con claro ánimo de torcer su curso.

BERNAL. Alvarado...

MALINCHE. *(Atajándole)* ¿Fue así o no?

BERNAL. *(Resignado)* Fue.

CORTÉS. ¿A qué esperáis? Ya podéis ir llevando todo a las naves. *(Al religioso, que permanece inmóvil.)* Tú también, fray Bartolomé. Otros frailes vendrán a ganar las almas de estos salvajes.

La inesperada decisión de CORTÉS provoca desconcierto. Mientras unos dudan de haber oído bien,

otros, temerosos de que cambie de parecer, se apresuran a cumplir lo mandado. BERNAL se arrima a ALVARADO y cuando éste corta el paso a VELÁZQUEZ y le increpa exclama dirigiéndose a MALINCHE:

BERNAL. ¡Alvarado tenía lengua!

ALVARADO. Te saliste con la tuya.

VELÁZQUEZ. Se ha impuesto la sensatez.

ALVARADO. El gobernador de Cuba te agradecerá cumplidamente el celo con que le sirves.

VELÁZQUEZ. Sirvo a quién está del lado de la ley.

ALVARADO. ¡Maldito hijo de la gran...!

La intervención de algunos impide que ambos hombres resuelvan las discrepancias a las bravas. Separados a la fuerza y empujados a sus tiendas respectivas, sus voces y las de los que les acompañan se apagan pronto. Sólo queda el rumor del mar.

MALINCHE. No sé qué es Cuba, ni dónde está.

CORTÉS. ¿Qué?

MALINCHE. Hablaba sola.

CORTÉS. Decías...

MALINCHE. Que no sé qué es Cuba, ni dónde está. No quiero ir a Cuba.

CORTÉS. ¿Quién te obliga? Puedes quedarte, volver a donde naciste... Eres libre, Marina.

MALINCHE. Entonces me quedaré en esta playa, mirando al oriente, esperando la llegada de otros dioses blancos con más... ¿cómo dijiste?

CORTÉS. Con más agallas.

MALINCHE esconde el rostro. *CORTÉS* la obliga a que se lo muestre. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

CORTÉS. ¿Qué significa esto?

MALINCHE. Estaba soñando despierta.

CORTÉS. Nunca te he visto llorar.

MALINCHE. Malinche se pasa la vida llorando. Lloré cuando me vendieron. Otra vez, cuando vi romper los cuerpos de los hombres para que los dioses bebieran su sangre.

CORTÉS. Sólo conocía tu risa.

MALINCHE ¿Mi risa? Es otra forma de llorar. Cuando me río es que lloro de alegría, por dentro, sin derramar lágrimas. Lloré por dentro cuando te tomé por Quetzalcoatl. Estuve a punto de llorar como ahora cuando descubrí que no lo eras. Pero como nadie más lo sabía, me contuve. Lloré por dentro cuando conocí a tu Dios bondadoso y cuando fray Bartolomé me bautizó. Pero sobre todo cuando vi cómo te temen los aztecas, porque eso es bueno para ti, pero es más bueno para mí y para mi pueblo de Paynala.

CORTÉS. ¿Temerme? Se asustaron nada más. Un hombre como Moctezuma ha de tener, sin duda, un gran ejército. ¿Qué podemos un puñado de hambrientos contra él?

MALINCHE. ¿Qué pueden todos los ejércitos contra el dios más poderoso entre los dioses?, se pregunta Moctezuma.

CORTÉS. ¡Tú que sabes!

MALINCHE. Moctezuma vive lleno de terror, de miedo. Desde que los presagios te anunciaron, se llenó de gran angustia. Ahora que has llegado se le ha encogido el corazón. Sus embajadores le dicen lo que han visto y cómo quieres ir a su encuentro, cómo deseas mucho verle la cara.

CORTÉS. Sus embajadores han dejado de venir.

MALINCHE. Para que no les obligues a guiarte hasta México. Sus embajadores son ahora espías. Están ahí detrás, un poco más allá de la playa. Están en la espesura, observándote. Envían mensajes a Moctezuma contándole cómo aún no te has ido. Temen que te pongas en el camino de México. Veo sus ojos inquietos, mirándolo todo. Por eso le dije un día a Aguilar que te dijera que enterrarais a vuestros muertos en la mitad de la noche. Lo dije porque los espías no vieran que los dioses mueren. Pero mañana contemplarán algo grande. Dejarán sus escondites y correrán a México a decir a su emperador que ya puede dormir tranquilo, que los dioses han regresado a su casa.

CORTÉS. ¡Calla!

CORTÉS da la espalda a MALINCHE. En la frente se le hincha una vena.

MALINCHE. ¡Señor...!

CORTÉS. ¡Calla, por Dios! (*Mira hacia el bosque.*) Esos ojos abiertos a todas horas, día y noche... No los veo. Mentiría si dijera que los veo, pero empiezo a sentir su presencia. Están puestos en mí, ¿verdad?

CORTÉS se agita nervioso. Su voz potente taladra los oídos de los que están en el campamento.

CORTÉS. ¡Oídmelos todos! Pues regresamos a Cuba y he de rendir cuenta del viaje justo es que cada cual devuelva el oro que guarda. Según lo convenido, ha de serle entregado al gobernador de Cuba. Su pariente Velázquez se encargará de juntarlo y custodiarlo.

VELÁZQUEZ. ¿Eso he de hacer? ¡Dios me valga! Nadie querrá entregar lo que ya tiene por suyo.

CORTÉS. Si alguno se resiste a cumplir lo mandado házmelo saber porque le costará caro.

VELÁZQUEZ enmudece. Pronto se ve rodeado por la tropa inquieta. Se defiende a empujones del acoso. Mientras, ALVARADO celebra con una risotada la ocurrencia de CORTÉS.

ALVARADO. ¡Bravo, Cortés!

BERNAL. *(Bajo, pero no tanto para que MALINCHE no lo oiga.)* Bravo por doña Marina. *(Y cuando ella le agradece con la mirada el elogio, añade con un hilo de voz.)* Bravo.

CORTÉS empieza a ponerse las prendas de soldado. MALINCHE se apresura a ayudarle y BERNAL, que se iba hacia ella, se detiene.

CORTÉS. Antes del mediodía serán más los que pidan quedarse que los partidarios de regresar a Cuba. Y aun éstos, al cabo, tampoco se irán si han de hacerlo sin gloria y con las manos vacías. Te sales con la tuya, Marina. Me empujas, no sé si a mi ventura o a mi desgracia, pero mi ambición no hace nada por impedirlo. Presiento que juntos hemos de andar un largo camino. Que al final nos aguarde la gloria o la tragedia dependerá tanto de nuestra buena o mala fortuna como del valor y talento que demostremos. ¿No te asusta lo que pueda ser de nosotros?

MALINCHE niega con la cabeza, rompe a reír y le besa.

BERNAL. *(Para sí.)* Muchas veces lo he pensado: esta mujer te hubiera convenido, Bernal.

En la pirámide, a poco menos de media altura, aparece un hombre tan grueso que apenas puede andar. Es el CACIQUE GORDO. Mira con recelo a su alrededor y cuando se asegura de que nadie le vigila, grita:

CACIQUE GORDO. ¡Señor y gran señor!

Al hablar y gesticular sus carnes fofas se agitan y con ellas los pendientes que luce al extremo de unos

lóbulos tan dilatados por el peso que soportan que casi le rozan los hombros.

CORTÉS. *(Echando mano a la espada.)* ¿Has oído?

CACIQUE GORDO. *¡Señor y gran señor!*

CORTÉS. No se parece a los aztecas.

MALINCHE. No lo es.

CORTÉS. ¿Qué dice?

MALINCHE. Señor y gran señor.

Hace el CACIQUE GORDO una reverencia tan profunda como su cintura se lo permite.

CACIQUE GORDO. *(A MALINCHE.)* Dile al señor y gran señor tan esforzado que acoja al cacique de Cempoal con buena voluntad. Si no fuera por temor a los aztecas hubiera venido antes. Su fama y la de los teules que le acompañan es grande. Hubiera venido antes por eso, pero el temor a los aztecas me ha tenido en mi casa callado. Hasta que se han ido y yo, entonces, he dicho que el tiempo de mostrarme a él ha llegado. Hasta hace poco mi pueblo era libre, pero como ahora no es libre, ni son libres los otros pueblos de esta tierra totonaca, sólo hacemos lo que nos mandan los aztecas. ¿Cómo desobedecerlos si su señor Moctezuma es señor de grandes ciudades y tierras y de vasallos y de ejércitos de guerra? ¡Ay, lengua del señor y gran señor! Si supieran que le estoy viendo y hablando, sólo porque le veo y le hablo sin su licencia, me castigarían.

MALINCHE. El cacique de Cempoal tiembla cuando pronuncia el nombre de Moctezuma.

CORTÉS. Dile que estando conmigo no ha de tener pena ninguna, ni cuidado. Y añade que me gustaría saber la causa de su miedo.

MALINCHE. Mi señor va a ayudarte si le cuentas por qué temes a los aztecas.

Las lágrimas y los suspiros del CACIQUE GORDO apenas le dejan hablar.

CACIQUE GORDO. Los aztecas vinieron y como vimos que Moctezuma tenía tantos poderes les obedecimos. Pero ellos quisieron pelear y tuvimos que hacerlo a la fuerza. Era como si jugaran, porque cuidaban de no matar a nadie. Sólo hicieron prisioneros en la guerra florida y se los llevaron. Después supimos que en México los sacrificaban a los dioses. (*BERNAL hace de tripas corazón y escucha con los ojos cerrados las palabras del CACIQUE.*) Por eso no los mataron en el lugar de la guerra. Por eso se los llevaron vivos. Que sepa el señor y gran señor que a veces vienen sin que les hayamos causado enfado y nos provocan para atraernos al combate. Dile al señor y gran señor que también les damos a nuestras mujeres para que les sirvan allá en México y para que siembren sus campos. Pero ellos quieren escogerlas y entran en las casas buscando a las más hermosas. Las toman y las fuerzan. Nosotros lo vemos y callamos. Ponemos buena cara a los recaudadores que nos visitan, les damos bien de comer y les entregamos cuanto exigen.

MALINCHE. El señor y gran señor querrá saber si no hacéis nada por libraros de los aztecas.

CACIQUE GORDO. ¿Lo hacen los otros pueblos? Ellos y nosotros ofrecemos sacrificios a los dioses cuando se van los enviados de Moctezuma. Pedimos que tarden mucho en venir a llevarse más de los nuestros y a por tributos. Pero desde que el señor y gran señor y sus teules pisaron la tierra totonaca hay más guerras floridas que nunca, porque los aztecas necesitan cada día hombres para dárselos a los dioses. Y como nosotros también les ofrecemos más sacrificios para que nos favorezcan y nos pongan bajo la protección de las armas

mágicas que trae el señor y gran señor, nuestros pueblos empiezan a estar vacíos. No hay más que hombres y muchachos sacrificados.

MALINCHE. Ya ves, Cortés, como hay muchos pueblos dominados por los aztecas. Reciben agravios y todo lo bueno que tienen han de dárselo.

CORTÉS. Moctezuma debe tener muchos enemigos.

MALINCHE. Pronto no tendrá ninguno. Los aztecas sacrifican a los totonacas para pedir que te vayas y los totonacas se dan a sus dioses para obtener tu protección.

CORTÉS. ¿Quién le ha dicho al cacique gordo que así van a lograrla? Si quieren tenerme por amigo que dejen de entregar almas a los monigotes que les traen engañados.

MALINCHE. El señor y gran señor manda que no hagáis más sacrificios.

El CACIQUE GORDO desciende demudado hasta donde está CORTÉS. En lo alto de la pirámide aparece una imagen de Huitzlopochtli.

CACIQUE GORDO. *Señor y gran señor, eso no lo podemos hacer. Nuestros dioses son buenos para nosotros. No lo podemos hacer después de que nos han escuchado y te han traído en nuestra ayuda. Nuestros dioses nos dan buena sementera y todo lo que hemos menester.*

MALINCHE. Dice que...

CORTÉS. Me lo imagino. (*Violento.*) ¡No habrá ayuda si no hacen trizas sus ídolos!

BERNAL, cuya inquietud ha ido creciendo a medida que se acercaba este momento, esgrime su espada y se prepara para intervenir en lo que viene.

CACIQUE GORDO. (*A MALINCHE.*) Como a ti te entiende, explícale que haremos cuanto nos pida. Le regalaré a mi propia hija y a las hijas de muchos principales, pero que eso otro que quiere que hagamos...

MALINCHE. Quiere más: que destruyáis a vuestros dioses.

CACIQUE GORDO. Si eso hiciéramos no podríamos escapar de su castigo.

CORTÉS. ¿A qué espera esa montaña de carne temblona para cumplir lo que ordeno?

El CACIQUE GORDO se abraza a las piernas de MALINCHE.

CACIQUE GORDO. ¿Por qué el señor y gran señor los quiere destruir? Si hacemos deshonor a nuestros dioses, pereceremos. Dile tú que no los podemos quitar.

Los ojos de los espías aztecas vuelven a brillar en la espesura.

MALINCHE. El señor y gran señor no te tendrá por amigo, sino por cobarde. El señor y gran señor es enemigo de los cobardes y de los que rechazan sus consejos.

CACIQUE GORDO. (*Ridículo.*) Soy cobarde. Soy cobarde. No soy digno de tocar a los dioses.

MALINCHE. No se atreve, Cortés.

CORTÉS. Nosotros lo haremos. (*A la tropa.*) ¡Venga gente conmigo!

BERNAL. ¡Arriba!

Sube CORTÉS las gradas. Le siguen algunos hombres. BERNAL va tras ellos, los rebasa y llega arriba el primero.

CACIQUE GORDO. *Nuestros dioses son fuertes. Nada podrás contra ellos. ¡Perecerá mi pueblo y pereceréis vosotros, dioses extranjeros!*

BERNAL. *¿Qué dijo el cacique gordo, doña Marina?*

MALINCHE. *Que sus dioses eran fuertes y nada podríais contra ellos. ¡Perecerá mi pueblo y pereceréis vosotros, dioses extranjeros!*

BERNAL. *(Fanfarrón, empujando la figura de Huitzlopochtli.) ¡Echémosla abajo!*

CACIQUE GORDO. *¡Sol de mediodía, perdón! ¡No es mi mano la que te ofende! ¡No tengo culpa! ¡Soy inocente!*

El CACIQUE GORDO llora y se tapa los ojos esperando algo parecido al fin del mundo. También MALINCHE, cuando ve oscilar al ídolo, queda sobrecogida. Al fin, la figura rueda escaleras abajo con gran estrépito y se va rompiendo en pedazos.

BERNAL. *(Mientras desciende con torpe andar.) Caía rodando aquel ídolo. Hecho pedazos. Y tras él los otros ídolos que eran como dragones espantosos, tan grandes como becerros. (Se detiene para recobrar las fuerzas.) Antes no me pesaban los pies como ahora que soy viejo.*

Es necesario que el silencio que sigue amenace con ser eterno para que el CACIQUE GORDO ose abrir los ojos. No da crédito a lo que ve. El mundo no se ha destruido, el sol brilla en el cielo y nada asombroso sucede. FRAY BARTOLOMÉ alza una cruz y se arrodilla. El CACIQUE GORDO recoge uno de los fragmentos del dios y lo mira por todas partes. Mientras, los demás españoles inician el descenso.

CORTÉS. *Se acabó. No pagarás más tributos a los aztecas, ni habrá más sacrificios. No tienes que obedecerles. Si vienen, los apresaremos. Díselo a tu*

gente y envía mensajeros para que lo sepan los demás pueblos. Juntaremos nuestras fuerzas contra Moctezuma y sus aliados.

MALINCHE. Déjame seguir, Cortés. *(Apasionada.)* Ojalá pudiérais entender lo que dice el señor y gran señor. Haz venir a los tuyos. Que lo oigan. Llamad también a los de los otros pueblos que comparten vuestra suerte. No pagaréis más tributos a los aztecas. No vendrán a robar lo que os pertenece. Y si su imprudencia les empuja a intentarlo, no les tengáis respeto. El señor y gran señor será severo con ellos.

El CACIQUE GORDO arroja el fragmento contra el suelo y rompe a reír.

CACIQUE GORDO. *Señor y gran señor, todo eso voy a hacer enseguida. Luego traeré aquí criados que lleven lo de más peso para que andéis el camino de México sin esfuerzo.*

El CACIQUE GORDO regresa hacia la pirámide y va subiendo los altos escalones. CORTÉS llega, en tanto, junto a MALINCHE. BERNAL escucha lo que hablan y asiente con la cabeza.

CORTÉS. La suerte está de nuestra parte. Nada ni nadie nos detendrá.

MALINCHE. ¿Partiremos pronto?

CORTÉS. Quedan algunas cosas por hacer. Una, enviar a Castilla el oro que tenemos.

MALINCHE. ¿El oro? ¿Renuncias a él?

CORTÉS. Conviene, por lo que pueda venir, tener de mi parte al emperador.

MALINCHE. Por no dar su oro al gobernador Diego Velázquez desistieron tus capitanes de regresar a Cuba.

CORTÉS. Esta vez no les importará tanto perderlo. Ya se preguntan cuántos criados necesitarán para cargar lo que recojan de aquí en adelante. Algunos andan pregonando a los cuatro vientos que han visto templos y casas cuyas paredes son de plata pura.

MALINCHE. Todo lo blanco les parece plata. Los muros recién encalados producen el resplandor que les ciega y confunde.

CORTÉS. Cuando lo descubran les diré la verdad: que la mayor riqueza está en México, que es preciso llegar allí.

MALINCHE. ¿Y si aún así se niegan a seguirte?

CORTÉS. No tendrán más camino que el que yo les señale. Cuando partan las naves con el oro, hundiré las demás.

BERNAL. Antes habríamos de sacar las anclas, los cables y las velas y todo lo que se pueda aprovechar.

CORTÉS. Bien dicho, Bernal. Queden los cascos desnudos.

BERNAL sonríe orgulloso de que CORTÉS tenga en cuenta su consejo.

CACIQUE GORDO. *Por aquí, señor y gran señor. Por aquí tienes que venir.*

Un espía azteca grita:

AZTECA. Por fin vienen los dioses. Ya se ponen en marcha hacia acá.

BERNAL. El cacique gordo nos dio doscientos tamemes para llevar la artillería. Nosotros, los pobres soldados, no necesitábamos su ayuda porque en aquel tiempo no teníamos nada que acarrear. *(Con entusiasmo infantil.)* Bueno, sí. Nuestras armas.

Pero no las apartábamos de nosotros. Con ellas a cuestas caminábamos y con ellas dormíamos como si a cada momento fuéramos a pelear. (*Se sienta y escribe.*) Nos encomendamos a Dios y echamos a andar con pasos largos y en gran orden. El alférez Corral llevaba nuestra bandera tendida. Los corretores de campo nos precedían.

Sigue escribiendo en silencio. Carga la pipa y la enciende. Se queda pensativo mientras contempla cómo el humo se desvanece. Desde lo profundo de los bosques, desde lo alto de las colinas, desde las cumbres de las altas montañas, confundidos con los habitantes de los pueblos, decenas de espías y mensajeros aztecas siguen los pasos de los españoles. Sus voces viajan veloces y golpean, allá en México, los oídos de MOCTEZUMA. Al tiempo, el paisaje se transforma. La pirámide, rompecabezas de piedra, se descompone y sus piezas se deslizan hacia lo que era un arenal desnudo. Una teoría de terrazas comunicadas entre sí por escaleras configuran, al fin, un espacio urbano. Su irregular geometría se inscribe en una imaginaria pirámide cuyo vértice apunta al cielo.

- AZTECAS. —Los totonacas van por delante.
 —Les preparan el camino los totonacas.
 —Los guían.
 —Les dicen cuál es el mejor camino.
 —¡Allí!
 —Aquellos les salen al encuentro en son de guerra.
 —Son los de Teoac.
 —Esa mujer de nosotros los de aquí que les viene acompañando dice en nuestra lengua lo que ellos dicen en su lengua.
 —Por esa mujer de nombre Malinche entendemos que los que llamamos españoles avisan a los de Teoac de que vienen en paz, de que quieren su amistad, de que les piden como amigos que los reciban bien.
 —Los de Teoac no hacen caso.

BERNAL. Por donde teníamos que pasar habían cavado hoyos y los habían llenado de estacas muy

agudas y para disimularlos los tenían cubiertos con maderas y tierra.

CORTÉS. ¡Qué ganas tienen estos traidores de atraparnos para hartarse de nuestras carnes!

BERNAL. Y era tan cierto que ya tenían aparejadas las ollas con sal, pimientos picantes y tomates. ¿O eso fue más adelante, cuando lo de Cholula? (*Duda.*) Antes o después, ocurrió y eso es lo que cuenta.

CORTÉS. ¡Vayan los de a caballo de tres en tres, a media rienda y las lanzas algo terciadas!

BERNAL se pone en pie de un salto. Busca una vara y la maneja como si se tratara de una lanza.

AZTECAS. —Esos que llamamos los españoles se ponen en círculo.

—Alzan en torbellino el polvo que pisan.

—Sus lanzas van como resplandeciendo.

BERNAL. (*Alanceando a invisibles enemigos.*) ¡Arriba las lanzas! ¡A la altura de sus caras, de los ojos! ¡Así! ¡Así! ¡No paréis! ¡Que no se agarren a las lanzas! ¡Que no se agarren, digo! ¡Maldito seas, bribón! ¡Fuera las manos, fuera!

CORTÉS. ¡Sujétala con fuerza debajo del brazo, mete las espuelas y arrastra al indio!

BERNAL. ¡Qué espuelas? ¿Acaso tuve alguna vez caballo?

AZTECAS. —Sus trajes tan duros hacen estruendo.

—Los animales sin nombre van por delante, los van precediendo.

—Van de carrera. Les cae la saliva.

—¡Son muy espantosos! ¡Son horrendos!

Relinchos, ladridos y galopadas obligan a los aztecas a levantar la voz para hacerse oír. En una terraza

elevada aparece MOCTEZUMA. Está medio desnudo. Escucha en silencio, cabizbajo. Con dos pinchos agudos se punza brazos y piernas hasta que brota la sangre.

AZTECAS. —Nadie de los de Teoac podrá contarlo. No han perecido unos pocos. Han perecido todos. Yo puedo contarlo.

—También lo cuentan los tlaxcaltecas. Lo han oído. Lo saben.

—Sienten ansias de muerte.

BERNAL. (*Girando sobre sí mismo y dando palos de ciego.*) ¡Ah, ah, ah! ¿Así que querían matarnos y comernos? ¿Dónde están las ollas? ¿Eh, dónde?

BERNAL la emprende con cuanto le rodea. Los pucheros saltan hechos añicos y las vasijas metálicas caen con gran ruido. Finalmente, agotado, cae sobre el catre. Al poco, sus ronquidos delatan que se ha dormido. MALINCHE viene a su lado. Contempla el desorden que reina. Vuelven las voces de los espías aztecas. Sólo ella las oye.

AZTECAS. —Los tlaxcaltecas están acobardados. —Están llenos de gran miedo y temor.

—Van a su encuentro los señores de Tlaxcala.

—Les llevan comida: gallinas de tierra, huevos, tortillas blancas.

—¡Levanta el ánimo, Moctezuma!

MALINCHE ve por vez primera a MOCTEZUMA. Varios servidores le visten. Les deja hacer. Parece no notar cómo cubren su cuerpo con una capa de plumas, ni cómo le calzan sandalias de oro, ni cómo le adornan con una corona y con orejeras de jade.

AZTECAS. —El bravo guerrero Xicoténcatl se prepara para caer sobre los extranjeros cuando sea noche cerrada.

—El bravo guerrero dice: mostraré cómo no son dioses. Mostraré cómo son hombres que mueren.

—¡Silencio!

- Son dioses. Son teules.
- Han descubierto los planes de Xicoténcatl. Los dioses han cortado las manos de dieciséis soldados de Tlaxcala. Los dieciséis soldados van al campamento para mostrar a Xicoténcatl lo que les han hecho.
- Los señores de Tlaxcala dicen a los teules: habéis llegado a vuestra tierra. Tlaxcala es vuestra casa.
- Es vuestra casa la ciudad del águila, Tlaxcala.
- Los dejan entrar en su casa real.
- Mucho los honran.
- Se reúnen y ahora les dan sus hijas.

Un joven y principal azteca aparece junto a MOCTEZUMA. Es CUAUHTÉMOC.

CUAUHTÉMOC. ¡Ruines tlaxcaltecas! ¡Cobardes! ¡Merecen castigo! Se someten a esa gente extranjera y bárbara para que les protejan. ¡Miserables! Como ellos solos no son capaces de vencernos, buscan ayuda. ¿Qué ha sido de la fama inmortal que os legaron vuestros antepasados, los que poblaron estas tierras?

AZTECAS. —Los hombres blancos preguntan: ¿Dónde está México? ¿Está lejos?

- Ya no está lejos, les dicen.
- Es muy buen lugar, dicen los de Tlaxcala. Para que no se lo crean les he dicho que México es tierra estéril y escabrosa.
- Preguntan por ti, Moctezuma.
- Preguntan cómo eres, si muchacho, si hombre maduro, si acaso viejo, si tienes vigor, si eres grueso...

MOZTEZUMA. ¿Eso preguntan de mí?

AZTECAS. —Huye, Moctezuma.

- ¡Escóndete! ¡Escóndete de los dioses!
- ¡Métete en alguna cueva!
- ¡Enciértrate en la casa del Sol o en la de la diosa del maíz!

MOCTEZUMA. ¿Allí he de ir, Cuauhtémoc?

CUAUHTÉMOC. Salgamos a darles guerra, Moctezuma.

MOCTEZUMA inclina la cabeza.

MOCTEZUMA. No hay remedio. Nada queda por hacer. ¿Quién puede desafiar a los dioses?

CUAUHTÉMOC. Los de Cholula son valientes. Los de Cholula son nuestros amigos. Ellos les cerrarán el paso.

MOCTEZUMA. No hay remedio, Cuauhtémoc.

MALINCHE coge la pluma, la moja en el tintero y traza algunos garabatos. Frunce el ceño y golpea una y otra vez con la punta hasta romperla.

AZTECAS. —Los de Cholula se reúnen en el patio del templo. Le piden al dios que destruya a los que vienen con rayos y fuego.

—Todos están reunidos.

—Se cierran las entradas.

—Los dioses blancos cierran las entradas.

—El dios que más manda dice: he venido como amigo y vosotros queréis matarme. La traición se castiga. Hoy moriréis y la ciudad será destruida.

—¡Hay golpes! ¡Hay acuchillamiento!

—Es como si la tierra temblara, como si la tierra girara en torno de los ojos.

—Hay muertes.

—Como ciegos mueren.

MOCTEZUMA. No hay remedio. Estamos perdidos. Siento pesar por los viejos y por los niños, que no pueden valerse. ¿Dónde se refugiarán? Nada queda por hacer, sino prepararse para recibir a los dioses.

CUAUHTÉMOC. No los recibas, Moctezuma.

MOCTEZUMA. Los voy a recibir, a hospedar y a obsequiarlos.

CUAUHTÉMOC. Quieran los dioses que no metas en casa a quien te eche y te quite el reino. Quizás cuando lo quieras remediar no sea tiempo.

AZTECAS. —Vienen alegres los teules.

—Los de Tezcoco los acogen con gozo. Sale a recibirles toda la gente de la ciudad con grande aplauso.

—Se hincan de rodillas.

—Los adoran como a hijos del sol.

—Todos los ejércitos de todos los pueblos que antes eran enemigos son uno sólo que obedece a los extranjeros.

—Viene alegres.

El sonido del teponaxte y el de las chirimías crece ensordecedor. BERNAL, que duerme plácidamente, cambia de postura y al poco abre los ojos a tiempo de ver cómo MOCTEZUMA acude, seguido por CUAUHTÉMOC, al encuentro de CORTÉS. Ambos hombres se contemplan.

MOCTEZUMA. No, no es que sueñe. Ni que esté adormilado. ¡Le veo! ¡Ya he puesto mis ojos en su rostro!

CORTÉS. ¿Este es Moctezuma? ¿O vuelve a enviarnos a otro fingiendo que es él para averiguar qué trato le doy?

MALINCHE. *(Yendo hacia ellos.)* Aquél sólo tenía de Moctezuma el vestido. A éste no le hace falta para mostrar que lo es.

MOCTEZUMA. *Señor nuestro, sé muy bien venido.*

MALINCHE. Te da la bienvenida y te llama señor suyo.

MOCTEZUMA. *Ordené a mis mayordomos y a mis principales que nada te faltara, que tú y los tuyos fuerais muy esmeradamente cuidados. Has venido bajo mi amparo.*

MALINCHE. Dice que ordenó a sus mayordomos y a sus principales que no te faltara nada y que te cuidaran mientras venías.

CORTÉS. ¡Levantando obstáculos a nuestro paso!

MOCTEZUMA. *Desde que te pusiste en camino, mi corazón no ha dejado de mirarte, aunque a veces te he perdido entre las nubes y entre las nieblas. Como tenía que ser, porque estaba anunciado, has llegado a tu ciudad, a México. En tu casa estáis tú y tus hermanos. Has venido a instalarte en tu trono y en tu silla.*

CORTÉS. ¿Con qué nuevas zalamerías nos obsequia?

MALINCHE. Con palabras tan bellas que he de procurar repetir las sin quitar ninguna. Escúchalas, Cortés. Desde que te pusiste en camino, mi corazón no ha dejado de mirarte, aunque a veces te he perdido entre las nubes y entre las nieblas. Como tenía que ser, porque estaba anunciado, has llegado a tu ciudad, a México. En tu casa estáis tú y tus hermanos. Has venido a instalarte en tu trono y en tu silla.

Sobre las palabras cada vez más débiles de MOCTEZUMA, que ha reanudado su discurso, se deslizan las de MALINCHE.

MOCTEZUMA. *Todo lo que en tu nombre he poseído algunos días, otros señores que ya son muertos lo tuvieron antes que yo. Uno se llamaba Ytzcoatl, otro Moctezuma el viejo, otro Axayacatl, otro Ticonic, otro Avitzutl. Todo lo guardaron celosamente para ti. Yo, el postrero, el superviviente de nuestros señores, te lo doy. Tiempo hace que te esperaba. Los reyes que ahora son difuntos lo dejaron dicho: que volverías a reinar en estos reinos y que te sentarías en tu trono y en tu silla. Ahora veo que es verdad lo que nos dejaron dicho. Sé muy bien venido. Aquí están tu casa y tus palacios.*

Tómalos. Descansa en ellos con tus capitanes y tus compañeros.

MALINCHE ha comenzado a traducir las palabras de MOCTEZUMA. CORTÉS guarda un emocionado silencio. No encuentra palabras para contestar a las de MOCTEZUMA. Si las tienen, en cambio, sus capitanes.

ORDÁS. Esta es la tierra prometida.

BOTELLO. ¡Admirable! Ni en sueños he visto nada parecido.

BERNAL. Verdad, verdad. Todo era grande y magnífico. Aquella calzada ancha como dos lanzas... Podían ir por ella hasta ocho de a caballo a la par. Y las torres y los templos y las casas que estaban como plantadas en el agua... Parecía cosa de encantamiento y aún ahora no sé como contarlo.

ORDÁS. Esta es la tierra prometida.

BOTELLO. ¡Admirable! Ni en sueños he visto nada parecido.

BERNAL. Verdad, verdad... Pero yo me preguntaba para mis adentros si no era tentar a Dios habernos metido en aquel laberinto de agua quedando expuestos a mil peligros siendo nosotros tan pocos entre tanta gente.

MONTEJO. *(Como si le hubiera oído.)* Cuantos más moros, más ganancia.

MOCTEZUMA se ha retirado. Cuando instantes después lo hace CUAUHTÉMOC, la luz que alumbraba el encuentro se debilita. Es como si el joven azteca se la hubiera llevado consigo. Donde él estaba se instala la sombra de uno que canta.

CANTOR. *Sobre su escudo, de vientre pleno, fue dado a luz el Gran Guerrero.
Sobre su escudo, de vientre pleno,*

*fue dado a luz el Gran Guerrero.
En la Montaña de la Serpiente es capitán.
Nadie puede hacerle frente.
La tierra dará vueltas
cuando se pinte de guerra y alce el escudo.*

CORTÉS. ¿Quién canta, centinela?

BERNAL. Un azteca. (*Recordando.*) Le tenía muy cerca de donde yo hacía guardia. Me dio un escalofrío oírle y pedía a Nuestro Señor Jesucristo que no trajera por allí a doña Marina no fuera que me explicara la letra y al entenderla me viniera más espanto aún. Acudió, eso sí, Cortés.

Cuando llega CORTÉS a su lado, BERNAL, inclinado sobre aquella abandonada maqueta a medio construir, añade nuevas edificaciones y traza con el barro que amasa plazas y calzadas.

CORTÉS. ¿Qué es eso, Bernal?

BERNAL. México y el lago que le rodea. (*Señalando un punto.*) Aquí estamos nosotros.

CORTÉS. ¿Y esas tres tablas alargadas?

BERNAL. Son las únicas calzadas que llevan a tierra firme. Son tan estrechas como las represento y a cada paso hay puentes fáciles de desmontar.

CORTÉS. ¿Tienes miedo?

BERNAL. De que hayamos caído en una trampa.

CORTÉS. Por si acaso, ya están dispuestos los cañones apuntando a las puertas del palacio.

BERNAL. ¿Será precaución suficiente para alejar el peligro?

CORTÉS. No querrás, Bernal, que nos echemos atrás.

BERNAL. No sé si podríamos aunque nos lo propusiéramos.

CORTÉS. Ahora sólo se oye el correr del agua y los trinos de los pájaros.

BERNAL. Desconfío de cualquier ruido.

Desde una terraza próxima, a la que ya alcanza la luz del día, MALINCHE llama a CORTÉS.

MALINCHE. ¿Vienes aquí, Cortés?

BERNAL. Doña Marina te llama.

CORTÉS. Voy a su lado.

Corre CORTÉS a su encuentro.

MALINCHE. *(Señalando la ciudad.)* Mira.

BERNAL. Y no bien me hubo dejado solo, el cantor volvió a regalarme los oídos y yo a mis inquietudes, que fueron tan grandes que me cisqué encima. Pero pasemos adelante, que puesto que este suceso no lo menciona Gómara ni los otros farsantes no seré yo quien deje testimonio de él en los papeles. Otros olvidos tendré más importantes.

CANTOR. *Yo soy el cantor. Me yergo en la altura.
Brilla el ave dorada donde las juncias se tienden.
Hermoseo mi canto y lo adorno con flores.
Conoceré a mis vecinos, voy a verlos.
Al menos por un día estemos juntos.
¡Amigos míos, gocemos! ¡Gocemos, amigos!
Al menos por un día...*

BERNAL. *(Llevándose las manos a las posaderas.)*
¿Será posible que sólo de recordarle se me afloje el vientre?

Vase en busca de un lugar discreto.

MALINCHE. Si no se vieran las gradas de aquel templo enorme cubiertas de sangre, ¿verdad que la ciudad es hermosa? Parece que los jardines flotan y que se mueven como las canoas. No sé cómo caben en ellos tantas flores y pájaros. ¿No se te hace raro que los ríos sean también calles? ¿No crees que ahí están todos los colores que hay en el mundo?

CORTÉS. Cosas como estas sólo existen en la fantasía de los caballeros andantes.

MALINCHE. No sé lo que son los caballeros andantes.

CORTÉS. Fíjate en mí. Empiezo a tenerme por uno de ellos.

MALINCHE, enamorada, acaricia la armadura. CORTÉS la rodea los hombros con el brazo.

MALINCHE. Nada es como yo creía.

CORTÉS. ¿Qué pensabas encontrar?

MALINCHE. Gente de guerra por todas partes. La hay, es verdad, en torno a Moctezuma. Pero desde que hemos llegado lo que más hemos visto han sido personas pacíficas ocupadas en sus quehaceres y mercaderes, muchos mercaderes. Me recuerdan a los que iban a Paynala cuando era niña. Acaso alguno haya estado allí y conozca a mi madre. ¡Cuántas cosas traen para vender! Cacao, cueros de tigres, gallinas, perrillos, sal, ungüentos para curar, flores...

CORTÉS. Y oro en polvo.

MALINCHE. Lo venden en unos canutillos de plumas de ganso.

CORTÉS. ¿Cómo lo sabes?

MALINCHE. (*Mostrándole uno.*) Lo he conseguido para ti.

CORTÉS. (*Sorprendido.*) ¿Dónde?

MALINCHE. Ahí abajo. Lo traen de unas minas.

CORTÉS. ¿Has salido del palacio? ¡Imprudente!

MALINCHE. Aquí se está bien, Cortés. Acaban de encalar y de limpiar hasta el rincón más escondido. Por todas las estancias hay encendido fuego con perfume. Los suelos están cubiertos de esteras y nuestro lecho será, por primera vez, de plumas. Tiene hasta ese toldillo que dices que sirve para que no descubran en el cielo nuestras picardías. Se está bien en el palacio, pero esa plaza tan grande me atrae tanto...

CORTÉS. Es como dos veces la de Salamanca. Hay arriba de sesenta mil almas moviéndose por ella. Se diría que la gente vive y trabaja en la calle.

MALINCHE. Eso hace. Se ve a los pintores mezclar los colores, a las mujeres teñir las telas, a los alfareros sacar de la arcilla ollas y cántaros para guardar el agua, a los jóvenes probarse los tocados de plumas... También he oído cantar a unos niños que iban con su maestro... Todavía no hubiera regresado si el azar no me hubiera llevado al pie de ese templo. Más de cien gradas le he contado. Había qué sé yo cuántas calaveras vigiladas por unos sacerdotes de esos que llevan el pelo amasado con sangre. Hasta entonces sólo había olido a sal y a maíz y a incienso... Pero el olor de la sangre es tan fuerte... ¡Aquí estoy!

CORTÉS. ¡Gracias a Dios! (*Un murmullo de voces llega del exterior.*) ¿Qué pasa ahí fuera?

BOTELLO, desde su puesto de centinela, hace señas a CORTÉS. Cuando logra atraer su atención, toca el suelo con la mano y luego se la lleva a los labios y la besa repetidamente con gran ceremonia.

MALINCHE. Botello nos dice que viene Moctezuma.

CORTÉS. ¿De esa forma?

MALINCHE. ¿Qué otra hay que no sea dando gritos?

Crece el bullicio y al punto llega el emperador azteca precedido por algunos hombres que barren el suelo que ha de pisar. La sombra alargada de CUAUHTÉMOC, que observa desde lejos, se proyecta sobre él.

MALINCHE. También Moctezuma es distinto a como lo imaginaba. Tiene alegre el rostro y los ojos de buena manera. ¿No hay amor en su mirada?

CORTÉS. Tratemos de ver si debajo hay otra cosa.

MOCTEZUMA. *¿Fue de tu agrado la comida?*

MALINCHE. Moctezuma pregunta que si la comida ha sido de tu agrado.

CORTÉS. No sé que era mejor, si la cantidad de platillos que se sirvieron, que parecía que nunca se acabarían, o los manjares que había puestos en ellos.

MALINCHE. *Mi señor no sabe qué era mejor, si la cantidad de platillos que se sirvieron o los manjares que había en ellos.*

MOCTEZUMA no disimula su satisfacción. Lleno de alegría señala la maqueta de la ciudad que dos servidores aztecas han llevado a su presencia.

MOCTEZUMA. *¿Has admirado ya la ciudad?*

CORTÉS. *(Adivinando la pregunta.)* No dejo de contemplarla y de asombrarme.

MOCTEZUMA repara en la presencia de soldados españoles armados y en actitud vigilante. La sonrisa se le borra.

MOCTEZUMA. *¿Qué es esto, señor? ¿Desconfías de mí?*

CORTÉS. (*A MALINCHE.*) Dile que no lo tome a mal, que los que tenemos la guerra por oficio sabemos bien que nunca hay que bajar la guardia ni ante los que se dicen amigos nuestros.

MOCTEZUMA. ¿Las pruebas de respeto que te llevo dadas no bastan? ¿Puedes acusarme de algo? ¡Ya sé! Cuentas los presentes recibidos y te parece que valen poco. Esos de Tlaxcala con quienes tanta amistad has tomado te han dicho que soy como uno de los dioses y que cuanto hay en mis casas es todo oro y plata y piedras ricas. No los creas. Se han burlado. Desde aquí se ve cómo las casas son de piedra, de tierra y de cal. Y yo no soy como los dioses. (*Se levanta las vestiduras y muestra, escaso de carnes, su cuerpo semidesnudo.*) Soy de carne y hueso. Soy mortal. Como tú. Como todos.

MALINCHE. Bien se le entiende que ya no te tiene por un dios, aunque siga temiéndote.

CORTÉS. No hagamos caso de lo que de nosotros pregonan nuestros enemigos. Si alguno me ha hablado mal de ti, claro que no le he creído. Ni he creído que fueras tú el que ordenaba a tus enviados que me dijeran que no deseabas recibirme, ni el que procuraba alzar contra mí a los pueblos que hoy me acompañan... Algunos de los que tienes cerca han sido, algunos que a mala fe han traicionado tu voluntad.

MOCTEZUMA. Lo que hasta aquí ha pasado era porque mis vasallos os tenían temor porque se decía que echabais truenos y relámpagos y que con los caballos matabais mucho y que erais teules y otras invenciones parecidas. Yo les he dicho cómo sois iguales que nosotros y cómo merecéis nuestra estima. *Para mostrarte la que yo te tengo te daré luego algunas cosas de oro que me han quedado de mis abuelos.*

MALINCHE. Promete darte el oro que recibió de sus abuelos.

CORTÉS. Si me da dos sin que se lo pida es porque esconde cuatro. Quede para más adelante buscarlos. Lo urgente es salvar el pellejo. ¿Por qué no empezar por averiguar si de verdad esto es tan nuestro como no para de proclamar o si somos pájaros encerrados en jaula dorada? Cuéntale que somos cristianos y que adoramos a un solo Dios verdadero que se llama Jesucristo, que padeció pasión y muerte por salvarnos y que gracias a ello se libró de la perdición el linaje humano...

MALINCHE. ¿De esto tengo que hablarle? Si lo oyera fray Bartolomé diría que no es el mejor momento para hacer cristianos.

CORTÉS. Pero no nos oye. Con este tiento a Moctezuma pretendo averiguar el peligro en que estamos y, al tiempo, dar un paso más para acabar con esos sacrificios que tanto odiamos.

MALINCHE. No sé qué bulle en tu cabeza, pero si lo que hagamos sirve para tantas cosas buenas, seremos cómplices.

CORTÉS. Moctezuma no nos entiende y recela. Adelante con el sermón.

MALINCHE. *Mira lo que te digo, Moctezuma. Nuestro Dios hizo el cielo y la tierra y la mar y la arena, y creó todas las cosas que hay en el mundo. Nada se hace sin su santa voluntad. Todos somos hermanos, hijos de un padre y de una madre que se decían Adán y Eva. Y pues somos hermanos me duele saber que aquí se pierden muchas almas que arden a vivas llamas en el infierno.*

CORTÉS. Esos que tenéis por dioses no son sino diablos. Sus hechos son más horribles aún que sus figuras. Basta ya de adorarlos y de sacrificarles más criaturas.

MOCTEZUMA retrocede.

MOCTEZUMA. Ya conozco esas pláticas y razonamientos. Lo que has dicho lo repetías desde que mi primer embajador llevó mis saludos a Cortés. Y sé también lo de la cruz. Nosotros adoramos a nuestros dioses. Los tenemos por buenos. No habléis más del vuestro.

MALINCHE. Nos manda callar.

CORTÉS. ¿Es esa la estima que me tiene? ¿Así cumple su voluntad de servirme? (*A MOCTEZUMA.*) ¿Puede un ser inteligente como tú ver arrancar corazones y descuartizar cuerpos? Esos ídolos son cualquier cosa menos dioses. Permite que en lo alto de ese templo ponga una cruz y que entre tantas figuras espantosas coloque la imagen de Nuestra Señora. Verás qué pronto tus dioses se desmoronan.

MALINCHE se dispone a traducir las palabras de CORTÉS, pero un gesto enérgico de MOCTEZUMA la obliga a guardar silencio.

MOCTEZUMA. *Mis oídos están cerrados a tus palabras. Me niego a oírlas. ¡No las oigo! Si hubiera sabido que ibas a hablarme de esto, no hubiera venido a saludarte. Hora es de que me vaya.*

MALINCHE. Se niega a oírte. Se marcha enfadado.

CORTÉS. ¡Que espere!

MALINCHE. *Espera, Moctezuma. Mi señor te suplica que esperes.*

CORTÉS contempla de nuevo la ciudad.

CORTÉS. He pasado muchas calamidades y otras tantas victorias he alcanzado. Y ahora que Dios me ha puesto en esta población desde la que es fácil conquistar grandes reinos y señoríos siento que un respeto desmedido a lo grandioso me ata de pies y

manos. ¿O será el miedo que nunca he tenido lo que me atenaza?

Se vuelve bruscamente. Hace ademán de hablar, pero desiste.

MALINCHE. ¿Qué quieres decirle?

CORTÉS. *(Vacila.)* Nada.

MALINCHE. ¿Tan grave es que dudas?

CORTÉS. Puesto que ha de ser, cuanto antes mejor. Quédate a vivir aquí, Moctezuma.

MALINCHE. ¿Pretendes...?

CORTÉS. Tenerle cerca.

MALINCHE. Mi señor te pide que vivas con él, a su lado.

MOCTEZUMA. ¿Aquí? ¿Por qué? No soy persona para que así se me mande.

CUAUHTÉMOC salta a una terraza próxima. Dos soldados españoles le ponen barrera con sus armas.

MALINCHE. ¿Te conviene, Cortés?

MOCTEZUMA. *¿He de soportar más humillaciones?*

MALINCHE. Moctezuma se siente humillado.

CORTÉS. Aquí será tan libre como en cualquier otro de sus palacios. Que escoja el aposento que prefiera...

MALINCHE. ...Y tráete a tus criados. Si deseas prescindir de ellos, los españoles te servirán gustosos en lo que mandes.

MOCTEZUMA. Digo que no.

MALINCHE. Cortés ha de honrarte como gran señor que eres.

CUAUHTÉMOC. ¡A esa mujer no la escuches! ¡Lleva la traición en la sangre!

MOCTEZUMA. Mi pueblo no lo tolerará.

CORTÉS. Hazle saber que o se queda de grado o le pongo grilletes.

MALINCHE. Pagarás con tu vida si te niegas. Te aconsejo que elijas un cuarto y te recojas sin ningún ruido.

CUAUHTÉMOC. ¿Qué te dice la lengua del español?

MOCTEZUMA. Pagar con la vida no es nada. La vida no tiene valor. Pero preso... *(Derrotado.) Yo tengo un hijo y dos hijas legítimas. Tómalos de rehenes. ¡No me hagas esta afrenta!*

MALINCHE. Moctezuma tiene un hijo y dos hijas legítimas. Te pide que los tomes como rehenes.

CORTÉS. Ninguno vale por él.

CORTÉS sale. MALINCHE va a seguirle, pero al oír el lamento de MOCTEZUMA y la respuesta de CUAUHTÉMOC prefiere quedarse y escucharles.

MOCTEZUMA. Nada queda por hacer.

CUAUHTÉMOC. ¡Nada has hecho!

MOCTEZUMA. ¡Cuanto pude! Ahora toca cumplir lo que estaba anunciado. El fin de nuestra edad ha llegado. Ni yo ni los demás que habitan esta tierra somos naturales de ella, sino extranjeros venidos de partes muy extrañas. Otros extranjeros vienen a ocupar nuestro sitio. Su derecho no es menor que el que nos amparó a nosotros.

CUAUHTÉMOC. Soy joven, pero sé lo suficiente de nuestra historia. Huitzilopchtli anunció que donde hubiera un nopal y en él un águila devorando a una serpiente debíamos levantar nuestra ciudad. Cuando nuestros antepasados supieron que el lugar era éste lucharon con los que ya estaban aquí, porque los que estaban aquí ¡defendieron lo que era suyo! Y cuando más adelante nuestro dominio se extendió sobre otros pueblos tuvimos que luchar con ellos porque no se dejaban someter. ¿Dónde está ordenado que perdamos lo que nos pertenece sin pelear?

MOCTEZUMA. Si hay guerra borrarán hasta las huellas de nuestro paso por la tierra. Nadie quedará para alimentar y servir a los dioses.

CUAUHTÉMOC. Los dioses te han abandonado. Los sacerdotes saben que te has visto en secreto con el dios de los muertos, con Huémac, y que sólo pronunció una palabra: cobarde.

MOCTEZUMA. ¡Respétame, Cuauhtémoc!

CUAUHTÉMOC. No sé si podré.

MOCTEZUMA. No alborotes al pueblo.

CUAUHTÉMOC. Dentro de poco el pueblo dirá de ti que te pareces a Malinche, que eres, como ella, mujer de los españoles.

La frase golpea a MALINCHE como un trallazo.

MALINCHE. ¿Hubiera podido serlo vuestra?

Patio. En un rincón, tras su mesa, BERNAL está concentrado en la escritura. Desde el lado opuesto, MALINCHE le observa. En el centro, un soldado enciende un fuego. Otro custodia una pila de moldes de arcilla que contienen oro. Los demás juegan a los naipes y beben del vino que hay en una barrica. Sus armas descansan desordenadas en el suelo. Varios indios traen un pesado crisol y algunas arcas. Mientras

dos, siguiendo las instrucciones de FRAY JUAN, que viene con ellos, ponen el recipiente sobre las llamas y otros acercan moldes vacíos, los soldados echan lo que hay en las arcas sobre mantas extendidas en el suelo. Poco a poco van quedando cubiertas de artísticos objetos y joyas: collares, pulseras, argollas labradas, bandas para las muñecas, anillos con cascabeles de los que se ponen en los tobillos, coronas reales, jarros, escudos finos, lunetas para la nariz, diademas... BERNAL alza la vista y deja de escribir.

ORDÁS. ¿El oro a un lado?

FRAY JUAN. Sí, pero no tiréis las plumas y lo barato, que Moctezuma lo quiere conservar.

CÁRDENAS. Vaya capricho tonto.

BOTELLO. Son recuerdos de familia.

ORDÁS. Bien escondidos los tenía el bribón.

MONTEJO. ¡Dios! Si no damos con el escondite, ahí sigue el tesoro.

CÁRDENAS. Y aún decía Cortés que lo dejáramos donde estaba como si nada supiéramos.

BOTELLO. *(Remedando a CORTÉS.)* Calma, calma. Yo sabré cuándo y de qué manera decirle a Moctezuma que curioseando por el palacio hemos encontrado por casualidad algo de oro.

ALVARADO. Pretendía guardar las formas para no enfadarle.

VELÁZQUEZ. A lo que se ve el destino nos ha dado un capitán muy educado.

FRAY JUAN. En limpio hemos sacado que nos lo entregara sin rechistar.

VELÁZQUEZ. No por contentar a Cortés, sino porque conocía nuestra intención de asaltar la Joyería.

FRAY JUAN, que había puesto algunas joyas en el crisol, vierte el oro líquido en los moldes. Los ojos de los españoles se llenan con los destellos rubios.

ALVARADO. ¿No es lo más hermoso que tenemos visto?

ORDÁS. Si no abrasara ya me hubiera lavado las manos en ese chorro.

CÁRDENAS. Se me están olvidando tantas calamidades como hemos padecido.

VELÁZQUEZ. ¿Podíamos aguantarnos con los brazos cruzados sabiendo lo que había a nuestro alcance?

MONTEJO. Desde que el azar quiso que descubriéramos la puerta tapiada y viéramos el inmenso tesoro de Moctezuma no he dormido en paz. No veía el momento de que lo hiciéramos nuestro. ¡Dios! Cada vez que pasaba por delante me parecía oír pasos dentro y me decía: ¿no será que alguien está vaciando la Joyería en secreto?

BOTELLO. ¿Sospechabas de alguno?

MONTEJO pasea la mirada alrededor. ALVARADO suelta una risotada.

ALVARADO. ¡Voto a tal! ¡De todos! ¿No es verdad, Montejo?

ORDÁS. Cree el ladrón que los demás somos de su condición.

ALVARADO. Cierra la boca, Ordás, que si ahorcáramos a los que han afanado algo tú estrenarías la soga.

Hay un conato de pelea entre ambos.

MALINCHE. ¿Esto no lo cuentas, Bernal?

BERNAL. (*Torciendo el gesto.*) ¿Por qué no habría de hacerlo?

Mientras reanuda de mala gana la escritura, BOTELLO, que maneja un palo en forma de horquilla, amenaza con demostrar sus dotes de zahorí.

BOTELLO. Averigüemos lo que cada cual esconde.

VELÁZQUEZ. Haya paz. No se hable de robos. Cuanto hay aquí nos pertenece. Lo hemos sudado. Si los bolsillos de unos pesan más que los de otros es porque han sabido cómo llenarlos. Aquí, como en todas partes, hay tontos y listos.

CÁRDENAS. Bien dicho. Que nadie cuente con lo que llevo ganado a los naipes.

MONTEJO. Ni con el tejuelo que me dio Moctezuma cuando delante de él me quité el gorro por cortesía.

ORDÁS. A todos nos tiene dado algo.

CÁRDENAS. Propongo que de las pequeñeces que tenemos no rindamos cuentas.

BERNAL. Así íbamos los conquistadores enturbiando la noble empresa.

MALINCHE. Eso ponlo también.

BERNAL. ¿Tanto te importa?

Al pasar junto a FRAY JUAN, la varita de BOTELLO se empina.

BOTELLO. Pero sí de las que el frailecito se va metiendo debajo del hábito.

FRAY JUAN da un respingo y empujado por BOTELLO rueda por el suelo. Caen algunas piezas del botín. Antes de que los demás se le echen encima se pone de un salto al otro lado de la hoguera.

FRAY JUAN. No seáis mal pensados. Si he apartado alguna que otra pieza no ha sido por beneficiarme. Iría en contra de mis principios religiosos. Lo he hecho porque me apena deshacer de esta manera obras de arte. Y más siendo yo el que las funde. (*Muestra uno de los objetos.*) ¿Creéis que existen en el mundo joyas con más mérito que ésta? ¿No vale el trabajo del que ha labrado tanta filigrana más que el oro que ha gastado en hacerla?

ALVARADO. Mira que somos asnos. Es cierto, fray Juan, que no sabemos apreciar la calidad de las cosas. (*Vaciando en la mano los granos de oro contenidos en una bolsa arrebatada al fraile.*) ¿Qué opináis, amigos, del arte que hay en estos granos tan primorosamente trabajados? (*A FRAY JUAN.*) No tengas rubor en decir que el orfebre es tan genial que sólo la naturaleza puede imitarle.

FRAY JUAN. ¡No te burles! Un orfebre azteca me ha prometido que hará con eso un crucifijo y algunas medallas que quiero regalar al superior de la orden. (*Algunos ríen con ganas.*) ¡Está bien! (*Ofreciéndose al castigo con los brazos en cruz.*) ¡Quién esté libre de culpa que tire la primera piedra!

ALVARADO. Oídle cómo se refugia en los Evangelios.

FRAY JUAN. Calla de una vez, pecador, que bien te vi la otra noche hurtando cacao.

ALVARADO. Otros hicieron lo mismo antes que yo y cuando me fui sentí que algunos más esperaban su turno.

FRAY JUAN. Si alguien me pone la mano encima hago que os desnuden. No me extrañaría que todos tuvierais el cuerpo convertido en joyero.

CÁRDENAS. El de Cortés incluido.

FRAY JUAN. ¡Incluido!

BERNAL se revuelve en el asiento.

VELÁZQUEZ. ¿No hay manera de que calléis? Digamos que lo que cada cual tiene lo ha tomado a cuenta de lo que ha de recibir.

CÁRDENAS. ¡Que no será poco por lo que se ve!

ALVARADO. El contador no da abasto a pesararlo, pero a ojo calcula que lo reunido pasa de seiscientos mil pesos.

MONTEJO. Si necesita ayuda, estoy pronto a dársela.

CORTÉS llega. Está contento.

CORTÉS. Señores, otra buena nueva. Moctezuma no nos engañó cuando dijo que en las minas de Zulula hay mucho oro y plata. Ya están de regreso los que fueron a comprobarlo. La muestra que traen pesa tanto que vienen con las espaldas dobladas.

Un griterío ensordecedor saluda la noticia. El vino corre con generosidad.

ALVARADO. ¡Somos ricos! ¡Bebamos!

Alguno alargó un vaso a BERNAL.

BERNAL. Venga ahora el vino que entonces no bebí. ¡Dios, si tuviera la virtud de dejar en blanco la memoria!

VELÁZQUEZ. ¿Por qué no dejar la celebración para después del reparto?

CORTÉS. Paciencia, Velázquez.

VELÁZQUEZ. Urge hacerlo.

CORTÉS. ¿A qué esa prisa tan repentina?

ORDÁS. No es buena tanta demora. Cuanto más oro llega más parece que merma el que hay almacenado. Todos sospechamos de todos y nos vigilamos.

BOTELLO. Milagro será que no acabemos a cuchilladas.

CORTÉS. Si alguno se desmanda yo le traeré al redil.

FRAY JUAN. Mira que los ánimos están muy alterados y muchos son de sangre en el ojo.

CORTÉS. No habrá por mi culpa peleas entre españoles. Si todos estáis de acuerdo, yo no me opongo.

CÁRDENAS. Dejemos, entonces, de hablar y vayamos a lo que interesa.

Voces de aprobación corean las palabras de CÁRDENAS. Los hombres se arremolinan en torno a los lingotes. Los cogen, los sopesan, se los arrebatan unos a otros, se empujan y si la confusión no va a más es porque CORTÉS la ataja.

CORTÉS. ¿Así se hace un reparto? En esto, como en todo, hay un orden que seguir. Lo primero es sacar el quinto real.

FRAY JUAN. Propongo que sea de lo que aún queda por fundir para que su majestad aprecie el arte de estas gentes. Precisamente, pensando en ello, yo había empezado a escoger las mejores piezas...

BOTELLO. Ten la lengua, truhán.

CORTÉS. No es mala idea. Lo haremos como dices. En cuanto a mí, me toca otro quinto. Así se convino cuando me elegisteis capitán general y justicia mayor.

ALVARADO. Es verdad.

CORTÉS. Añadiremos, si hay conformidad en ello, los gastos que tuve en Cuba para preparar la armada.

VELÁZQUEZ. Si a eso vamos, también los tuvo el gobernador de la isla, mi pariente Diego Velázquez. De su bolsillo salió lo que costaron los barcos que luego hundimos.

CORTÉS. No lo he olvidado. Diego Velázquez tendrá lo que es suyo y algo más. Y también lo tendrán los procuradores que fueron a Castilla y los sesenta hombres que dejamos de guarnición en la Villa Rica de la Vera Cruz. Y ahora que lo recuerdo, tengo que cobrarme lo que valía el caballo que se me murió.

MONTEJO. También se le murió la yegua a Juan Sedeño.

ORDÁS. La mataron los de Tlaxcala de una cuchillada.

CORTÉS. Juan Sedeño recibirá el valor de su yegua.

CÁRDENAS. ¿Cuándo llegará mi turno?

CORTÉS. Luego.

CÁRDENAS. Es que como veo que en este poco tiempo te has nombrado tantas veces y en cada una te toca una parte...

ALVARADO. ¡Insolente! Deja que Cortés lo haga a su manera, que será la más justa. ¿Es que has contribuido con algo a la empresa?

CÁRDENAS. ¡Con mi cuerpo! ¿Te parece poco?

ALVARADO. (*Mirándole de pies a cabeza.*) No creo que valga lo que una caballería.

CÁRDENAS se abalanza sobre ALVARADO. Ruedan por el suelo. BERNAL, que se ha puesto furioso al escuchar a ALVARADO, se levanta, arruga los papeles y con paso decidido se va hasta la hoguera y los arroja al fuego. Cuando los contendientes se alzan, CÁRDENAS esgrime un cuchillo y ALVARADO muestra una mano ensangrentada.

CORTÉS. ¡Prendedle!

CÁRDENAS. *(Tirando el arma al suelo.)* Yo vine aquí a buscarme la vida, como tantos. He batallado, he pasado penalidades y peligros y aún ahora quién nos dice que no nos esté acechando la muerte. Venga ya si todo lo que has de darme es esto. *(Muestra las manos vacías.)* Así no pensaré en que siendo mío algo de este oro, allá en Triana se están muriendo de hambre mi mujer y mis hijos. ¡Oh, cuerpo de tal! ¿Qué vas a hacerme, Cortés? ¿Cortarme los pies como a Umbría? ¿O las manos para que no pueda tentar el oro? ¿O estás pensando en ajusticiarme para que sirva de escarmiento? Haz lo que te plazca, pero pronto. Prefiero no ver cómo te quedas con más botín que el mismísimo rey. Que si se te murió el caballo, que si gastaste no sé cuánto en preparar el viaje, que si esto, que si lo otro...

CORTÉS. *(Poniéndole la punta de la espada en el pecho.)* ¡Mira lo que dices!

CÁRDENAS. ¿Es que miento?

BERNAL. Todo el oro se iba donde tú querías. En secreto se lo dabas a los que te eran más fieles y te servías de él para comprar la voluntad de los que amenazaban tu autoridad. *(VELÁZQUEZ le fulmina con la mirada.)* También sabía que a tu padre le mandaste seis mil pesos del primer oro que rescata-mos. Si era tuyo, con el mismo derecho era nuestro. Y si era del rey, ¿por qué lo tenía tu padre?

MALINCHE. *(Extrañada.)* ¿Dijiste eso, Bernal?

BERNAL. Lo digo ahora que me veo cargado de hijos y nietos a los que apenas puedo mantener. Cárdenas tenía razón. Poca renta nos quedó. La mía no me ha librado de pasar la vida con trabajos y miserias.

MALINCHE. ¿Y quemando lo que escribes pretendes que se sepa la verdad?

BERNAL. No quiero que se piense equivocadamente que escribo al dictado de la envidia.

SOLDADOS. —¿Hemos de callar?

—¡Justicia, Cortés!

—Cuando tengas el saco lleno, ¿dónde guardarás el resto? ¿Debajo del sobaco?

—No tocaremos ni a cien pesos por barba.

—¿En esto quedan tus promesas?

CORTÉS mira con desconfianza a sus hombres. Aparta lentamente la espada del pecho de CÁRDENAS y la envaina.

CORTÉS. ¿Véis por qué me parecía que era pronto para hacer el reparto? Los ojos se os llenan con lo que tenemos creyendo que es mucho.

MONTEJO. Lo es si algunos no se llevan tanto.

CORTÉS. ¡No es nada para lo que hemos de juntar de aquí a unos días! El señorío de Moctezuma no tiene límites. Por todas partes hay minas tan ricas en oro como esa de Zulula que ya conocemos. Y hay pueblos y ciudades que nos dan los tributos que antes recibían los aztecas.

ORDÁS. No lo dirás por Jezcoco. Si Alvarado no desnuda a su rey y le da un baño de brea ardiente regresa de vacío.

CORTÉS. No todos los caciques son tan mezquinos. Tan seguro estoy de lo que llegaremos a reunir y de que seremos bien pronto señores ricos que si

alguno necesita algo se lo daré prestado de lo que me corresponde.

FRAY JUAN. Con el ejemplo se predica mejor.

CORTÉS le tiende una bolsa al fraile.

CORTÉS. Aparta trescientos pesos.

FRAY JUAN. *(Tras contarlos.)* Aquí están.

CORTÉS. Dáselos de mi parte a Cárdenas.

FRAY JUAN hace lo que CORTÉS le manda. Los demás miran con codicia. Tal vez haga algunos minutos que MOCTEZUMA está en el patio sin ser visto. ¿Hay que añadir que tanto tiempo como él lleva en escena CUAUHTÉMOC, siempre atento a sus movimientos y gestos? El emperador se adelanta y CORTÉS, disimulando su sorpresa y desagrado, exclama:

CORTÉS. Tenemos visita. La conversación seguirá más tarde. Volved todo a las arcas y despejad el patio.

CÁRDENAS. *(Arrojando el dinero al suelo.)* Toma tus pesos, Cortés. Viniendo de ti, no los quiero.

Caen los demás sobre las monedas y pelean, entre juramentos, por atraparlas.

BERNAL. ¿He de ver esto además? ¿Y ha de verlo Moctezuma? Por hacer en su presencia cosas menos vergonzosas han azotado a más de uno. ¡Me fui, doña Marina! ¡Me fui antes de que Cortés nos echara!

CORTÉS. ¡Fuera de aquí, basura! ¡Fuera de mi vista!

MALINCHE retiene a BERNAL mientras los otros retroceden llevándose las arcas.

MALINCHE. No puedes irte ahora.

BERNAL. Sólo es al huerto. He olvidado regar los naranjos ¿Sabes que los primeros naranjos que hubo en México nacieron de unas pepitas que sembré yo? Las traía de Cuba. Crecieron muy bien. Los indios los cuidaban con más esmero que a las plantas que sembraban ellos, a lo mejor por eso, porque eran diferentes. Me han dicho que ahora lo que más hay en aquella provincia son naranjos, tantos que parece que nunca hubo otra cosa. Pero estos son cuentos viejos que no hacen al caso.

Sale por fin BERNAL sin que MALINCHE lo impida. MOCTEZUMA, que ha permanecido en silencio mientras los soldados desalojaban el patio, se dirige a CORTÉS salpicando su discurso con palabras castellanas.

MOCTEZUMA. *El alboroto me ha sacado de mis aposentos. De mis aposentos. ¿Soy el causante de tanto desasosiego?*

CORTÉS. No, Moctezuma.

MOCTEZUMA. Me contaste como *todos sois* hermanos en amor y *amistad*.

CORTÉS. Lo somos, aunque a veces no lo parezca.

MOCTEZUMA. *Mira de todas maneras* si puedo hacer *cualquier* cosa por vosotros. Me disgusta ver así *a capitanes* y soldados tan bravos.

Va a responder CORTÉS que en nada puede ayudarles, pero una repentina ocurrencia le hace mudar de opinión.

CORTÉS. Tal vez en las próximas expediciones pueda acompañarnos más gente tuya. Así, además de que nos guíe por los caminos más cortos, podremos traer más carga.

MOCTEZUMA. (A MALINCHE.) *¿Qué dice?*

MALINCHE. *Cortés cree que puede ir más gente tuya en las próximas expediciones para ayudar a transportar la carga.*

MOCTEZUMA. *Comprendo. Malinche es el puente por el que caminan nuestras voces. Cortés, nuestras voces van por el puente. Si Malinche no está, no hay puente para vuestras voces.*

CORTÉS. Los puentes han de estar siempre tendidos y yo bien me entiendo. Pero sepamos qué le parece mi idea.

MALINCHE. *¿Qué responde Moctezuma?*

MOCTEZUMA. *Elige tú mismo cuantos hombres quieras. De esa manera juntarás antes lo que necesitas y antes te saldrás de México para llevárselo por la mar adelante a ese vuestro gran emperador de quien yo también he jurado ser fiel vasallo.*

MALINCHE ha comenzado a traducir la intervención de MOCTEZUMA.

MOCTEZUMA. *¿Con quién jugaré al tejo cuando te vayas? ¿Quién entre los míos se atreverá a hacerme trampas como Alvarado, que te apunta más rayas que a mí creyendo que no le veo? (CORTÉS ríe.) Notaré tu ausencia. (Saca las piezas del juego.) Ten los bodoquillos y los tejuelos y juguemos.*

CORTÉS. No sufras, Moctezuma. Aún podremos jugar muchas partidas juntos. Bien. ¿Quién apunta los tantos?

MOCTEZUMA. Sea ella, que no suele mentir.

Durante un rato juegan en silencio.

MOCTEZUMA. *¿No tienes prisa por ver a tu emperador?*

CORTÉS. Los carpinteros no han terminado de cortar la madera para construir las naves que han de llevarnos a España.

MOCTEZUMA. ¿Serán como las casas flotantes que os trajeron acá?

CORTÉS. Iguales.

MOCTEZUMA. Entonces no será menester que las hagas. Ya están hechas. Os aguardan en el sitio en que desembarcásteis.

CORTÉS. ¡Hola! La noticia es sabrosa. ¿Quién es el padre de la invención?

MOCTEZUMA. No es invención, sino cosa que mis mensajeros han visto con los ojos.

CORTÉS. La guarnición de la Villa Rica les ha gastado una broma. ¡Y a fe que es de buena factura! Les habrán hecho creer que las naves que están hundidas han salido a flote y quién sabe si no les habrán convencido también de que las olas, con su fuerza, las sujetan.

MOCTEZUMA. Los mensajeros no han visto las maravillas que cuentas, sino que las casas van y vienen y están habitadas por mucha gente y caballos.

CORTÉS. ¡Pronto! ¡Necesito hablar con los mensajeros!

MOCTEZUMA. ¿No acabaremos antes el juego?

CORTÉS. *(Conteniendo su impaciencia.)* Desde luego.

CORTÉS juega con descuido.

MOCTEZUMA. ¿Hay cosa que te preocupe?

CORTÉS. *(Irritado.)* ¿Qué puede preocuparme?

MOCTEZUMA. Juegas distraído.

CORTÉS. *(Tras una pausa.)* ¿Cuántas naves dices que han visto?

MOCTEZUMA. Dieciocho o más.

CORTÉS. ¿Las han contado bien?

MOCTEZUMA. ¿Te parecen muchas?

CORTÉS. Si son tantas, la flota es nutrida.

MOCTEZUMA. Así haréis el viaje con holgura.

CORTÉS. ¿Quién me asegura que no es una armada enemiga?

MOCTEZUMA. Los que vienen en ella son tus hermanos.

CORTÉS. ¿En qué lo notaron los mensajeros?

MOCTEZUMA. Hablan tu lengua y se parecen a ti y a tus capitanes. Dijeron que son cristianos y vasallos y criados del mismo emperador. Llevan también, como vosotros, imágenes y cruces. Desde que pusieron los pies en tierra no hicieron más que preguntar por ti. Te buscan para que les acompañes. *(Hace una pausa para ver el efecto que causan sus palabras. Luego, con una sorna que no es frecuente en él, añade:)* Pero en lo que más se nota que son tus hermanos es en que hacen y dicen cosas parecidas a las que hacéis y decís vosotros. Pelean los recién llegados con los soldados que dejaste allí y bien aprendido tengo que esa es muestra de amor y amistad.

CORTÉS. ¡Gracias a Dios que no nos tenían olvidados!

Continúa jugando MOCTEZUMA. Finge no darse cuenta de la zozobra de CORTÉS, quien incapaz de soportarla llama a su lado a ALVARADO.

CORTÉS. ¡Alvarado!

Acude presto el capitán. También regresa BERNAL. Se acerca, como de puntillas, al fuego casi extinguido y busca entre las cenizas los papeles que arrojó antes. Es poco lo que rescata. Lo lleva a la mesa y trata de ordenar los trozos. Viendo que es tarea imposible los deja a un lado, toma la pluma y ajeno al discurrir de la escena redacta de nuevo las páginas rotas.

CORTÉS. ¡Pronto! Que Andrés de Tapia salga hacia la costa. Ni un alto en el camino. Vaya a pie durante el día y a hombros de indios por la noche. Quiero saber quién manda la armada.

ALVARADO. ¿Qué haremos?

CORTÉS. Tan pronto regrese Tapia y confirme, como sospecho, que en esto tiene puesta la mano Diego de Velázquez he de ir al encuentro de ese ejército a darle un escarmiento.

ALVARADO. ¿Abandonaremos México?

CORTÉS. México quedará a tu cuidado y al de ochenta hombres.

ALVARADO. ¿Nos dejarás a merced de estos salvajes? ¿Qué podremos contra ellos si nos atacan?

CORTÉS. No lo harán. No tienen armas. Acertamos cuando decidimos quemárselas. En aquella oportuna hoguera se consumieron lanzas, arcos, flechas, espadas... Nada quedó de su arsenal.

ALVARADO. ¿Y si aún así se apoderara de ellos alguna locura?

CORTÉS. De aquí a mi partida convertiremos el palacio en una fortaleza. En cuanto a Moctezuma, le haré prometer que durante mi ausencia no consentirá desordenes. Responderá con su vida.

ALVARADO. Dudo, Cortés...

CORTÉS. Ni una palabra más. Manos a la obra.

Sale ALVARADO. CORTÉS se queda pensativo. MOCTEZUMA interrumpe el juego.

MOCTEZUMA. (A MALINCHE.) He ganado. Ponle alguna raya de más para que parezca que pudo ganar él no sea que se desanime y no quiera volver a jugar.

MALINCHE. (Más atenta a CORTÉS que al azteca.) No hay por que hacer trampas. Cortés sabe perder.

CORTÉS se aparta. MALINCHE le sigue y MOCTEZUMA, discretamente, se va hacia donde está CUAUHTÉMOC. Los dos aztecas se miran fríamente. CORTÉS echa la cabeza atrás y se mesa los cabellos.

MALINCHE. Cortés...

CORTÉS. Déjame. Necesito estar solo. (MALINCHE calla.) ¡Dios! ¡Qué aventura tan ciega! ¡Cómo he podido sentirme a gusto creyendo que todo estaba hecho? Esa visita inoportuna quiebra mi sueño, me descubre que estaba construyendo un castillo de naipes. Ha bastado el anuncio de su llegada para echarlo abajo.

MALINCHE. La bendita madre de Jesucristo te dará más fuerza que a ellos.

CORTÉS. Te he dicho que te vayas.

MALINCHE. Mándame otra cosa que no sea echarme de tu lado. Dime en qué puedo ayudarte.

CORTÉS. Enciende candelas de cera a Nuestra Señora para que nos proteja.

MALINCHE. ¿Nada más?

CORTÉS. ¡¿Qué más puedo pedirte o qué más puedes darme?!

MALINCHE. Mi cuerpo devuelve la serenidad a tu espíritu cuando se agita inquieto.

CORTÉS. Líbralo de mis caricias. Lo destrozaría.

MALINCHE. A veces mi silencio te ha hecho compañía.

CORTÉS. Te sentiré aunque estés callada. (*MALINCHE se muerde los labios, pero no se mueve.*) Dieciocho naves o más. Por lo menos caben en ellas ochocientos hombres. Un ejército en toda regla.

MALINCHE. Se rendirá con sólo verte.

CORTÉS. ¿Aún aquí, Marina?

MALINCHE. Ya me iba.

CORTÉS. Ochocientos hombre armados hasta los dientes. Y nosotros...

MALINCHE. Tus armas son mejores.

CORTÉS. ¡Ya te ibas!

MALINCHE. (*Remedando la voz y los gestos de una vieja.*) No grites. Doña Marina va llorando de pena, Hernando Cortés. Yo soy una india vieja que conoce la forma de ganar batallas a esos que vienen a dártela.

CORTÉS. No estoy para bromas.

MALINCHE. Ni yo vengo a gastarlas.

CORTÉS. Desvela el secreto y vete enseguida.

MALINCHE. ¿Me lo pagarás?

CORTÉS. ¿Cuánto pides?

MALINCHE. Un beso.

CORTÉS. (*Dejándose ganar poco a poco por el tesón de MALINCHE.*) ¿A una vieja?

MALINCHE. El secreto lo vale.

CORTÉS. Cerraré los ojos cuando pague. Soy todo oídos.

MALINCHE. Que tus hombres dejen las armas de guerra y lleven oro. En lugar de combatir regálaselo a los rivales y diles que quienes se pasen a tu bando tendrán más de lo mucho que guardas en México. Verás cómo no hay pelea. Hasta su capitán se pondrá a tu servicio.

CORTÉS. El beso está bien ganado. Y hasta me parece que el precio es bajo.

MALINCHE deja de fingir. El abrazo es largo.

MALINCHE. Haremos el camino en caballos quebrados. Los que nos traigan serán de refresco.

CORTÉS. Esta vez no me acompañarás.

MALINCHE. ¿Por qué? Yo sólo sé estar donde estás tú.

CORTÉS. Escúchame, Marina. Hago este viaje con desgana. No es de los que conducen a la gloria. Es como desandar lo andado. Volver al principio... No me sentiré capaz de empezar de nuevo si no hay algo que me atraiga con fuerza. Tú eres lo único que puede obligarme a regresar.

MALINCHE. No es verdad. Aquí dejas riquezas. Por nada del mundo renunciarás a ellas. No me llevas porque temes que me ocurra algo malo.

CORTÉS. ¿Y qué si fuera por eso?

MALINCHE. Juntos hemos desafiado grandes peligros.

CORTÉS. Entonces no los veía. Era tal la atracción de lo desconocido que nada me detenía. Los mayores desafíos me parecían pequeñeces. Si surgía alguna sombra de duda la apartaba la ambición de quien no teniendo nada aspira a todo.

MALINCHE. Voy a seguir tus pasos. ¡Tengo que seguirlos! Si no me aceptas a tu lado, caminaré a la cola de los soldados.

CORTÉS. Harás lo que yo mande.

MALINCHE. Te desobedeceré.

CORTÉS. Alvarado te retendrá hasta después de la partida.

MALINCHE. ¿Le dirás que me ponga grilletas en los pies?

CORTÉS. ¡Le diré...! No compartas mi fracaso, Marina. Apártate.

MALINCHE. Fracaso... Apartarme...

CORTÉS. ¿Qué esperas de mí?

MALINCHE. Te lo he dicho tantas veces... Que hagas que los aztecas sean iguales a los otros pueblos, que pongas paz entre ellos, que los gobiernes...

CORTÉS. Que me ocupe menos de amontonar oro y que acabe con los sacrificios humanos. ¿No ves que nada de eso está ya a mi alcance?

MALINCHE. Si has tardado siglos en venir, ¿qué más da que mis deseos se cumplan hoy que mañana?

CORTÉS. Para hoy es tarea imposible. En cuanto a mañana, ¿quién sabe cómo concluirá esta aventura?

MALINCHE. Nadie hay capaz de doblegar tu voluntad.

CORTÉS. Vuelves a tratarme como al dios que no soy.

MALINCHE. Ese dios no existe, pero si existiera os pareceríais como dos gotas de agua.

CORTÉS. Si en tanto me tienes, razón de más para que no me sigas. Sería triste que vieras cómo me hacen preso y me llevan a Cuba encadenado o cómo muero como un malhechor a manos de mis paisanos.

MALINCHE. Ese final que cuentas no es el tuyo. De trances peores has salido con fortuna.

CORTÉS. He gastado con creces la que me correspondía. ¿Con qué derecho puedo reclamar más?

MALINCHE. ¿Por qué ir, entonces, al encuentro del enemigo si tan seguro estás de la derrota? ¿Por qué no hacernos fuertes aquí?

CORTÉS. No regalaré a Moctezuma el espectáculo de una guerra entre españoles. *(Hace una pausa.)* Daría cualquier cosa por evitarla.

MALINCHE. Recuerda el consejo de la vieja india.

Un toque de trompeta convoca a la tropa. Es la hora de los adioses. CORTÉS busca a MOCTEZUMA y le abraza. Luego va hacia los suyos y se despide de cada uno de los que deja en México. De ALVARADO, el último. No hay palabras. Cuando los tambores empiezan a sonar y a alzarse las banderas, retorna junto a MALINCHE.

CORTÉS. Si no volviéramos a vernos...

MALINCHE. *(Poniéndole la mano en los labios.)* Vuelve, Cortés. Por encima de todo, vuelve. ¿Qué sería, si no, de los que nos quedamos. Estaríamos más seguros en la boca de fuego del Popocatepetl.

CORTÉS cierra los ojos. El redoble de los tambores envuelve la ciudad. BERNAL deja de escribir.

BERNAL. A mí me tocó ir con Cortés. Hube de separarme de Alvarado. ¡En mala hora, Dios! Creyendo que iba a correr grandes peligros, me alejaba de ellos. *(Se levanta.)* ¿Qué pasó, doña Marina? ¿Qué fue aquéllo?

Muy lentamente, a medida que la expedición se aleja, el estruendo va dejando paso a un ruido sordo y continuado que, al cabo, cesa.

MALINCHE. ¿No te lo contaron?

BERNAL. Unos tlaxcaltecas llegaron a la Villa Rica pidiendo socorro. Dijeron que los aztecas estaban alzados en guerra y que había muchos muertos y heridos. Háblame de ello.

MALINCHE. Sabes lo que yo, lo que todos.

BERNAL. ¡Tú estabas en México!

MALINCHE. Ojalá os hubiera acompañado.

Remoto, se oye el tañido de los atabales aztecas. MALINCHE se tapa los oídos. Se niega a escucharlo. Tampoco quiere recordar la conversación entre CUAUHTÉMOC y MOCTEZUMA, pero las palabras vuelven a sonar como entonces.

CUAUHTÉMOC. ¿Cuánto durará tu silencio?

MOCTEZUMA. Hablaré pronto.

CUAUHTÉMOC. ¡¿Cuándo?!

MOCTEZUMA. Pronto.

CUAUHTÉMOC. ¿Qué dirás?

MOCTEZUMA. Algo que te agrade. ¿Qué deseas oír?

CUAUHTÉMOC. La orden de caer sobre Cortés.

MOCTEZUMA. No la daré.

CUAUHTÉMOC. ¿Todavía le temes?

MOCTEZUMA. Había por qué.

CUAUHTÉMOC. Sólo se teme a los dioses. Cortés no es un dios.

MOCTEZUMA. Cuando lo supe era tarde para hacerle frente. Ya todos los pueblos estaban con él, unidos para destruirnos. Ya todos venían a mostrarnos su enemistad. Pedí a los dioses que si habíamos de perder nuestro poder me concedieran el don de la prudencia para salvar a nuestro pueblo de la destrucción. He aceptado resignado las ofensas que me han hecho. He sido su rehén. Les he visto reducir a la nada el legado de mis padres. He sufrido en silencio el silencio acusador de mi pueblo. He desoído tus quejas y las de otros impacientes. Todo ello para conservar la vida. El que vive, aunque sea encadenado, tiene la esperanza de volver a gozar algún día del poder que tuvo.

CUAUHTÉMOC. Tu prudencia ha evitado nuestra destrucción, según tú. Yo digo que ha sido tu cobardía. Demuéstrame que estoy equivocado, que aún guardas algo del valor que derrochaste en tu juventud. Reconcílate con el pueblo. Sal de esta prisión y da la señal que esperamos.

MOCTEZUMA. Guardémosnos de hacer la guerra a los españoles. Quemaron nuestra armas. Hicieron hoguera con ellas.

CUAUHTÉMOC alarga el brazo y, al punto, un indio pone en su mano una lanza de palo con punta de pedernal.

CUAUHTÉMOC. Mientras iban y venían juntando el oro que les das, mientras cazabais juntos, mientras jugabas al tejo con Cortés, nosotros, los demás, hacíamos armas nuevas a escondidas.

BERNAL. ¡Mierda de indio!

ALVARADO y los españoles que han quedado con él escuchan el tañido de los instrumentos aztecas.

ALVARADO. ¿Qué es eso? ¿No oís los tambores?

CÁRDENAS. ¿Qué haremos?

MALINCHE se adelanta hasta el límite mismo de la ciudad y mira hacia el lugar en que el grupo de CORTÉS desapareció de su vista. MOCTEZUMA contempla la lanza y la reclama. Ya en sus manos, aún la examina atentamente.

MOCTEZUMA. No la usarás.

Y al tiempo que lo dice, la parte por su mitad y arroja los pedazos al suelo.

CUAUHTÉMOC. ¡Las armas son para luchar!

MOCTEZUMA. Hay otras maneras de combatir. Los españoles que han llegado dicen muchas malas palabras de Cortés. Cuentan que viene huyendo de su tierra y que su emperador les envía para que se lo lleven preso o muerto y que cuando cumplan lo que tienen mandado nosotros quedaremos libres de su tiranía. Les he enviado mantas y oro y he ordenado que les den bien de comer y que se les ayude.

CUAUHTÉMOC. Si vencen a Cortés vendrán enseguida a ocupar su sitio.

MOCTEZUMA. También ayudaremos a Cortés si lo necesita.

BERNAL. ¡Astuto Moctezuma!

MOCTEZUMA. Dejemos, Cuauhtémoc, que peleen entre ellos. Vencedor y vencido serán una misma cosa y nada podrán contra nosotros. Seremos, otra vez, amos de nuestro destino.

CUAUHTÉMOC. Si no son nuestras armas las que derrotan a Cortés y a los otros extranjeros nunca volveremos a someter a los de Tlaxcala, ni a los huejotzingas, ni a los totonacas... No habremos más tributos, ni nos darán a sus gentes para ofrecérselas a los dioses. ¡Hay que recordarles cuánta es nuestra fuerza!

MOCTEZUMA. La sentirán en su carne. Cuando los españoles se destrocen unos a otros, sacrificaremos a los que quedan aquí y plantaremos sus cabezas en postes.

BERNAL. ¡Te equivocaste, pájaro de mal agüero!

MALINCHE. ¿De qué sirvió que se equivocara?

MOCTEZUMA. Entonces, no antes, nos volveremos hacia los que se han aliado con los españoles y pagarán su traición. Hasta entonces durará mi silencio. Y el tuyo. Justamente hasta entonces.

CUAUHTÉMOC. No sé si podremos esperar. No sé si te obedeceremos. No sé, Moctezuma, si aún eres algo nuestro.

EL sonido de los atabales crece. Los de los cuernos de concha y las flautas de hueso se mezclan con él. BERNAL corre hacia sus inquietos compañeros. El afán de torcer el curso de los acontecimientos le hace recordarlos en absoluto desorden.

BERNAL. ¡No os dé miedo esa música! ¡La cabeza fría, Alvarado! ¡Cortés ha ordenado que regresemos

a México a toda prisa! ¡Venimos muchos! ¡Los que llegaron a buscarnos con intención de hacernos presos se han pasado a nuestro bando!

Pero ALVARADO y los demás españoles no oyen estas advertencias pronunciadas años después. BERNAL regresa a la mesa y la golpea con los puños.

MOCTEZUMA. ¿No son los preparativos de la fiesta del Toxcatl?

CUAUHTÉMOC. ¿Tampoco podemos honrar al dios Tetzcatlipuca?

MOCTEZUMA. Los españoles no consentirán los sacrificios.

CUAUHTÉMOC. Nunca fueron más necesarios.

MOCTEZUMA. Los españoles...

La música, brutal y monótona, ahoga las palabras de MOCTEZUMA. BERNAL se vuelve hacia MALINCHE.

BERNAL. ¿Por qué no confiaste a Alvarado los planes de Moctezuma? ¡Cuánta desgracia se hubiera evitado!

MALINCHE. ¿Cómo saber lo que convenía hacer o decir? ¿Hubiera actuado de otra manera Alvarado?

BERNAL no responde. Por todas partes se alzan postes cuyas sombras se proyectan sobre los españoles. Cuando el sol se va poniendo cientos de antorchas le sustituyen. Surgen danzantes ejecutando el baile del culebreo y CUAUHTÉMOC desaparece tras los cuerpos emplumados. El atabalero que les precede se acerca a los españoles. Su rostro pintado y lustroso de miel acariciado por las llamas les espanta. ALVARADO saca la daga y la apoya en el pecho de MOCTEZUMA. Los demás van tomando posiciones.

ALVARADO. ¡Voto a Dios, que si nos quieren sacrificar has de impedirlo!

Uno de los españoles descarga la espada sobre el atabal. Los palillos ensangrentados caen al suelo. La música cesa de golpe.

MOCTEZUMA. Sólo es la fiesta del Toxcatl.

Los españoles, apiñados, disparan los mosquetes. Un griterío ensordecedor surge de la ciudad de México. MALINCHE cae de rodillas.

MALINCHE. ¡Cortés! ¡Cortés!

El estandarte de un noble azteca es abatido y destrozado. BERNAL coge uno de los pedazos y lo contempla con mirada ausente. La noche se extiende sobre calles y terrazas. Una noche triste con vocación de eterna. Una noche empapada de sangre que corre hasta teñir las aguas de los canales. Bajo la luz de la luna CORTÉS, sentado en una silla desvencijada, se agita inquieto y grita palabras ininteligibles. Tiene vendadas la mano izquierda y la cabeza. MALINCHE acude a su lado y le aplica trapos húmedos en el rostro. Cerca, MAESTRE JUAN dispone, sobre una mesa improvisada, los útiles para trepanar. Más allá, entre soldados maltrechos y fieles indios tlaxcaltecas, FRAY BARTOLOMÉ aguarda a que le llamen para prestar asistencia espiritual al herido. En lo obscuro, ante los restos de puentes portátiles y cañones semi-hundidos en el fango y la sangre, otros personajes son movidos, y a veces sacados a la luz, por los hilos de la fiebre que consume a CORTÉS.

ALVARADO. Se alzaron contra nosotros. Nos cercaron. Sólo pararon de pelear cuando los mensajeros anunciaron que regresabas victorioso.

MOCTEZUMA. Cortés, Cortés... Has pasado a mi lado sin hablarme. No me has abrazado como otras veces. Pero yo me he propuesto que sepas la verdad. Mi pueblo disfrutaba de la fiesta. Era el baile. Era el canto. Un canto sucedía a otro canto.

ALVARADO. Quise seguir tus órdenes al pie de la letra. Lo hice mientras pude. Lo juro por éstas. Pero enseguida sospeché que tramaban algo. Los sacerdotes decían que tenían que quitar de los templos las imágenes de Nuestra Señora y las cruces. Los guerreros hablaban de liberar a Moctezuma. Lo del baile fue una estratagema. La urdieron para cogernos desprevenidos.

MOCTEZUMA. Era la fiesta del Toxcatl. El pueblo celebraba la fiesta del Toxcatl. Los tuyos vieron los preparativos y dijeron que les parecía bien. Por eso la gente salió confiada a la calle. Pero cuando empezó a reunirse, cuando en el Patio Sagrado no cabía nadie más, los tuyos vinieron a cerrar las salidas. Venían a pie, con sus escudos y sus espadas. Al momento empezaron a dar cuchilladas y tajos. Atacaban por todas partes. Los cuerpos quedaron desgarrados, rotos por los hombros, por los muslos, por las pantorrillas. Las entrañas caían por tierra. Algunos corrían y sus pies se enredaban en los intestinos que arrastraban. Corrían en vano. Querían ponerse a salvo, pero no habían adónde ir. Los que intentaban salir, allí en las puertas los herían, los apuñalaban. Otros trepaban por los muros. Otros se mezclaban con los muertos. Aparentaban estar muertos para salvarse. Pero si alguno alzaba la cabeza y le veían, se la cortaban. La sangre de los inocentes corría como el agua.

CORTÉS. (A ALVARADO.) ¿Oyes a Moctezuma?

ALVARADO. Los muertos no hablan.

CORTÉS. ¿Moctezuma muerto? ¿Muerto? ¿Quién de vosotros le ha matado?

BERNAL retuerce el trozo de estandarte. Está llorando de rabia.

BERNAL. ¿Qué hicimos? Se anunciaban tiempos de bonanza. ¿Os acordáis? ¿Qué de repente cambia

la fortuna! La rueda da vueltas y vueltas y vueltas y viene a pararse donde menos se desea.

CORTÉS. ¿Quién mató a Moctezuma, Marina?

MALINCHE. Fue su pueblo. A pedradas. Pero pasó hace mucho.

MONTEJO. Moctezuma se niega a salir a la terraza. Dice que no puede impedir que siga la guerra, que ya no tiene vasallos que le obedezcan, que han puesto a otro en su lugar...

FRAY BARTOLOMÉ. Tres días tardó en morir. Yo hacía por convertirle a nuestra fe y él, lejos de atenderme, no paraba de murmurar que México sería nuestra tumba.

CORTÉS. Tu desatino nos ha arrastrado a esta situación, Alvarado.

BERNAL. Fue el miedo, pero más parece que lo dictó el odio viendo como el agua, la tierra y el cielo se tiñeron de sangre.

CORTÉS. ¿A qué seguir aquí encerrados? ¡Ordás! ¡A la calle con cuatrocientos hombres! ¡Hagamos alarde de nuestra fuerza!

ORDÁS. ¿Hasta dónde podré abrirme paso, si los escuadrones indios la ocupan?

CORTÉS. ¡Adelante!

El silbido de las flechas y el golpear de las piedras contra las armaduras aturden a CORTÉS. BERNAL coge su espada.

VELÁZQUEZ. Ya vuelve Ordás.

CORTÉS. ¿Tan pronto?

ORDÁS. Apenas hemos dejado el real he perdido cincuenta hombres.

Del fondo surge la figura fantasmal y estrafalaria de BOTELLO. Sus palabras van creando en torno a CORTÉS imágenes que sólo caben en una cabeza a punto de estallar.

BOTELLO. Hace días que mi única ocupación consiste en seguir la trayectoria de cuanto nos arrojan los indios para tratar de esquivarlo. He visto volar flechas, jabalinas y hasta arpones de los que usan para cazar aves. Forman sobre nuestras cabezas nubes espesas. Pero a veces se abren huecos que dejan ver el cielo. Como además de mi oficio de soldado ejerzo de astrólogo y nigromante aprovecho entonces para leer el mensaje de los astros. Escucha lo que anuncian: si no salís ya de México perderéis la vida; si dejáis que amanezca otro día pereceréis a manos de estos perros indios. Cortés, no echéis en saco roto la advertencia. Hagámosles creer que hemos decidido abandonar la ciudad de aquí a ocho días y cuando empiece anochecer y ellos estén más descuidados salgamos con sigilo y alcancemos la tierra firme.

CORTÉS se incorpora a pesar de los esfuerzos de MALINCHE y MAESTRE JUAN por impedirlo.

CORTÉS. ¡Pronto! Botello tiene razón. Juntad maderos y tablas para hacer un puente. ¿Todavía me son fieles los indios de Tlaxcala? Pues su lealtad está asegurada, sean ellos los que lo arrastren y lo pongan sobre los canales. Lleven también la artillería y protejan a doña Marina. Traed el oro. Que cada cual cargue con lo que pueda.

MALINCHE. Siéntate, Cortés. Aquello ya pasó.

CORTÉS. *(Chistando.)* Calla. *(Escucha. Golpea el suelo con rabia.)* ¡Nos han oído! ¿No sientes cómo las canoas se aproximan por entre la niebla? ¿No ves cómo nos rodean? ¡Hagamos todo el mal que podamos a nuestro paso!

Sólo BERNAL sigue la orden de CORTÉS. Corre de un lado a otro esgrimiendo la espada contra el aire. Sus pies se hunden en el agua, cae mil veces y otras tantas se levanta.

BERNAL. ¡Son bravos los muy bellacos! ¿Quién dice que vamos huyendo? ¡Aquí os aguardo! ¡A Dios y a su bendita madre me encomiendo! (*Se santigua.*) ¿Es que ha de ser esta batalla más recia que las otras que he librado? ¡Cuando acabe, mi reputación de soldado habrá crecido! Esos caballos resbalan en el empedrado... ¡Desmontadlos! ¡Corred, malditos paralíticos! Han desbaratado el puente. ¡Allí hay paso franco! ¿No son muertos los que pisamos?

El estrépito del puente que se quiebra, los relinchos de las caballerías y las voces de los combatientes envuelven sus gritos.

CORTÉS. ¡Aquí, mis capitanes! ¡Mis fieles! ¿Dónde estáis? ¿Es que no me oyen? ¡Velázquez!

BERNAL. (*Dejando de combatir.*) Velázquez murió. Ochenta cayeron con él. Sus cuerpos y los caballos heridos formaron el puente que nos permitió alcanzar la tierra firme.

CORTÉS. ¡Alvarado!

BERNAL. Le vi lleno de heridas.

CORTÉS. ¿Y Olea? Hace un momento estaba a mi lado.

BERNAL. Le debes la vida. Te arrancó de manos de los aztecas. Pero no podrás agradecersele.

CORTÉS. ¿Muerto también?

BERNAL. Y Francisco de Morla y Lezcano y Lares y Juan de Alcántara...

CORTÉS. ¿Tantos?

BERNAL. No he acabado. Saucedo, Enríquez, Ruano... y muchos que no he reconocido porque sus cuerpos desaparecían tragados por el fango en un santiamén. Tanto pesaba el oro que llevaban encima. Y no cuento a los que fueron hechos prisioneros. Vimos cómo los llevaban a la fuerza al sacrificio. Los subieron a lo alto del templo, les pusieron plumajes en la cabeza y les hicieron bailar delante de sus malditos ídolos. Luego los tumbaron en unas piedras y con navajones de pedernal les serraron los pechos y les sacaron los corazones para ofrecérselos a sus dioses. Los cuerpos los echaron por las gradas abajo y los indios se comieron las piernas y los brazos y dieron las tripas a las bestias.

CORTÉS. ¿Tienes algo bueno que decirme?

BERNAL. ¡Ojalá!

CORTÉS. Entonces sigue relatando desgracias.

BERNAL arroja la espada al suelo. Saca a BOTELLO del escondite que ha buscado tras su fracaso como adivino y le empuja hasta CORTÉS.

BOTELLO. ¿Quieres conocer más desgracias?

CORTÉS. ¡Sí!

BOTELLO. Prefiero guardármelas.

CORTÉS. Suéltalas, que nada puede aumentar tanto sufrimiento.

BOTELLO. ¿Quién sabe?

CORTÉS. Si es el anuncio de mi muerte, lo recibiré con agrado. Es lo que más deseo.

BOTELLO. Curarás de tus heridas. Pero ahora te tocará vivir sin la honra que habías ganado a pulso.

CORTÉS solloza. BERNAL camina hacia su mesa tambaleándose.

CORTÉS. Hay demasiada muerte a mi alrededor. Y eso que muchos cadáveres yacen en el fondo de las aguas. Yo no pedí que fueran tantos.

MAESTRE JUAN. La calentura le consume.

MALINCHE. Fray Bartolomé...

El fraile se acerca. CORTÉS le mira sin reconocerle. Poco a poco le relaciona con algún hecho lejano.

CORTÉS. Parece que fue hace mucho tiempo. Pero apenas ha pasado un año. Veníamos hacia México. Habíamos decidido que éramos escogidos por Dios para llevar el nombre del emperador a los confines de la tierra. ¡Con qué fuerza nos empujaba el afán de riquezas y de gloria! Uno de los nuestros cayó herido. ¿Sigues ahí, fray Bartolomé? *(Sonríe satisfecho de saber ya quién es. El fraile le coge la mano y se la oprime cariñosamente.)* Tú le atendiste en la agonía. Estabas inclinado sobre él, así, como estás ahora. Lo que más sentiría, decía el desgraciado, es que además de estar ausente en la hora del triunfo se borrara mi nombre y su memoria. ¿No fue eso lo que dijo?

FRAY BARTOLOMÉ. Eso fue.

CORTÉS. El pobre pidió bien poca cosa: que al enterrarle le rindiéramos los honores que merecen los buenos soldados y que sobre su tumba dejáramos una piedra con alguno de sus apellidos escrito. Le prometimos que así se haría, pero no bien hubo echado el último aliento escondimos su cadáver y le dimos tierra por la noche y en secreto.

BERNAL. Eso fue por consejo tuyo, doña Marina. Pues los indios nos tenían por dioses, no convenía que supieran que somos mortales. Aunque bien mirado los que fueron sacrificados tuvieron peor suerte. Los vientres de los indios fueron sus sepulturas. ¡Allí están sus blasones!

MALINCHE. ¿A qué viene hablar de eso?

CORTÉS. ¿Alguien recuerda cómo se llamaba aquél hombre? ¡Nadie! ¡Qué flaca memoria! (*Apartando a FRAY BARTOLOMÉ y levantándose.*) ¿Es que no me comprendéis? ¡No podéis! Lo he llevado dentro, tan en secreto... Nadie más que yo sabe de qué estoy hablando. No hay gesta sin sangre. Y la poca que derramábamos había que esconderla. ¿Dónde está la grandeza de una empresa en la que sólo el enemigo tiene bajas? Cuántas noches he pasado en vela imaginando relaciones de caídos, recomponiéndolas una y otra vez. Pongo a este que me sirve mal y rescato a aquel otro que me es fiel... Cuántas noches me he entregado a ese juego macabro. Cuántas veces os he matado y os he resucitado antes de que el destino decidiera convertir mi modesta ambición en auténtica tragedia. ¡Con qué crueldad me ha castigado! ¿Quieres muertos? ¡Tómalos! ¿Te conformas con veinte, tal vez treinta...? ¡Yo te los doy a cientos! ¡No es esto lo que quería!

MALINCHE. Necesitas descansar.

CORTÉS. Tengo sed. Me abrasa la boca. Dame vino, Marina.

MALINCHE. No, Cortés.

CORTÉS. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Vino!

MAESTRE JUAN. Unas gotas en los labios. Más sería una imprudencia.

Le alcanzan una copa. La apura de un trago. Cerradas formaciones de gente de guerra asoman por la línea del horizonte, borrándola.

CORTÉS. ¿No dejarán de perseguirnos? (*Arroja la copa. Va tambaleándose hasta la mesa.*) ¡Cirujano! Coge el hierro más largo y afilado y atraviésame la cabeza.

FRAY BARTOLOMÉ. No provoques a Dios. Él es el único dueño de tu vida.

CORTÉS. Dios me ha abandonado. ¿Es que no se ve? ¡Cortés no ha nacido para conducir la retirada vergonzosa de un ejército de fantasmas!

BOTELLO quita de las manos de CORTÉS las herramientas de MAESTRE JUAN.

BOTELLO. Recuerda que no ha llegado tu hora.

CORTÉS. Debieras haber nacido sin lengua.

BOTELLO. Luego me la cortas, si quieres. Antes te conviene saber que volverás a ser señor e ilustre, de muchas rentas.

CORTÉS. ¡Más vino! *(El cirujano hace un gesto a MALINCHE de que no le contraríe. Bebe.)* ¿Habéis oído a Botello?

FRAY BARTOLOMÉ. ¿No murió el nigromante al salir de México?

BERNAL. Con su caballo. No le aprovechó su astrología.

CORTÉS pone la vista en el enemigo, que va estrechando el cerco. Un guerrero destaca sobre los demás. Luce un penacho de oro y sostiene en una mano un gran estandarte plateado. Tiene algo de gran fante.

CORTÉS. ¡Mi armadura! ¡La espada! *(Mientras se prepara para el combate.)* ¿Alguno de vosotros está vivo? *(Mira a los soldados que tiene más cerca.)* Veo que sí. O me lo parece. ¡A mi lado enseguida! *(Algunos capitanes se van agrupando a su alrededor.)* Cristóbal de Olí, Sandoval, Gonzalo Domínguez, Juan de Salamanca... ¿No veis a aquél que se pasea entre los suyos con el estandarte de guerra? ¿No os parece que sea el capitán general de la tropa azteca? Vayamos derechos a él y démosle de estocadas. Caiga la bandera a tierra. Arrebatémosle el penacho. Ahí será la desbandada, el fin de nuestra zozobra. Dejad a los demás que huyan, que puedan

anunciar a los que están en México que he jurado vengarme, que ya me preparo para ir contra ellos. ¡Por Dios que pondré cerco a la ciudad hasta con barcos! Los haré construir. Destruiré casas y palacios. Serán pasto de las llamas. Las calles se llenarán de cadáveres. Tápate los oídos, fray Bartolomé, que si me oyes dirás que atento contra la ley de Dios. Los leales tlaxcaltecas caerán sobre ellos como buitres y yo les daré licencia para que los devoren. Cuando estén hartos y tengan sus despen-sas llenas aún quedará carroña suficiente para que el hedor sea el anuncio de que nada queda del pueblo azteca. Si alguno acude en su auxilio he de perseguirle hasta dejarle sin aliento y he de marcarle a fuego.

CORTÉS se tambalea. Sus pies aplastan la maqueta de la ciudad de México. Luego, cae de bruces al suelo. Mientras los capitanes acuden a socorrerle, MAESTRE JUAN coge el trépano y los demás útiles de su oficio.

MALINCHE. ¿No hay peligro, maestro Juan?

MAESTRE JUAN. Tus rezos y mi destreza harán el milagro de sanarle. Sentadle.

Atrás, el estandarte plateado ha caído y el cerco azteca se ha roto. BERNAL recoge el penacho de oro del general vencido mientras los personajes se van esfumando.

BERNAL. La amenaza se cumplió. No quedó piedra sobre piedra. Y Cuauhtémoc fue hecho prisionero.

Los quejidos de CORTÉS y algún juramento acompañan el rítmico golpeteo sobre el trépano del martillo que maneja MAESTRE JUAN. Por unos momentos cesan.

CORTÉS. Marina, recuérdame que a lo que nazca sobre esas ruinas le llamemos la Nueva España del Mar Océano.

BERNAL deja el penacho en cualquier sitio y se sienta, agotado, en el borde de la cama. Coge un tarro que hay al alcance de su mano y saca algunas hierbas que se lleva a la boca. Las mastica lentamente. Frente a él se detiene *MALINCHE*. Más lejos, *CORTÉS* contempla la ciudad de México desde el mismo lugar en que su mirada la abarcó por primera vez en toda su grandeza.

CORTÉS. ¿Se puede llamar a esto, así como ahora se ve, la Nueva España del Mar Océano? Nunca estuvo la ciudad tan vacía. ¡Cuánta soledad!

BERNAL contempla la maqueta destrozada. Varias figuras van surgiendo en torno a *CORTÉS*.

VELÁZQUEZ. Son cosas de la guerra.

BERNAL. Esa voz... ¿Quién ha hablado?

VELÁZQUEZ. Yo.

BERNAL. ¿No es Velázquez, doña Marina?

MALINCHE. El mismo. Y es extraño, porque Velázquez ya no estaba entre nosotros.

BERNAL. Barrunto que a estas alturas del relato empiezo a mezclar a vivos y a muertos. (*Se levanta y trata de identificar a los que están.*) ¿También tu aquí, Botello? ¡Fuera! ¡Fuera! (*Se golpea las sienes.*) Sal de una vez. Pongamos orden en esta jaula de grillos. (*Mirando uno a uno a los que rodean a CORTÉS.*) Hay mucho intruso y echo de menos algunas caras. Veamos. Quede Cortés donde está. Y tú ahí, doña Marina. Vengan Alvarado y fray Bartolomé. Ayúdame a recordar.

MALINCHE. Cuauhtémoc estaba a mi lado.

BERNAL. Cuauhtémoc, sí.

MALINCHE. Y maestro Juan.

BERNAL. Ese también. Acaso Montejo. (*Deteniéndose ante uno.*) De éste no recuerdo el nombre.

MALINCHE. Se llamaba Julián de Alderete.

BERNAL. ¡Tate! Era el tesorero de su Majestad. Desde que llegó a México andaba siempre atento a lo que hacía Cortés por ver si le pillaba en renuncio. ¿No fue él quien dijo “son cosas de la guerra”?

MALINCHE. ¿No sería Narváez?

BERNAL. ¿Narváez? (*Duda.*) Será si tú lo dices. Así, pues, Narváez respondió a Cortés.

NARVÁEZ. Son cosas de la guerra.

CORTÉS. Y bien que me pesa. Lo primero que hay que hacer es echar abajo esos muros antes de que se desplomen y maten a alguno. Luego repararemos los puentes y las calzadas. Y los acueductos. No os asustéis de lo que veis. De aquí a unos meses, con la ayuda de Dios, México habrá resucitado. Oíd lo que tengo pensado. La calzada que lleva a Tabuca será una hermosa calle que en nada recordará aquel camino en que padecimos nuestro Vía Crucis. Y la plaza estará rodeada de portales como las plazas mayores de España.

ALVARADO. ¡Qué buen espacio para jugar cañas y librar torneos!

CORTÉS. Allí, en aquella parte, estará la casa del Ayuntamiento.

NARVÁEZ. Y delante, la picota y la horca.

ALDERETE. Es lo acostumbrado.

CORTÉS. Mis leales no debéis temerlas. Para vosotros levantaremos casas en las calles principales. Tendrán almenas, rejas en las ventanas, puertas claveteadas con columnillas a los lados y, en lo alto, vuestros escudos.

ALDERETE. No conozco pico como el tuyo. Lo tienes de oro.

CORTÉS. Y eso que no te he dicho que aunque eres un recién llegado también tendrás un palacio en que vivir.

BERNAL. Mala suerte que en el reparto de solares no me tocara ninguno en que levantar no un palacio, sino una simple morada. Eso sí, con un blasón esculpido que señalara que en ella vivía Bernal Díaz del Castillo. *(Coge el penacho azteca y se lo imagina convertido en escudo de armas.)* Pero ese privilegio no estaba al alcance de un simple soldado, aunque fuera rico en proezas.

CORTÉS. ¡Vamos, vamos! No tuerzas el gesto, fray Bartolomé. Habrá catedral. ¡Y grande! Ahí enfrente, en el mejor sitio de la plaza. Y no faltarán por todas partes iglesias y conventos.

FRAY BARTOLOMÉ. ¡Alabado sea Dios! Cuántas ganas tengo de oír el repicar de las campanas. Tendrás que pedir al emperador que envíe obispos y otros prelados para que las atiendan.

CORTÉS. Prefiero frailes. A los obispos les gustan las pompas y los vicios más que a nosotros. ¡Buen ejemplo darían a los indios! Acércate, Marina. Para nosotros haré un palacio de piedra y madera de cedro. Estará frente a la casa de los pájaros. ¿Te acuerdas de cuántos había entre las paredes de mármol? Lástima que ya no quede ninguno de aquellos papagayos y faisanes. ¿No dices nada? *(Sólo entonces repara en que MALINCHE se cubre la boca con un pañuelo.)* ¿Qué tienes, Marina?

MAESTRE JUAN. Las señales del embarazo ya asoman.

MALINCHE. No es eso. No soporto el olor a podrido.

CORTÉS. No hay muertos por las calles. Los hemos retirado.

FRAY BARTOLOMÉ. Aún así, el hedor es grande.

CORTÉS. México siempre lo tuvo por culpa de los sacrificios. (A MALINCHE.) ¿No te quejaste de eso la primera vez que vinimos?

MALINCHE. Olía a sangre. Es verdad. Pero también olía a sal, a maíz, a incienso... Quiero regresar a Coyoacán cuanto antes.

CORTÉS. (Molesto.) Acompáñala, maestro Juan.

CUAUHTÉMOC. (A MALINCHE.) *Pregúntale si puedo ir con vosotros. No quiero ver el estado en que ha quedado México.*

MALINCHE. ¿Puede venir Cuauhtémoc?

CORTÉS. ¿Tampoco soporta el olor?

MALINCHE. No soporta ver su ciudad en ruinas.

CORTÉS. ¡Tú eras el emperador! Pudiste evitarlo. Cuantas veces te ofrecí la paz respondiste con el silencio.

CUAUHTÉMOC. *Nada tenía que decirte. Sólo cabía luchar. Luchamos ochenta días hasta que ya no tuvimos escudos, ni dardos...*

CORTÉS. No te lamentes del precio que has pagado.

CUAUHTÉMOC. *¿Has oído que me queje por ello? (A MALINCHE.) Cuando me hizo preso le dije: no puedo más. Le pedí que me matara... Recuérdaselo.*

MALINCHE. Quiere que recuerdes que cuando le apresaste te pidió que le mataras y no lo hiciste.

CORTÉS. Debiera agradecermelo.

CUAUHTÉMOC. *¿Tengo que darte las gracias también de que me sentaras a tu mesa a la misma hora en que mi gente arrancaba las últimas hierbas y las últimas cortezas de los árboles y atrapaba las últimas lagartijas para tener algo que llevarse a la boca? Aquel banquete fue un insulto. Luego fui conducido a tu real con tanto agasajo que era imposible saber quién de los dos era el vencedor y quién el vencido. En México sí se los conocía. Bajo una lluvia que nada lavaba, sino que llenaba los pies de barro para hacer más duro el camino, los míos escapaban de mala manera al acoso de tus aliados tlaxcaltecas.*

La voz de MALINCHE que ha comenzado a traducir a CUAUHTÉMOC crece tanto que hace suyo el discurso. Sus palabras restallan como latigazos.

MALINCHE. Hombres, mujeres y niños flacos, amarillentos y sucios iban sin saber adónde. Era lástima verlos con andrajos o desnudos. Mandaste que su esposa y las mujeres que iban con ella fueran atendidas con respeto, pero nada dijiste a los soldados de que no corrieran tras las demás, las que huían asustadas, abriéndoles las faldas, pasándoles las manos por todos lados, por las orejas, por el pecho, por los cabellos, apartándolas de sus padres y de sus maridos...

BERNAL. *(Bajo los efectos de la droga que mastica.)* Lo hicimos, sí. Pero no hay por qué decirlo tan alto.

MALINCHE. ¡Y ahora, para hacer mayor su sufrimiento, le traes a contemplar las ruinas de México!

MALINCHE calla bruscamente. De nuevo se cubre la boca con el pañuelo. Por un momento su mirada se encuentra con la de CUAUHTÉMOC, brillante, a mitad de camino entre la sorpresa y la gratitud. Pero la desvía.

CORTÉS. Cuanto dices te honra, Cuauhtémoc. Pero deja de torturarte. Lo que ha sucedido no tiene remedio. Esta tierra es grande. Entre todos volveremos a ennoblecerla.

ALDERETE. ¿Oís lo que yo?

CORTÉS abre los brazos a CUAUHTÉMOC. El azteca retrocede ligeramente como si le repugnara el abrazo, pero tras un momento de vacilación parece aceptarlo. Va hacia CORTÉS, vuelve a dudar y, finalmente, se abalanza sobre él con ánimo de arrebatarse el puñal que lleva al cinto.

MALINCHE. ¡Dios mío! ¡Cortés!

BERNAL se mantiene al margen del revuelo que la acción de CUAUHTÉMOC provoca. Desde poco antes su conducta se ha vuelto extraña. Deambula sin apenas prestar atención a los acontecimientos, como si le fueran ajenos.

ALDERETE. No hay por qué alarmarse.

CORTÉS retiene el arma después de un breve forcejeo.

CORTÉS. ¿Qué pretendes, desventurado?

CUAUHTÉMOC. *Darme muerte. ¡Darme muerte!
¡¡Darme muerte!!*

ALDERETE. *(Atajando algunos suspiros de alivio.)*
¿Lo veis? Era puro fingimiento. No quiero parecer

entrometido, señores, pero aquí hay gato encerrado. ¿Puede enojarle de veras a ese indio el trato que recibe de Cortés? Apuesto a que lleva mejor vida de prisionero que cuando era emperador de los aztecas.

CORTÉS. ¿A qué viene esto, Alderete?

ALDERETE. Cuauhtémoc no parece un preso.

CORTÉS. Lo es.

ALDERETE. ¿Y así de suelto le tienes, yendo y viniendo en libertad y recibiendo más atenciones que tus propios soldados?

CORTÉS. Las que corresponden a su dignidad.

BERNAL. Dignidad, dignidad... ¿Es digno que viva de esta manera un hombre bien nacido como yo que tuvo por padre al regidor de Medina del Campo y que ha servido a Su Majestad descubriendo y conquistando a costa de su propio peculio lo mejor del Nuevo Mundo?

ALDERETE. ¿Por qué no le ahorcaste cuando le trajeron a tu presencia?

FRAY BARTOLOMÉ. Como eres, por así decirlo, vecino reciente ignoras que Cortés no tiene por costumbre ejecutar a sus enemigos. Respeta sus vidas y hace por ganarlos para nuestra causa.

ALDERETE. (*Entre dientes.*) Será para la suya.

FRAY BARTOLOMÉ. ¿Dices...?

ALDERETE. Que aunque así sea, Cuauhtémoc no tuvo compasión con los españoles que cayeron en sus manos.

BERNAL. Iban derechos al sacrificio. Una vez me echaron mano muchos indios y si no es por las estocadas que les di no me salvo. Mientras me

curaba las heridas decía: ¡Gracias a Dios que no me llevaron a sacrificar! Si no me escabullo de esa gentecilla bien sé que mi cabeza hubiera acabado puesta en una pica, quién sabe si escoltada por las de un par de caballos decapitados.

CORTÉS. Cumple tu oficio de tesorero y deja las riendas de la guerra y del gobierno en mis manos.

ALDERETE. Eso hago: cumplir mi oficio. Y de paso, mirar por el bienestar de tus soldados. Muchos están empeñados hasta el cuello y este es el día en que no saben cómo pagar las deudas. *(A los demás.)* ¿Qué hacéis tan callados? Decídselo vosotros mismos.

MONTEJO. Muchos debemos las ballestas que hemos gastado en la toma de México. Sesenta pesos cuesta cada una. Y algunos tienen la espada fiada.

CORTÉS. No niego que el oro reunido es menos de lo esperado.

ALDERETE. Con lo que hay apenas alcanzamos a juntar el quinto real.

CORTÉS. Tengo previsto organizar expediciones que nos compensen de tanto sacrificio. Pronto conoceréis mis planes. Mientras tanto dispondré que podáis pagar las deudas de aquí a dos años.

MAESTRE JUAN. Si yo y los otros cirujanos nos hubiéramos tomado el mismo tiempo para curar a los heridos, ya te hubieras quedado sin ejército, porque ninguno quedaría vivo.

ALDERETE. ¿A qué esperar tanto? Yo digo que aquí hay oro y joyas. ¿Por qué no averiguar dónde se esconden?

CORTÉS. ¿Cómo?

ALDERETE. Cuauhtémoc lo sabe. ¡Qué lo diga!

CUAUHTÉMOC va a hablar, pero CORTÉS se lo impide.

CORTÉS. Yo responderé por él. Parte del oro que había en México está en el fondo de las lagunas arrojando los cuerpos de muchos de los nuestros que miraron más por su riqueza que por su vida.

ALDERETE. ¿Y el resto del tesoro de Moctezuma? ¿Te ha dicho en qué lugar lo tiene oculto?

CORTÉS. Si me lo hubiera dicho... ¿Qué insinúas?

CORTÉS se sorprende de que a su lado sólo estén MALINCHE y CUAUHTÉMOC. Los demás, a excepción de FRAY BARTOLOMÉ y de BERNAL, se han situado detrás de ALDERETE. El fraile pone la mirada en las alturas y, tal vez, reza. BERNAL saca un cofre de debajo de su cama, lo pone sobre la mesa y hurga en su interior.

ALDERETE. ¿No lees lo que escriben en las paredes de tu casa?

CORTÉS. Frases maliciosas que tengo por bromas de soldados.

ALDERETE. No son bromas.

CORTÉS. Por si eres tú el que las dicta te diré que pared blanca es papel de necios.

ALDERETE. Yo la tengo, en esta circunstancia, por papel de sabios.

CORTÉS. Así, ¿me acusas de estar de acuerdo con Cuauhtémoc para quedarme el oro?

ALDERETE. A menos que demuestres lo contrario.

CORTÉS, muy ofendido, hace ademán de agredir a ALDERETE.

FRAY BARTOLOMÉ. Calma, señores.

NARVÁEZ. ¿Qué respondes?

ALDERETE. Tu silencio...

MALINCHE. Cortés no necesita dar pruebas de su honradez.

ALDERETE. Se las pedirá el rey.

CORTÉS. ¿Cómo quieres que acredite mi inocencia?

ALDERETE. Entréganos a Cuauhtémoc para que le interroguemos.

MALINCHE. ¡No lo consientas, Cortés!

ALDERETE. Tanto atender consejos de extraños te pone en evidencia.

CORTÉS dirige la mirada a CUAUHTÉMOC, que espera impasible el desenlace. Si acaso, pero eso tal vez sólo lo advierta CORTÉS, hay en sus ojos un punto de desprecio.

CORTÉS. ¿Habrá tormento?

ALDERETE. Si se empeña en callar. El aceite hirviendo desata las lenguas.

CORTÉS. *(Tomando una decisión que le repugna.)* ¡Acabad pronto, por Dios!

Mientras unos se llevan a CUAUHTÉMOC, que no ofrece resistencia, CORTÉS se enfrenta a los gestos de sorpresa que su decisión provoca en los demás. A falta de mejor explicación dice sin ningún énfasis:

CORTÉS. Cuauhtémoc resistirá la prueba.

BERNAL saca un papel del cofre. Lo desenrolla. Mientras lo lee en voz alta, del fondo llegan intermitentes los quejidos de CUAUHTÉMOC.

BERNAL. Y mírese que si demando lo que en razón se me debe es porque antes no me lo dieron. Y ello fue porque en aquel tiempo no sabía a quién pedir justicia por mis servicios que no fuera al mismísimo Cortés, que por ser nuestro capitán solía resolver los pleitos que teníamos los soldados. Creía de buena fe que él pediría por mí a Su Majestad o que cuando llegara a ser señor absoluto él mismo me daría indios o encomiendas o pueblos ricos y buenos de gobernar. No lo hizo, pues a lo que se ve sólo pidió para él y eso que, después de a Dios, debe a sus soldados haber llegado a marqués y gobernador. Miren las personas sabias y leídas mi relación desde el principio hasta el fin y verán que he sido de los hombres que sin tener más socorro que el de Nuestro Señor Jesucristo más reinos y señoríos ha ganado para nuestro rey. Por ello suplico que se me hagan las mercedes que me son bien debidas. Si quieren tener noticia de mi persona, diré que soy hijodalgo y si dicen que en esta demanda no me vale ser testigo de mí mismo o dudan sobre si mis servicios fueron ciertos añadiré que el propio Cortés puede decir cómo fui con él a descubrir la Nueva España y cómo fue testigo de que peleé día y noche en las batallas que luego diré y cómo me vio salir malamente herido en muchas de ellas. Y lo mismo pueden declarar los capitanes a cuyas órdenes serví. Y si tales testimonios no bastasen para acreditar mi paso por aquella tierra, búsquese la carta que Cortés envió a Narváez cuando fue a prendernos en la que le requería que le demostrara que le enviaba Su Majestad. A su pie estaba la firma de Cortés, las de unos pocos capitanes y ¡la mía!

Un grito agudo de CUAUHTÉMOC interrumpe la lectura de BERNAL.

BERNAL. De bien poco sirvió la tortura de Cuauhtémoc. Sus gritos no se convirtieron en oro como pensaba Alderete.

CORTÉS pasa ante BERNAL camino del salón de su residencia en Coyoacán, cerca de México. Ha mudado sus prendas militares por otras que, aunque discretas, recuerdan que, además de capitán general, es gobernador de la Nueva España. Los únicos brillos que desprende su figura los dan el diamante de un anillo y una medalla que adorna su gorra de terciopelo.

BERNAL. Aunque ya no me oyes, Cortés, puedo decirte sin empacho que a última hora descuidaste tanto nuestra defensa que no es raro que nos quedáramos en blanco. Tarde es para enviar a mis ochenta y cuatro años este memorial a quien pueda responderlo, que cuando lo haga, si lo hace, yo estaré cuatro palmos bajo tierra. (*Rompe el escrito en pequeños trozos.*) Sí haré, en cambio, por llegar al final de estas páginas. Así cumpliré lo que me propuse al coger la pluma y podré dejárselas, a falta de otra riqueza, a mis hijos y descendientes.

Recoge el cofre bajo la cama, enciende la pipa y retoma la escritura. Cuando CORTÉS llega al salón, algunos invitados le aguardan. FRAY BARTOLOMÉ y ALVARADO se adelantan a saludarle. Allí está MALINCHE. También su aspecto ha cambiado. Ahora es más que nunca doña Marina merced al vestido español que luce, todo él de brocado con el fondo rosa. La incomodidad que le produce prenda de tan extraña hechura descubre que es la primera vez que la viste. En todo se ve que la austeridad que rodeaba al conquistador ha sido enterrada bajo un lujo que imita, con dudoso gusto, al que se derrochaba en los palacios renacentistas. No faltan unos músicos —tocan chirimías, sacabuches y dulzainas— que amenizan la tertulia, ni un volteador que muestra sus habilidades circenses. Un BUFÓN y algunos pajes completan el cuadro.

ALVARADO. ¿De dónde han salido estos grillos, Cortés?

CORTÉS. Acaban de llegar de Castilla. Entre nosotros, parecen zorros aullando.

FRAY BARTOLOMÉ. Con el tiempo aprenderán.

ALVARADO. ¿No sería bueno que mientras tanto los envíes a tocar para los indios rebeldes?

CORTÉS. ¡Buena idea! En la próxima expedición los llevarás contigo. ¡Causarán espanto al enemigo!

FRAY BARTOLOMÉ. Estos músicos no están hechos a la guerra.

BUFÓN. Volverán desafinando más y oliéndoles las posaderas.

CORTÉS. ¿Dejamos, pues, las cosas como están?

ALVARADO. Sea.

FRAY BARTOLOMÉ. Tranquilo, Alvarado. Ya van desfalleciendo. De aquí a un rato ni se les oirá.

ALVARADO. Si parece que pierden fuelle.

FRAY BARTOLOMÉ. *(Con la vista puesta en CORTÉS.)* Como tantas otras cosas.

CORTÉS. ¿Qué cosas son esas?

FRAY BARTOLOMÉ. En lo que me toca, la catedral. Se eleva tan lentamente hacia el cielo...

CORTÉS. Ya hemos hablado de eso. Faltan brazos para tanto como hay que hacer en México.

ALVARADO. En algunas partes la ciudad empieza a señorear.

FRAY BARTOLOMÉ. Los negocios de Dios debieran tener preferencia.

CORTÉS. Sabes muy bien, fray Bartolomé, que los aztecas se resisten a trabajar en la catedral. Desde que vieron que para los cimientos empleábamos las imágenes de sus dioses hechas añicos y las piedras de su templo no disimularon su hostilidad.

FRAY BARTOLOMÉ. Fue un recurso necesario.

CORTÉS. Del que te alegraste.

FRAY BARTOLOMÉ. Sólo dije que parecía hecho a propósito para probar que la verdadera religión se alza sobre las ruinas de las falsas creencias.

BUFÓN. ¡Amén!

FRAY BARTOLOMÉ. No creas que te apremio, ni que pretendo distraerte de otras obligaciones si te pregunto qué piensas hacer.

CORTÉS. Todo lo tengo previsto. Ya empiezan a llegar indios de los que viven en el Valle. Si no son suficientes iremos a buscarlos a pueblos más alejados.

FRAY BARTOLOMÉ. Bienvenidos sean.

CORTÉS. Si tú quieres oír pronto las campanas de la catedral, yo ardo en deseos de ver la ciudad entera levantada y llena de españoles.

ALVARADO. A más de uno de esos indios tendremos que traer a la fuerza.

BUFÓN. ¿Me dejaréis ir a ver cómo se caen de los andamios y se rompen la crisma contra el suelo?

El BUFÓN estalla en una carcajada. MALINCHE hace un gesto de desagrado.

CORTÉS. ¿Qué es eso, Marina? ¿Te encuentras mal?

MALINCHE. No es nada.

FRAY BARTOLOMÉ. Últimamente hablas poco. En ti tanto silencio extraña.

MALINCHE. Me siento tan incómoda con el vestido...

CORTÉS. En unos días te habrás acostumbrado a llevarlo.

MALINCHE. No sé. Casi no puedo moverme. Y la cintura me oprime tanto...

BUFÓN. Por la preñez.

CORTÉS. ¡Cierra la boca, impertinente!

BUFÓN. *(A los músicos.)* ¡Más viva la música, que no se oigan ciertas cosas!

Tocan los músicos con otro brío. MALINCHE escapa corriendo.

CORTÉS. ¡Marina!

MALINCHE. ¡Déjame!

ALVARADO. ¿Qué le pasa?

CORTÉS. ¡Yo qué diablos sé!

BUFÓN. Yo sí. Se ha enfadado conmigo porque la he faltado al respeto. ¡Bonita cosa sería que no lograra hacerla volver!

Corre el BUFÓN tras ella.

FRAY BARTOLOMÉ. Me preocupa doña Marina. La veo tan triste...

ALVARADO. Yo sé cómo se curan esas extravagancias de mujer.

CORTÉS. *(A los músicos y al titiritero.)* ¡Largo de aquí!

No han acabado de irse, cuando el BUFÓN regresa. Lleva en las manos los chapines de MALINCHE.

BUFÓN. Va descalza. ¡No hay quien la alcance!

CORTÉS. ¿Qué camino ha cogido?

BUFÓN. El del lago.

CORTÉS. ¡Voy allá!

ALVARADO. ¿Te acompaño?

CORTÉS. Estas batallas sé ganarlas solo.

Cuando CORTÉS sale de la casa, MALINCHE ya corre, descalza y con el vestido destrozado, por las orillas del lago. La presencia inesperada de CUAUHTÉMOC detiene su alocada carrera.

CUAUHTÉMOC. ¿Sabías que estaba aquí o nos ha reunido el azar?

MALINCHE. Nos vemos cada día, a todas horas. ¿Para qué habría de buscarte en un sitio tan apartado?

CUAUHTÉMOC. Es verdad que nos vemos continuamente. Los dos estamos cerca de Cortés. Tú, porque elegiste acompañarle. Yo, porque soy su prisionero. Apenas nos dirigimos la palabra. Y en las raras ocasiones en que lo haces es para ofenderme en una lengua que me niego a usar. Puede que ahora necesites decirme algo sin que nadie nos vea...

MALINCHE. Te equivocas.

CUAUHTÉMOC. Es el azar, entonces, el que me ha puesto en tu camino.

MALINCHE. Es mi mala suerte.

CUAUHTÉMOC. ¿De qué huyes, Malinche?

MALINCHE. No huyo.

CUAUHTÉMOC. Cuauhtémoc sabe que no es verdad.

MALINCHE. ¿Qué más sabes?

CUAUHTÉMOC. Que pronto tú y yo estaremos del mismo lado.

MALINCHE. ¡Oh, no! ¿Qué te hace pensar así?

CUAUHTÉMOC. Aquel día, ante las ruinas de México, hablaste como yo pensaba hacerlo. Si hubiera estado en tus manos no me habrían torturado.

MALINCHE. No soporto ni el dolor ni la muerte.

MALINCHE echa a andar lentamente.

CUAUHTÉMOC. Por ahí no se regresa a Coyoacán. Por ahí te alejas de Cortés.

MALINCHE. Me alejo de los dos.

CUAUHTÉMOC. Lo que encuentres te producirá más dolor que el que has sentido hasta ahora. Te cruzarás con gentes que han dejado sus pueblos para venir a México. Son las que os alimentaron con sus cosechas, os cobijaron en sus casas y os mostraron el camino más corto para llegar a nosotros. No vienen para recibir el premio de su ayuda. Vienen empujadas por los españoles y los tlaxcaltecas para acabar de construir una ciudad que no será suya. Todavía no saben que serán aplastadas por el peso de las enormes piedras que han de mover o que morirán de hambre o devoradas por esos granos divinos que los extranjeros llaman viruelas. Más adelante puede que conozcas a los de tu sangre. También ellos serán llamados para ocupar el sitio de los que van muriendo. (*MALINCHE cierra los ojos.*) ¿Cierras los ojos? ¿A dónde irás a parar con los ojos cerrados? ¿A las minas de Tasco o a las de Guanajato? En las dos los esclavos mueren a cientos. ¿O a los pueblos en que los caciques indómitos son ahorcados para que los demás no sigan su ejemplo? Allá donde los abras verás repetida la destrucción de México. ¿A quién pedirás que ponga fin a tanta desgracia?

MALINCHE. (*Abriendo de nuevo los ojos.*) A ti no.

CUAUHTÉMOC. ¿A Cortés? ¿Al mismo que la provoca?

Una voz lejana grita el nombre de doña Marina. Es la de CORTÉS. Una viva inquietud se apodera de MALINCHE, que continúa alejándose.

CUAUHTÉMOC. Iría detrás de ti, pero las heridas de los pies no están curadas todavía. Aquello no fue un baño placentero. Espera.

MALINCHE. ¿Qué quieres?

CUAUHTÉMOC. Hablemos.

MALINCHE. Nada de lo que me digas me interesa.

CUAUHTÉMOC. Mi causa está perdida. La tuya empieza a estarlo. Todavía se puede hacer algo.

MALINCHE. ¿Al emperador de los aztecas le preocupa la suerte de los que vivieron a sus pies?

CUAUHTÉMOC. El emperador de los aztecas prefiere servir a quienes respetan a sus dioses que a los que los destruyen.

MALINCHE. No has nacido para servir a nadie. Lo que quieres es vengarte.

CUAUHTÉMOC. ¿Y qué si fuera así? ¿Dejaría de ser útil a la hora de librarte de los españoles?

La voz de CORTÉS se oye más cerca.

MALINCHE. ¿Librarme de ellos? Sólo deseo que traigan la paz que prometieron.

CUAUHTÉMOC. Nunca la traerán. Cuando no tienen enemigos con los que luchar, pelean entre ellos. Lástima que sus cuchilladas acaben hiriéndonos a nosotros. Cortés está muy cerca. Decídete,

Malinche. Luego será tarde. Cada día llegan nuevos españoles. Van ocupando la tierra que era de todos, se van haciendo dueños de ella y los que la trabajan ya son sus criados y sus esclavos. Hasta doscientos de los nuestros han prometido a cada español. Por el mar vienen más. Pronto serán muchos, demasiados para que nos hagan caso. No podremos con ellos.

MALINCHE. *(Sin creerse lo que dice.)* Vienen a ayudarnos.

CUAUHTÉMOC. ¿Te lo ha dicho Cortés?

MALINCHE. No se lo he preguntado.

CUAUHTÉMOC. Temes hacerlo. Nada de cuanto acabas de oír es nuevo para ti. Sabes lo que está sucediendo y lo que seguirá después. Por eso te vas de Coyoacán. Por eso te escondes. Y cuando todo se haya perdido sin remedio saldrás al encuentro de los tuyos para que te vean y digan: Malinche no es culpable de lo que nos hacen, puesto que se viene a compartir nuestra desgracia. Estaría bien si lo único que pudieras hacer es llorar con ellos, pero quien duerme en el lecho de Cortés puede llegar más lejos.

MALINCHE. ¿Debo confesar ante quien más odio que ni yo ni nadie es capaz de torcer la voluntad de Cortés? Aún estaría a su lado si mis palabras conservaran el poder de calar en él.

CUAUHTÉMOC. ¿Quién te pide que mendigues promesas que no se han de cumplir? No dejes que el nombre de Malinche sea maldito. Estás a tiempo de impedirlo.

CUAUHTÉMOC pone un puñal en las manos de MALINCHE. La mujer se estremece, pero no se desprende del arma.

MALINCHE. ¿Quieres que le mate?

CUAUHTÉMOC. Sí.

MALINCHE. ¿Por qué no tú?

CUAUHTÉMOC. Tendría que hacerlo a la vista de muchos. Mi vida no duraría más que la suya. Su muerte sería, así, un acto justo, pero inútil. Otro Cortés, o Alvarado, o Sandoval, o Narváez ocuparía su sitio. En cambio, ¿quién de los míos me sustituiría? ¿Hay alguno que sea más respetado por su gente que yo? Sin mi presencia nada se habría ganado. Mátale durante la noche, mientras duerme. Hazlo y yo me ocuparé de que antes del alba, ante su cadáver todavía caliente, todos sus capitanes corran su misma suerte. Ningún español más pisará esta tierra. Allí donde el mar empieza estaremos vigilantes para que no descendan de los barcos. No volveremos a tomarlos por dioses.

MALINCHE apenas le escucha. Contempla fijamente el puñal.

MALINCHE. ¿Me crees capaz de matarle?

CUAUHTÉMOC. Eres quien tiene más razones para hacerlo. A los dos nos ha ido mal con él. Pero a ti peor, porque si a mí me ha vencido con las armas, a ti te ha engañado.

MALINCHE. ¿No temes que te delate?

CUAUHTÉMOC. Puedes hacerlo. Tú serás la que más pierda. Los acontecimientos seguirán su adverso curso. ¿Hasta cuándo podrás resistirlo? Yo moriré. De una vez. Es mejor que morir un poco cada día.

VOZ DE CORTÉS. ¡Marina!

MALINCHE. Es él. Déjame sola.

CUAUHTÉMOC se resiste a hacerlo sin conocer la decisión de MALINCHE.

CUAUHTÉMOC. ¿Esta noche?

MALINCHE. No lo sé.

CUAUHTÉMOC. ¿Mañana?

MALINCHE. ¿Esta noche? ¿Mañana? Tal vez. Vete. ¡Aquí, Cortés!

CUAUHTÉMOC sale.

MALINCHE. Pude asesinarle, Bernal.

BERNAL. *(Levanta la cabeza.)* ¿Decías?

MALINCHE. Que puede asesinarle.

BERNAL. ¿A quién?

MALINCHE. A Cortés.

BERNAL. *(Escéptico.)* ¿Tú?

MALINCHE. Necesito que lo pongas ahí.

BERNAL. Prometí no escribir mentiras.

MALINCHE le muestra el puñal, pero al sentir la llegada de CORTÉS lo esconde entre los pliegues del vestido. Aparece enseguida CORTÉS. Viene sofocado. Aguarda algún gesto de MALINCHE, que no se produce. Va hacia ella. La irritación que le causa su indiferencia estalla. La abofetea. Nunca lo había hecho. BERNAL cierra los ojos y mueve la cabeza reprobando la acción. El arrepentimiento de CORTÉS llega antes, incluso, que su mano al rostro de MALINCHE. Pero evita que sea advertido. Ni siquiera pronuncia una palabra de disculpa.

MALINCHE. ¿Por qué?

CORTÉS. De aquí en adelante ten más cuidado con lo que haces. Me dejas en ridículo. Regresemos a Coyoacán.

MALINCHE. ¿Me pegarás otra vez si me niego?

CORTÉS. ¡No me calientes la sangre!

MALINCHE. ¿O llamarás a tu gente para que me lleve a la fuerza?

CORTÉS. Nunca te he obligado a estar conmigo.

MALINCHE. Puedo marcharme, entonces.

CORTÉS. ¡No! ¡Ahora, no!

MALINCHE. Antes, sí; ahora, no... ¿Cuándo?

CORTÉS. Hay razones para que te quedes.

MALINCHE. Ninguna.

CORTÉS. ¿Habré de recordártelas?

MALINCHE. Harías mal en retenerme.

CORTÉS. ¿Tanto he cambiado para que el amor que me tenías se haya consumido?

MALINCHE. No eres el mismo hombre del que me enamoré. Y si eres el mismo, qué tonta he sido que no te conocí a tiempo. Me has engañado, Cortés. Me necesitabas y te has servido de mí. ¡Cuántas promesas para mantenerme a tu lado, obediente como una perra! Y cuando ya no bastaban, porque no pensabas cumplirlas, disfrazaste tu interés de amor. Has fingido una pasión que no sentías.

CORTÉS. ¡Nada disfracé! ¡Nada fingí! Amor y pasión son verdad. No soy el canalla que pintas. A mi manera te quiero. Por ninguna mujer he sentido lo que por ti. Ni siquiera por mi esposa. Has compartido mi vida durante años. Te he confiado mis secretos. Serías, si los divulgaras, mi peor enemigo. He tratado de hacerte feliz. ¡Mírame a los ojos! ¡Dime que miento! ¿Por qué ese empeño en negar lo que nos une?

MALINCHE. ¿Lo qué nos une? Es tan poco... Nada.

CORTÉS. México era nuestro destino. Lo alcanzamos. Tuvimos que pagar un precio muy alto, pero ¡lo alcanzamos!

MALINCHE. Quería más. La destrucción de los aztecas debía traer el bienestar a los demás pueblos. Pero ha echado sobre ellos más desgracias. ¡Acaba con tanto horror! ¿Por qué no prohíbes a los tlaxcaltecas que sigan humillando a los que ya están vencidos y que los sacrifiquen para comer sus cuerpos?

CORTÉS. Nadie me ha dicho que hagan eso.

MALINCHE. ¡Mentira! Al propio rey se lo has contado en tus cartas. Lo consientes porque son tus aliados. A veces tú mismo les empujas...

CORTÉS. ¿De eso me acusas? ¿Hay más?

MALINCHE. ¿Cuándo dejaréis de saquear aldeas y de torturar?

CORTÉS. Hay que escarmentar a los que nos niegan ayuda.

MALINCHE. ¿Aunque no tengan nada que dar?

CORTÉS. ¿Quién sabe lo que esconden? A veces, para conocer la verdad hay que ser injusto. Odio la crueldad, pero en toda guerra está presente.

MALINCHE. Nada dije mientras hubo guerra. Lo digo ahora, cuando ha concluido y veo que la paz sólo se celebra en Coyoacán. En ningún otro lugar hay fiestas. Todo sigue como antes, o tal vez peor.

CORTÉS. Dame tiempo...

MALINCHE. ¿A qué? ¿A qué acabe el reparto del botín? ¿A que dejéis de pelear por el oro?

CORTÉS. ¡Sí! ¿Qué otra razón mueve a los hombres a dejar sus casas y sus familias y a arriesgar sus vidas? ¿Quién lograría juntar un ejército de soñadores sin ambición? Cuando nos guiabas hacia Moctezuma tú misma nos recordabas a cada momento las riquezas que nos aguardaban. El oro era el cebo que ponías en el anzuelo. Excitabas nuestra codicia. ¡No la censures ahora!

MALINCHE. Entonces no sabía que la codicia no tiene límites.

CORTÉS. ¡Y quieres que yo se los ponga! Te he pedido tiempo.

MALINCHE. No lo has necesitado para dar a tus hombres lo suyo, ni para ofrecer a los españoles que llegan casas y tierras.

CORTÉS. ¡Me acorralas!

MALINCHE. ¿Y si yo también exigiera mi parte?

CORTÉS. Nada que haya estado en mis manos darte te he negado. Si más quieres, más tendrás. Nunca será bastante para pagar lo que has hecho por mí. ¿Quieres ser dueña de tierras? ¿Volver, acaso, a Paynala para expulsar al que usurpó tu sitio?

MALINCHE. No, no. Aquello pasó hace mucho. Yo no sé lo que es la venganza. Quiero que cumplas tus promesas de paz, que respetes a los míos.

CORTÉS. ¿Quién eres para pedirme cuentas de mis actos? Sólo a Dios y a mi emperador se las debo. Y no creo que tengan quejas. Cada día bautizamos más indios que cristianos nacen en España en un año.

MALINCHE. No tardarán en llamar a sus dioses cuando se sientan abandonados por el nuestro. Ocurrirá. Tarde o temprano ocurrirá.

CORTÉS. Figuraciones. ¿De qué lado te pondrías?

MALINCHE. Estaré donde siempre.

MALINCHE hace un gesto de dolor. Se lleva las manos al vientre y cae de rodillas. CORTÉS se inclina sobre ella.

CORTÉS. ¿Qué tienes?

MALINCHE. Se mueve.

CORTÉS. ¿Le sientes?

MALINCHE. Da patadas. Quiere salir.

CORTÉS. *(Ayudándola a levantarse.)* Vamos, Marina.

MALINCHE. No.

CORTÉS. Seguirás a mi lado.

MALINCHE. Tendrás que arrastrarme.

CORTÉS. ¿Vas a obligarme a que te lo pida de rodillas?

MALINCHE. ¿De rodillas el orgulloso Cortés? ¡Jamás lo harías!

CORTÉS. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Ven conmigo!

MALINCHE. *(Impresionada por la obstinación de CORTÉS.)* ¿Para qué me quieres en Coyoacán?

CORTÉS. Ese hijo... Quiero que nazca en mi casa.

MALINCHE. ¿Qué más da donde nazca? Cualquier sitio es bueno para parir.

CORTÉS. ¡En mi casa!

MALINCHE. ¿Por qué?

CORTÉS. Lleva mi sangre. Le daré mis apellidos.

MALINCHE ¿A un bastardo?

CORTÉS. No es menos hijo por eso. Dame un hijo varón, Marina, y yo le dejaré mi título y el mayorazgo. Suya será la parte principal de mis bienes. Y a él le tocará, si las fuerzas me abandonan, cumplir lo que yo no pueda. *(Hace una larga pausa para medir el efecto de sus palabras.)* Tu impaciencia te iguala a los que debiéndome lo que son me vuelven la espalda y a los enemigos que me amargan con falsas acusaciones.

MALINCHE. Las mías no son falsas.

CORTÉS. Yo tengo puesto mi corazón aquí. Quiero lo mejor para tus hermanos. De sobra sé que les pedimos que trabajen para nosotros por nada y que les exigimos tributos de más. Son las reglas de un juego que yo no he inventado. Me debo a ellas hasta que sea lo bastante fuerte para romperlas. ¿De qué me serviría liberar a los esclavos si no puedo borrarles del rostro las señales que les pusimos a fuego? Pero sí puedo evitar que sus hijos sean marcados y hacerlos verdaderamente libres. Que más quisiera que cuando Dios disponga mi marcha del mundo, entre los que me acompañen hasta la tumba hubiera más indios que caballeros, soldados y frailes. Sería hermoso que sus lamentos por mi muerte tuvieran más fuerza que el estruendo de los tambores y que el doblar de las campanas.

CORTÉS se emociona y se vuelve de espaldas. MALINCHE se acaricia el vientre. Se queda pensativa. Al cabo, se acerca a CORTÉS y se coge de su brazo.

MALINCHE. Vamos.

CORTÉS. ¿A Coyoacán?

MALINCHE. A Coyoacán. *(Se alejan despacio.)* ¿Sabes? He visto a Cuauhtémoc.

CORTÉS. Últimamente le gusta estar solo.

MALINCHE. Cúidate de él.

Un griterío ensordecedor precede la entrada de un grupo de españoles que arrastra a CUAUHTÉMOC, y lo echa a los pies de CORTÉS.

MONTEJO. ¡Pensaba matarnos!

NARVÁEZ. Los demás conspiradores le han delatado.

ALVARADO. Todos han confesado lo que tramaba.

CORTÉS. ¿Qué dices, Cuauhtémoc?

MALINCHE se ha separado de CORTÉS. Sólo BERNAL observa cómo saca el puñal que aún guarda, lo deja caer y lo hunde en la tierra empujándolo con los pies. El viejo soldado escribe con tembloroso pulso tan deprisa como puede.

CORTÉS. ¿Callas?

NARVÁEZ. Quien calla, otorga.

FRAY BARTOLOMÉ. ¡Defiéndete, Cuauhtémoc! Di que la acusación es falsa, que tuviste un mal pensamiento... Tal vez lamentaste en voz alta tu situación y los que te oían entendieron que les invitabas a sublevarte.

CORTÉS. No hables por él, fray Bartolomé.

FRAY BARTOLOMÉ. No quiero que se le castigue injustamente.

ALVARADO. No ha olvidado la derrota. No la acepta.

MONTEJO. Andaba demasiado suelto.

NARVÁEZ. Nunca me he fiado de él. Los hechos me dan la razón.

FRAY BARTOLOMÉ. Cuauhtémoc no es ningún tonto para emprender una acción tan disparatada.

BERNAL moja por última vez la pluma en el tintero y stampa su firma en el papel.

BERNAL. Ni una palabra más. Lo firma Bernal Díaz del Castillo y lo rubrica.

ALVARADO. ¿Qué mandas que hagamos?

CORTÉS. Colgarle.

FRAY BARTOLOMÉ. Clemencia, Cortés. No es justo que muera cuando empiezo a confiar en la salvación de su alma.

CORTÉS. *(Impaciente.)* Cúmplase la sentencia.

CUAUHTÉMOC. *Sabía que es el fin que me reservabas.*

CORTÉS. ¡Cúmplase la sentencia!

CUAUHTÉMOC no permite que los soldados le pongan las manos encima. Escoltado por ellos, echa a andar hacia el fondo, donde se alza una ceiba solitaria.

BERNAL. ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! Podéis marcharos. No os necesito. Ya no tenéis que repetir lo que hicisteis entonces. Todo ha sido cuidadosamente anotado, lo bueno y lo malo. ¿No me oís? ¡Que os marchéis os digo!

SOLDADOS. —Aquella rama.

—La más alta.

—Es gruesa como mi brazo.

—Resistirá.

—La soga, pronto.

—Echadla por encima.

BERNAL. ¡Desvaneceos! ¡Fuera de mi cabeza! Mirad que por mucho que hagáis y digáis no he de añadir ni una coma a lo que he escrito.

SOLDADOS. —Corre bien el nudo.

—Traed acá a Cuauhtémoc.

—Tus pies no tocarán más el suelo, emperador.

—No le gusta como aprieta el collar de esparto.

BERNAL. Esa horca, Cortés... ¡No lo consientas!

CORTÉS ha dado la espalda a la escena y por si eso no bastara para no verla, se cubre el rostro con ambas manos. MALINCHE se tiende en la cama de BERNAL. Sus quejidos, primero débiles y espaciados, luego grito continuo, anuncian la inminencia del parto.

BERNAL. *(Corriendo hacia MALINCHE.)* ¡También tú te burlas? ¡Pretendes parir ahí? ¡Sal de la cama, doña Marina!

MALINCHE. Cortés...

BERNAL. Me arde la cabeza. Se me rompe. ¿Quién la gobierna? ¿Yo que os he convocado o vosotros que sin existir andáis por ella a vuestras anchas? ¡Dejad de torturarme con vuestra presencia! *(Va de un lado a otro zarandeando a los que se topa.)* ¿Eres carne o fantasma? ¿Y tú? Parecéis tan de verdad...

SOLDADOS. —Arriba, arriba.

—¿Dónde tienes las alas, águila?

—La rama se cimbrea.

—¡Soltadle! ¡Ya!

Los gritos de los soldados, el de CUAUHTÉMOC, cuyo cuerpo se balancea suspendido de la cuerda, los de MALINCHE y el llanto de un recién nacido se encuentran en el espacio. Unos son como el eco de los otros y el eco de todos ellos fundidos los multiplica hasta el infinito.

BERNAL. ¡Callad! ¡Callad al menos! Sed como estatuas, como las piedras, mudas. Deja de bailar en el aire, Cuauhtémoc. ¿No hay un hacha para talar esa ceiba? Tu cuerpo golpea mi craneo como

un badajo que doblase a muerto. Y ese niño... ¿A qué toca ese niño que ha escupido tu vientre, doña Marina? ¿Toca a vida y llora? ¿Quién lo entiende? Tendría que reír.

CORTÉS. ¿Es varón?

MALINCHE. ¡Sí! ¿No es lo que querías?

CORTÉS. Se llamará Martín, como su abuelo.

BERNAL. ¿No hace medio siglo que le cristianaste, fray Bartolomé? ¡No respondas! ¡Chitón! Si te hago hablar, otros tan muertos como tú querrán soltar sus lenguas. ¡Ay, Bernal! ¿Qué invitados son estos que ni a patadas puedes echarlos de casa? (A MALINCHE) ¿Tú los ves también?

MALINCHE. Sí.

BERNAL. ¿Y los oyes?

MALINCHE. (Apretando los puños) ¡Sí!

BERNAL. Estos fantasmas son tuyos. ¡Tuyos! ¡Llévatelos!

MALINCHE. ¡No! ¡No los quiero! ¡Me acompañan a todas partes!

BERNAL. ¡Fuera!

MALINCHE. No me iré. Otras sombras aguardan a que salga para espantarme.

BERNAL. ¡¡Gran chingada, fuera!!

MALINCHE retrocede hasta la puerta sin atreverse a franquearla. BERNAL, aturdido, sumerge la cabeza en una tina llena de agua. Se hace un espeso silencio que cae como un manto sobre objetos y personas. Cuando al poco la saca, los objetos se han desdibujado hasta ser irreconocibles y en los rostros asoma una fatiga que los va convirtiendo en máscaras inexpresi-

vas y grises. *MALINCHE* camina esquivando como puede las sombras que se proyectan sobre ella. Unos brazos desnudos se alzan junto a la ceiba y descuelgan el cuerpo de *CUAUHTÉMOC*.

VOZ. ¡Malinche nos ha vendido a los padres de su hijo!

Las máscaras, mudadas en rostros de indígenas, se animan al paso de MALINCHE y sus bocas entreabiertas corean con furia creciente la anónima acusación.

SOMBRA. ¡Traidora! ¡Mujer maldita! Abriste la puerta a los ladrones. Te vendiste y nos vendiste a los padres de tu hijo, gran puta. ¿Por qué no naciste muda? ¿Por qué no te arrancaron la lengua? ¿Por qué no naciste muda? ¿Por qué no te arrancaron la lengua? ¡Jesucristo te maldiga, te maldiga, Malinche! ¿Adonde iremos que no seamos esclavos? ¿Adonde? ¿Adónde que no nos persigan *tus señores*? ¿Adonde que no nos abrasen la piel con hierros calientes?

MALINCHE se enfrenta a un grupo de sombras y señala a una.

MALINCHE. Te conozco. Eres mi madre. ¿También me acusas? ¿No me hiciste esclava antes de que vosotros lo fuerais?

SOMBRA. (Alejándose.) Vuelve a Paynala. Es tuya. Tómala. Gobierna en ella. Pero no me hagas daño.

SOMBRA. Hasta su madre la huye. *Su madre la huye.*

MALINCHE. Me echó de su lado. Encargó que me mataran. Se portó mal, pero no la guardo rencor... He aprendido a perdonar.

SOMBRA. No te acerques. Nos has condenado al

llanto y al miedo. *Al llanto y al miedo nos has condenado.* ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! Nuestra tierra no es nuestra. Ni tuya. *Ni nuestra, ni tuya.* No tendrás reposo en ella. La sangre de los tuyos la empapa. ¡Que la sangre de los tuyos ahogue tu ambición! ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¡Mil veces puta!

MALINCHE. Vosotros me regalasteis a Cortés. ¿A qué viene que por compartir su lecho me llaméis puta? ¿Quién es más culpable de vuestra desgracia? ¿Yo, que señalé a los españoles el camino de México o los que le prestasteis brazos y armas para aplastar al poderoso azteca?

SOMBRAS. ¡Putas! ¡Putas! ¡Mil veces puta! Nos robaste la felicidad. Nos diste la amargura. Hasta la lengua hemos perdido.

MALINCHE. Dejad que os explique... ¡Oídmeme! Quiero veros y hablaros cara a cara.

SOMBRAS. Nos das miedo. ¡Traidora! ¡Mujer maldita! Tus palabras hacen más daño que el filo del cuchillo de obsidiana. ¡Sigue todo derecho! ¡Piérdete donde se apaga el aliento! ¡Putas! ¡Mil veces puta! ¡Que cuando mueras, tu carne podrida sea nido de víboras!

MALINCHE. ¡Esas serpientes! ¡Fuera! ¡Fuera!

MALINCHE agita los brazos como si apartara las víboras que le arrojan. Cae al suelo y su cuerpo es sacudido por violentas convulsiones.

BERNAL. No hay serpientes, doña Marina.

MALINCHE. Porque las he espantado.

BERNAL. Son imaginaciones tuyas.

MALINCHE cierra los ojos. Cuando los abre, las sombras han desaparecido. Un ambiente placentero se va adueñado de la casa de BERNAL.

MALINCHE. Hacía tanto que no me vestía así... Nunca me hice a esta ropa.

BERNAL. (*Sirviéndose una taza de vino.*) Está roto y sucio, pero ese vestido de brocado es cuanto conservo de mi esposa.

MALINCHE se desprende de él con dedos temblorosos. Vuelve a cubrir su cuerpo con la túnica que traía cuando llegó.

MALINCHE. (*Con temor.*) ¿Qué es de mi hijo, Bernal?

BERNAL. (*Tras un breve silencio.*) ¿No lo sabes?

MALINCHE. Hace mucho que estoy muerta. Sé que Cortés se lo llevó a Castilla. Allí se habrá hecho hombre. Lleva dos sangres que se odian. A él le toca reconciliarlas, pero no parece que lo haya conseguido. ¿A qué espera para cumplir su destino?

BERNAL. Su destino no era ese.

MALINCHE. ¿Cuál, entonces?

BERNAL. Servir a otro Martín Cortés.

MALINCHE. ¿Hay otro?

BERNAL. El medio hermano que le dio doña Juana de Zúñiga.

MALINCHE. Así, Cortés se casó en España.

BERNAL. Con la hija del conde de Aguilar.

MALINCHE remueve la tierra donde enterró el cuchillo. Junto a él asoma a la superficie un pequeño crucifijo. Recoge ambos objetos y llora sobre ellos.

MALINCHE. (*Señalando el manuscrito.*) Pon ahí

que no pudo ser que el hijo bastardo de Cortés trajera la paz a su tierra.

BERNAL. No queda sitio...

MALINCHE. Para escribir eso, de sobra. (*Coge la pluma, la entinta y la pone en la mano de BERNAL.*) ¿Tanto te cuesta?

BERNAL escribe de mala gana. Lo hace en el estrecho margen de una hoja. Mientras, MALINCHE abre la puerta y se asoma a una noche sin estrellas, negra como boca de lobo. BERNAL tiritita.

BERNAL. Cierra, cierra...

MALINCHE. Vuelvo a los caminos que anduve a la sombra de Cortés.

BERNAL. En ellos dejé también mis pisadas.

MALINCHE. No los reconocerías. Hay que recorrerlos por los bordes para no estorbar el paso de los españoles que llegan. Los pueblos que cruzan están muertos. Las casas, sin techos. La sangre que había en los muros de los templos es lavada cada día con sangre fresca. Miseria, vidas rotas por todas partes.

MALINCHE solloza. Sale al exterior. A su paso se oyen pisadas que se alejan, puertas y ventanas que se cierran con golpes secos y, luego, se hace el silencio.

MALINCHE. ¿Por qué cuando recorro las calles doblan a toda prisa las esquinas? ¿Por qué cuando me paro en las plazas se cierran las puertas y las ventanas? ¿Por qué huyen los que cuando me enterraron se llegaron hasta mi tumba para escupirla?

Un aire que presagia tormenta agita el pelo y la túnica de MALINCHE. Sus sollozos estallan en un gemido que ese mismo aire prolonga.

BERNAL. Si quieres, puedes quedarte.

Pero MALINCHE ya no le oye. La luz se va concentrando en el cuchillo de obsidiana y en el crucifijo, que han quedado sobre la mesa. Los cansados ojos de BERNAL apenas los distinguen, pero sus manos huesudas surcadas por abultadas venas los acarician.

TÍTULOS EDITADOS

Nº 1

¡AY, CARMELA!
de José Sanchis Sinisterra

Nº 2

OCAÑA, EL FUEGO INFINITO
de Andrés Ruiz López

Nº 3

COMBATE DE NEGRO Y DE PERROS
Bernard-Marie Koltès

Nº 4

**EL ANGOSTO CAMINO HACIA
EL PROFUNDO NORTE,
MISA NEGRA
y PASIÓN**
de Edward Bond

Nº 5

**LOS ÚLTIMOS DÍAS DE EMMANUEL KANT
CONTADOS POR ERNESTO TEODORO AMADEO
HOFFMANN**
de Alfonso Sastre

Nº 6

LA NOCHE ES MADRE DEL DÍA
de Lars Norén

Nº 7

BANTAM
de Eduardo Arroyo

Nº 8

YO, MALDITA INDIA...
de Jerónimo López Mozo

PRÓXIMOS TÍTULOS

GRANDE Y PEQUEÑO
de Botho Strauss

DESEO
Josep Maria Benet i Jornet



MINISTERIO DE CULTURA

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música